HARLEQUIN

Bianca™

4 RUSOS

EL PRECIO DEL ORGULLO

CAROL MARINELLI

Bianca™

EL PRECIO DEL ORGULLO

CAROL MARINELLI



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El precio del orgullo, n.º 121 - octubre 2016
Título original: The Price of His Redemption
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8988-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

HOLA, *Shishka*.

Daniil Zverev se puso tenso cuando entró en el dormitorio y oyó cómo lo había llamado su amigo Sev. Al parecer, *Shishka* era su nombre nuevo. El argot ruso podía golpear donde más daño hacía y esa noche lo había conseguido. Pez gordo. Mandamás. Perdonavidas. Daniil miró a Sev mientras este dejaba el libro que estaba leyendo.

–Estábamos hablando de cómo te irá con esa familia tan rica de Inglaterra, *Shishka*.

–No vuelvas a llamarme eso.

Daniil tomó el libro y lo levantó por encima de la cabeza como si fuese a arrancar las páginas, pero vio que Sev tragaba saliva y lo tiró en la cama. No lo habría roto, Sev podía leer muy pocos libros, pero esperaba que hiciese caso a su advertencia.

–¿Has encontrado cerillas?

Nikolai levantó la mirada del barco que estaba construyendo trabajosamente y Daniil sacó del bolsillo unas cuantas que había encontrado después de buscar por todos lados.

–Toma.

–Gracias, *Shishka*.

Lo haría, destrozaría el barco de Nikolai. Daniil estaba furioso, le costaba respirar y miró fijamente a su amigo. En realidad, los cuatro muchachos eran mucho más que amigos. Nikolai y Sev no tenían ningún parentesco y Daniil y Roman eran gemelos idénticos, pero se habían criado juntos. Los cuatro eran morenos y muy blancos de piel y, además, eran los más pobres de entre los pobres. En la casa de acogida ya se llamaban los unos a los otros desde sus cunas. Daniil y Roman habían compartido la misma cuna y Nikolai y Sevastyan habían tenido una cada uno a los lados de los gemelos. Cuando crecieron, los mandaron al orfanato y los metieron en el mismo dormitorio común. En ese momento, ya adolescentes, compartían una habitación con cuatro camas. La mayoría los consideraba problemáticos, pero no tenían problemas de verdad entre ellos. Solo se tenían los unos a los otros.

–Como toques el barco… –le amenazó Nikolai.

–Entonces, no me llames *Shishka*. Además, no hay ningún motivo

porque he decidido que no voy a ir a vivir a Inglaterra –Daniil miró a Roman, su gemelo, que estaba tumbado en la cama mirando al techo–. Voy a decir que no quiero ir y no pueden obligarme.

–¿Por qué? –le preguntó Roman mirándolo con esos gélidos ojos grises que tenían los dos.

–Porque no necesito que ninguna familia rica me ayude. Vamos a salir adelante por nuestra cuenta, Roman.

–Sí, claro.

–Claro que sí –insistió Daniil–. Sergio dijo…

–Qué sabrá él. Es el encargado de mantenimiento.

–Pero fue boxeador.

–Eso dice él.

–¡Los gemelos Zverev! –exclamó Daniil–. Dice que vamos a conseguirlo y…

–Vete con la familia rica –le interrumpió Roman–. Aquí no vamos a hacernos ricos y famosos, nunca saldremos de este agujero.

–Si nos entrenamos mucho nos irá bien.

Daniil tomó la foto que Roman tenía al lado de la cama. Un día, hacía un par de años, Sergio había llevado su cámara y había sacado una foto de los gemelos y luego, como los demás se habían empeñado, había sacado otra de los cuatro. Sin embargo, Daniil había tomado la de ellos dos para hablar con su hermano.

–Dijiste que lo conseguiríamos.

–Bueno, pues mentí –replicó Roman.

–Eh… –Sev estaba leyendo otra vez, pero aunque acababa de provocar a Daniil, lo quería y sabía a dónde llevaba todo eso–. Déjalo, Roman. Déjale que tome sus decisiones.

–No.

Roman se levantó con rabia. Las cosas llevaban meses fraguándose, desde que les dijeron que había una familia que quería recibir a un niño de doce años en una buena casa.

–Quiere rechazar esta oportunidad porque tiene ese sueño estúpido de que puede salir adelante en el ring, pero no puede.

–Los dos podemos –añadió Daniil.

–Yo puedo –le corrigió Roman–. Mejor dicho, podría si no fueses una carga para mí.

Roman le quitó la foto de las manos y la tiró al suelo. No tenía cristal, pero algo se rompió y Daniil sintió que algo se rompía también dentro de él.

–Vamos –siguió Roman–. Te enseñaré quién puede pelear de verdad.

Se levantó de la cama y se oyó un murmullo en el dormitorio

común mientras los gemelos se miraban fijamente. Lucharían por fin. Los gemelos Zverev se entrenaban todo el día. Sergio los sometía a todo tipo de pruebas y ellos iban pasándolas. La única queja que tenían era que querían pelear. Sergio se había negado hasta hacía unos meses y, además, lo consintió bajo su estricta vigilancia. Como exboxeador, sabía que los chicos no podían empezar demasiado pronto. Eran unos chicos con unos cuerpos formidables. Eran altos y con extremidades largas, eran rápidos, se movían con ligereza y tenían voracidad. Él sabía que los gemelos llegarían lejos con un entrenamiento acertado. Eran como dos gotas de agua, dos jóvenes airados y de ideas fijas. Lo único que tenía que hacer él, por el momento, era contenerlos, pero él no estaba allí esa noche y la habitación empezó a llenarse, se apartaron las camas para hacer sitio y los espectadores se arrodillaron encima.

–Demuéstrame lo que sabes –dijo Roman en tono jactancioso mientras salía a pelear.

Ya tenía a Daniil a la defensiva, encajando golpes y reculando sin protector en la cabeza, sin guantes y sin dinero por medio, todavía. Roman no le daba respiro y Daniil, que tenía que demostrarlo todo, se resistía como podía. Los otros chicos vitoreaban, aunque intentaban no hacerlo para no llamar la atención de los empleados.

Roman golpeaba con todas sus fuerzas y aunque Daniil hacía lo que podía para estar a su altura, fue quien se cansó primero y se agarró a su hermano. Necesitaba respirar un poco, pero Roman se lo quitó de encima. Aun así, Daniil volvió a agarrarse a él para que no pudiera golpearlo.

Cuando se separó empezaron a luchar otra vez, paraban algunos golpes y encajaban otros, pero Daniil creyó que estaba ganando terreno. Era rápido y Roman era resistente, pero esa vez fue Roman quien se agarró y se apoyó en su gemelo. Daniil podía oír su respiración entrecortada, pero, cuando lo soltó, Roman, en vez de darle el segundo que necesitaba para colocarse, le alcanzó en la mejilla con un gancho y lo tumbó. No supo cuánto tiempo quedó fuera de combate, pero fue lo bastante como para que todos se preocuparan. Todos menos Roman.

–¿Lo ves? Me apañó mejor sin ti, *Shishka*.

Los empleados ya se habían dado cuenta de que algunos dormitorios estaban vacíos y, alertados por los vítores, habían empezado a acudir mientras Daniil intentaba reponerse. Katya, la cocinera, se lo llevó a la cocina y le dijo a su hija Anya que llevara la caja de esparadrapos. Anya estaba en la cocina practicando pases de baile. Tenía doce años e iba a una escuela de danza, pero estaba

pasando unas vacaciones allí. Algunas veces, para meterse con los gemelos, les decía que estaba más en forma que ellos. Anya todavía soñaba que alguna vez podría ser bailarina y salir de allí. Daniil ya no tenía sueños.

—¿Puede saberse qué estabais haciendo? —le riñó Katya mientras le daba un té y le ponía un esparadrapo en la cara—. Esa familia rica no quiere chicos feos…

Unos días más tarde, Daniil estaba sentado en una cama y se sentía a millones de kilómetros de su tierra. Había visto las casitas y las tiendas desde el coche y cuando doblaron un recodo, vio una imponente residencia de ladrillos rojos a lo lejos. Recorrieron el camino de entrada flanqueado de césped, fuentes y estatuas que rodeaban la inmensa casa. No había querido bajarse del coche, pero acabó haciéndolo en silencio.

Un hombre vestido de negro abrió la puerta. A Daniil le pareció que estaba vestido para ir a una boda o a un entierro, pero le sonrió con amabilidad. Una vez dentro, se quedó de pie mientras los adultos hablaban de él, hasta que la mujer que había ido un par de veces al orfanato, y que ya era su madre, lo llevó al piso de arriba. En un rincón de la escalera había un retrato de sus nuevos padres con las manos en los hombros de un sonriente niño moreno. Le habían dicho que no tenían hijos. El dormitorio era grande, solo tenía una cama y la ventana daba al campo.

—¡Báñate!

No entendió nada hasta que ella señaló hacia otro cuarto y se marchó. Se bañó y se puso una toalla alrededor de la cintura justo a tiempo porque llamaron a la puerta, se abrió y ella entró con una sonrisa nerviosa. Empezó a revisar sus cosas mientras no dejaba de llamarlo con un nombre muy raro. Él quería corregirla y decirle que su nombre se pronunciaba «Daniil», no «Daniel», como ella se empeñaba en decir, pero entonces se acordó de que el traductor le había explicado que tenía un nombre nuevo: Daniel Thomas.

La mujer llevaba guantes de goma y metía todas sus cosas en una bolsa de basura que sujetaba el hombre vestido con traje. Ella seguía hablando en un idioma que él no entendía. Señalaba hacia la ventana y luego le indicaba la mejilla como si estuviese cosiendo. Después de repetirlo varias veces, él entendió que iba a llevarlo para que le curaran la mejilla mejor de lo que lo había hecho Katya. Miró la maleta mientras ella se deshacía de su vida y vio dos fotos, que él sabía que no había metido. Tenía que haber sido Roman.

–*Nyet!*

Fue la primera palabra que dijo desde que salieron de Rusia y la mujer dejó escapar un leve grito mientras Daniil se abalanzaba sobre las fotos. No podía tirarlas ni tocarlas.

Su madre se marchó y el hombre se quedó y se sentó en la cama con él para mirar las fotos.

–¿Tú? –le preguntó el hombre señalándolo a él y uno de los chicos de la foto.

–Roman –contestó Daniil.

El hombre mayor de ojos amables se señaló el pecho.

–Marcus.

Daniil asintió con la cabeza y volvió a mirar la foto. Entonces, empezó a entender que Roman no lo odiaba, que había intentado salvarlo. Él, sin embargo, no había querido que lo salvara, había querido salir adelante con su hermano, no solo.

Capítulo 1

EN realidad, Libby Tennent mintió.

Había entrado por las puertas giratorias de latón y cristal, había cruzado el impresionante vestíbulo con suelo de mármol y ya estaba delante de los ascensores cuando un guardia de seguridad la preguntó a dónde iba.

–Tengo una cita con el señor Zverev –contestó Libby.

–Es posible, pero tiene que firmar en recepción antes de que tome el ascensor.

–¡Claro! –exclamó ella con desenfado, como si se hubiese olvidado del trámite.

Todo era impresionante en ese sitio. Era un lujoso edificio en Mayfair y ya antes, mientras iba en el taxi, ella se había dado cuenta de que ver a Daniil Zverev podría no ser tan fácil como le había asegurado su padre. Aun así, fue al mostrador de recepción y le repitió la historia a una recepcionista muy guapa. Le dijo que tenía una cita con el señor Zverev y esperó que la mujer no se diese cuenta de que, en realidad, la cita era con su padre, Lindsey Tennent.

–¿Cómo se llama?

–Señorita Tennent.

Libby la observó mientras tecleaba y vio que entrecerraba ligeramente los ojos mientras miraba la pantalla del ordenador.

–Un momento, por favor.

Descolgó un teléfono y empezó a dar la información.

–Ha venido una… señorita Tennent. Dice que tiene una cita con el señor Zverev –hizo una pausa y miró a Libby–. ¿Su nombre de pila?

–Libby –entonces se dio cuenta de que, a juzgar por la actitud del guardia de seguridad, podrían pedirle un documento de identidad–. Es un diminutivo de Elizabeth.

Libby intentó parecer tranquila y evitó enrollarse un mechón en el dedo o tamborilear con los pies como hacía cuando estaba nerviosa. Sin embargo, estaba nerviosa. Bueno, no muy nerviosa, pero incómoda por haberse prestado a hacer eso. Aunque quizá hubiese podido ahorrárselo porque la recepcionista sacudió la cabeza mientras colgaba el teléfono.

–El señor Zverev no puede recibirla.

–¿Cómo dice? –Libby parpadeó tanto por la negativa como por la falta de una explicación o una disculpa–. ¿Qué quiere decir? Tengo…

–El señor Zverev solo recibe con cita previa y usted no la tiene, señorita Tennent.

–Sí la tengo…

–Hay un señor Tennent que tiene cita a las seis. Si él no puede acudir, debería haber llamado para consultar si podía enviar a un sustituto. El señor Zverev no recibe a cualquiera.

Libby sabía cuándo estaba derrotada. Había esperado que no se diesen cuenta de la diferencia, como habría pasado en casi todos los sitios. Estaba tentada a disculparse por el error y a marcharse, pero su padre había derramado unas lágrimas cuando le pidió que hiciese eso por él. Sabía cuánto había en juego en esa cita e hizo un esfuerzo para mantenerse firme. Se puso todo lo recta que le permitió su metro y medio, un poco largo, y miró a la recepcionista a los ojos.

–Mi padre ha tenido un accidente de coche esta mañana. Por eso no ha podido venir y me ha enviado a mí. Ahora, por favor, dígale al señor Zverev que estoy aquí para reunirme con él. Sabe muy bien el motivo de mi visita. ¿Acaso prefiere que se lo explique a usted?

La recepcionista miró a alguien que estaba detrás de ella y a alguien a su izquierda. Al parecer, tenían público y la recepcionista debió de decidir que el vestíbulo no era el sitio indicado para hablar de los asuntos del gran jefe porque se encogió de hombros con cierta tensión.

–Un momento.

Hizo otra llamada, lejos de Libby, y acabó volviendo para darle un pase. Por fin, le habían permitido traspasar la barrera que protegía a Daniil Zverev. Se abrió la puerta del ascensor y entró. Hasta el ascensor era lujoso. Tenía una mullida moqueta, aire acondicionado y una luz tenue, algo que agradecía después de haber pasado toda una calurosa tarde de verano corriendo por Londres para llegar allí. No debería haber permitido que su padre la convenciera. En realidad, cuando aceptó intentar convencer a ese hombre para que fuera a la celebración del cuadragésimo aniversario de la boda de sus padres, ella había esperado encontrarse con un tal Daniel Thomas. Sin embargo, su padre volvió a llamarla cuando estaba a punto de marcharse.

–Por cierto, se me había olvidado decirte algo.

Su padre, quien había llegado a rogárselo con lágrimas en los ojos, tenía un tono algo tenso y esquivo.

–Ahora emplea un nombre distinto.

–¿Cómo dices? –le preguntó ella, que no entendía de qué estaba

hablando.

–Mejor dicho, al parecer, Daniel Thomas ha recuperado su nombre de verdad, Daniil Zverev. Fue adoptado.

–Vaya, si ha recuperado su nombre, tiene que haber un conflicto grave y no voy a meterme en medio…

–Libby, por favor… –le rogó su padre–. Lo único que tiene que hacer Zverev es presentarse y decir unas palabras.

¿Unas palabras? La lista de peticiones había aumentado. Tenía que presentarse, ser sociable, bailar con las tías y, además, ¡tenía que pedirle que pronunciara un discurso! No, no se sentía cómoda. Ella vivía en su burbuja de sueños donde no entraba el papel de negociadora. Era muy directa, tenía una cara expresiva y la tendencia a decir todo lo que pensaba. Además, para inquietud de sus padres, siempre se había negado a obedecer ciegamente.

–No me habías dicho nada de que tuviese que pronunciar un discurso.

–Libby, ¿no puedes hablar con él de mi parte? ¡Por favor!

¿Podía saberse por qué había dicho que sí? Naturalmente, se había informado sobre Daniil durante el viaje en taxi. Su padre le había dicho que, una vez cara a cara, ella podría apelar a su conciencia, pero, a juzgar por los artículos que había leído, el afamado financiero antes llamado Daniel Thomas no tenía conciencia. Según un artículo, él consideraba a todo el mundo un contrincante y pasaría por encima de cualquiera para conseguir su objetivo. En cuanto a las mujeres… se necesitaría un viaje en taxi de mucho más de media hora para leer esa parte de su historia. Se empleaba mucho la palabra «rompecorazones». Según lo que pudo vislumbrar, su relación más larga, por llamarlo de alguna manera, había sido una aventura de dos semanas con una supermodelo alemana, quien se quedó devastada después de la repentina ruptura. ¿Qué esperaban esas mujeres?, se había preguntado a sí misma cuando algunas decían que la ruptura había sido despiadada. ¿Por qué iba a salir alguien con él? A ella nunca le habían gustado las aventuras de una noche, pero, al parecer, Daniil Zverev era un maestro en la materia. Libby era muy prudente con las relaciones y nunca acababa de creer a los hombres que le decían que la danza no sería un obstáculo y que no les importaba las horas que tuviera que dedicarle a su arte. Siempre había acertado. El motivo de sus rupturas siempre había sido el mismo; que estaba obsesionada con el ballet, que no pensaba en otra cosa y que casi nunca tenía tiempo para salir. Era verdad y ella siempre lo había avisado desde el principio.

Dejó de pensar en su desastrosa vida amorosa e intentó

desentrañar a Daniil. Sorprendentemente, se había hablado muy poco de su cambio de nombre, como si hasta la prensa tuviese cuidado de no sacar a relucir ciertos asuntos. Ella, desde luego, tampoco tenía la más mínima intención de pedirle que hablase de sus familias.

Salió del ascensor y, naturalmente, se sintió como David dirigiéndose a enfrentarse con Goliat mientras recorría un pasillo con otra mujer guapa y seria al fondo que la miró de arriba abajo cuando se acercó a la mesa.

–He venido a ver al señor Zverev –dijo Libby con una sonrisa.

–A lo mejor quiere… arreglarse un poco antes de entrar –replicó la mujer sin sonreír.

–Estoy bien, gracias.

Libby sacudió la cabeza. Solo quería acabar de una vez con todo eso.

–Encontrará el cuarto de baño al fondo del pasillo, a la derecha.

Para su bochorno, Libby comprendió que estaban diciéndole, con mucha firmeza, que necesitaba asearse. ¿Acaso el gran Daniil Zverev solo podía ver personas perfectas? ¿Acaso solo podía recibir pleitesía de mujeres impecablemente arregladas? Sin embargo, se contuvo y se dirigió hacia el cuarto de baño. Cuando entró y se vio en el espejo de cuerpo entero, agradeció el consejo de que se arreglara un poco antes de ver a Daniil, aunque jamás lo reconocería. Era un día de agosto caluroso y ventoso y su pelo era la mejor demostración.

Estaba en casa para practicar y mantenerse en forma sin la deliciosa rutina de las clases de baile y los ensayos cuando se enteró de que su padre se había visto implicado en un accidente de coche. Naturalmente, se puso algo encima de la malla de ballet, tomó la bolsa de ropa y salió corriendo a Urgencias. Daba vueltas en la cabeza a lo que su padre le había contado esa tarde. La empresa familiar estaba en apuros y necesitaban esa fiesta de aniversario para salir adelante el mes siguiente. Sin embargo, también necesitaban que Daniil aceptara la invitación de sus padres.

Sacó una chaqueta de color marfil de la bolsa, se la puso encima de la malla y también se puso una falda de tubo gris. Se cepilló el pelo rubio y se lo recogió en lo alto de la cabeza. No llevaba maquillaje y parecía mucho más joven que los veinticinco años que tenía. Creía que la cara lavada no gustaría a un hombre tan sofisticado, pero tampoco tenía gran cosa en su bolsa de cosméticos. Un poco de máscara hizo que los ojos parecieran más grandes y también se pintó un poco los labios. Sabía que no tenía muchas esperanzas, que un hombre que había cortado los lazos con su familia hasta el punto de cambiarse de nombre no iba a hacer lo que ella le dijera. Además, jamás se le

ocurría decir a alguien lo que tenía que hacer. A ella tampoco le gustaba que se lo dijeran y por eso no trabajaba en la empresa familiar. La resignación a que la despidieran antes de que pudiera decir la primera frase hizo que casi perdiera todo el miedo por la reunión. Diría lo que tuviera que decir y se marcharía, no permitiría que la intimidaran.

La cursi de la recepción debió de considerar que ya estaba presentable porque descolgó el teléfono y comunicó que la cita de las seis ya había llegado.

–Sin embargo, como ya dije…. –debieron de interrumpirla porque no terminó de explicar que era Libby y no Lindsey–. Le diré que pase.

Cuando se dirigió hacia la puerta debió de parecer que había salido corriendo.

–Puede dejar aquí la bolsa.

Estuvo a punto de declinar la oferta, pero volvió a darse cuenta de que no era una oferta y dejó la bolsa antes de llegar a la puerta. Ya iba a levantar el brazo cuando la detuvieron.

–No llame, le molesta mucho. Entre directamente.

Ella quiso llamar una y otra vez solo para fastidiarle y eso hizo que sonriera de oreja a oreja.

Así fue como él la vio. Sonreía por algún chiste privado. Daniil sabía que su secretaria personal no podía haber dicho nada que le hiciera gracia. Además, era bailarina. Él lo supo no solo por su vestimenta, sino por su postura cuando cerró la puerta y porque intentaba contener el paso de bailarina mientras se dirigía hacia él antes de pararse.

Libby entró y parpadeó. Era como si estuviese en una postal de Londres, como si estuviese montada en London Eye, esa noria gigantesca, aunque jamás se habría encontrado a alguien tan impresionante sentado enfrente de ella. Tenía el pelo oscuro, los ojos grises y una piel muy blanca con una cicatriz en el pómulo izquierdo. Estaba sentado detrás de una mesa muy grande y la miraba con cierto interés. Aunque el despacho era inmenso, él parecía tan imponente que llenaba hasta el último centímetro.

–Gracias por recibirme, señor Zverev –dijo ella, aunque quería salir corriendo por la impresión que había recibido.

–Vaya, vaya, señor Tennent, qué voz tan aguda tiene.

Su voz era grave y tenía un acento ruso aterciopelado. Cuando ella se dio cuenta de que estaba refiriéndose a que la cita era con su padre, sonrió más todavía y perdió el miedo.

–Vaya, señor Tennent –siguió Daniil mirándole las piernas–, qué piel tan suave tiene.

Ella estaba delante de él y no tenía ningún miedo. Seguía sonriendo.

–Creo que los dos sabemos, señor Zverev…

Ella no pudo seguir cuando miró detenidamente esos gélidos ojos grises que la atravesaban. Pidió disculpas para sus adentros a todas esas mujeres que ella había despreciado alegremente por haber salido con él. Nunca había entendido a las mujeres que podían meterse en la cama con un hombre sin más, pero le costaba atenerse a sus principios en ese momento. Él era tan bello y su mirada era tan intensa y sexy que también habría podido tenerla a ella.

Tuvo que aclararse la garganta para seguir y tuvo que recordar lo que habían dicho para recuperar el hilo.

–Creo que los dos sabemos, señor Zverev, que usted es el lobo feroz.

Capítulo 2

ASOMBROSAMENTE, él sonrió aunque ella hubiese tenido el atrevimiento de llamarlo lobo feroz a la cara.

–Efectivamente, lo soy.

Libby contuvo el aliento. Sus rasgos desconfiados se relajaron un poco, sus labios rojos y sombríos esbozaron una sonrisa y sus gélidos ojos grises se suavizaron un poco. No mucho, lo justo para que no pareciera tan imponente durante una milésima de segundo. Sin embargo, todo cambió inmediatamente y volvieron a la relación de trabajo.

–Siéntese –le ordenó él.

Ella se sentó con los tobillos cruzados y las manos en el regazo.

–¿Quiere beber algo?

–No, gracias.

–¿Está segura? –insistió él.

–Completamente segura.

Tenía una sed espantosa, pero se sentía muy incómoda porque sabía lo que tenía que pedirle y estaba furiosa con su padre por haberla metido en esa situación. Daniil tomó una botella de agua con gas que había en la mesa y la abrió. Estaba helada, ella lo sabía porque la botella estaba empañada, y sintió más sed todavía. Oyó el delicioso chisporroteo cuando la abrió y sirvió un vaso. El muy malnacido no iba a ofrecerle… Entonces, le acercó el vaso y ella lo tomó poniendo los ojos en blanco.

–Gracias.

Él se sirvió otro vaso y ella le miró las manos. Hasta las manos eran bellas. Tenían unos dedos largos y finos con las uñas cortas y bien cuidadas.

–¿Y bien? –preguntó Daniil.

Ella volvió a recordar por qué estaba allí.

–Mi padre lamenta muchísimo no haber podido venir, pero se ha visto implicado en un accidente de tráfico.

–Cuánto lo siento. Espero que no le haya pasado nada grave.

–No… –a ella le sorprendió haber captado cierta preocupación en su voz–. Solo una leve contusión…

Daniil disimuló una sonrisa burlona cuando Libby se calló y la

miró cuando frunció el ceño. Era una contusión muy leve y, en realidad, el médico le había dicho que su padre podía marcharse a casa. Si esa reunión con Daniil era tan vital y urgente, él podría haber hecho el esfuerzo de acudir.

–Tiene que descansar cuarenta y ocho horas –siguió ella como si quisiera convencerse a sí misma–. Como sabrá, es organizador de eventos y…

–Y el evento que está organizando no saldrá bien si yo no asisto –Daniil interrumpió su cháchara.

–Efectivamente –ella dio un sorbo de agua–. Sir Richard es inflexible y si su hijo no está allí… –miró a Daniil y vio que tenía una ceja ligeramente arqueada. Tuvo la sensación de que estaba riéndose de ella aunque no había movido los labios–. En fin, es el cuadragésimo aniversario de su boda. Es todo un logro en estos días.

–¿El qué? –preguntó Daniil.

–Llevar cuarenta años casados.

–¿Por qué?

Ella parpadeó por la pregunta.

–Bueno, será un logro si es un matrimonio feliz.

Ella dejó escapar una risa nerviosa. Daniil le sacaba punta a todo.

–Supongo que algo es algo –Daniil se encogió de hombros–. Yo nunca he pasado de las cuarenta y ocho horas.

Él le clavó los ojos, se los clavó literalmente, y, para su sorpresa, ella captó cierta advertencia. Una advertencia que no le disgustó y entrecerró los ojos por algo que no podía discernir. ¿Acaso estaba coqueteando con ella? Era posible. Quizá estuviese practicando casi sin querer esa técnica que había depurado con tanto trabajo. Además, si él era tan directo, ella también podía serlo.

–Bueno, aquella supermodelo alemana… –ella sacudió un dedo–. Creo que duró dos semanas con ella.

–Ha hecho los deberes –comentó Daniil con satisfacción–. Tiene razón, Herta. La seguí a una sesión fotográfica en Brasil, pero no porque estuviese enamorado, solo quería comprobar algo… –aclaró él llevándose el impresionante dedo índice a la nuez.

–¿Cómo dice?

–No podía dejar de pensarlo… Era tan alta y tenía una voz tan profunda…

¡Santo cielo, era escandaloso!

–¿Y era…? –preguntó ella con la voz quebrada.

–¿Una mujer? Sí, lo era. Gracias a Dios.

Él se rio y ella se olvidó de dónde estaba. Daniil tuvo que devolverla a la realidad.

–Continúe.

Ella tenía dos armas y un blanco muy impaciente. Casi podía notar que el tiempo con él estaba a punto de agotarse.

–Bueno, como ya sabe, lady Katherine está mal –comentó Libby–. Muy mal.

–No tanto como para que no pueda celebrar una fiesta –puntualizó Daniil.

–No, pero…

–¿Pero?

Ella intentó encontrar algún remordimiento en su tono, pero él la miraba con frialdad.

–Bueno, podría no llegar a los cuarenta y uno.

–¿Se trata de eso? –preguntó Daniil con el ceño fruncido.

–¿Cómo dice?

–¿Está intentando convencerme?

Ella tragó saliva. Pensó en la otra arma, que, si iba, había una carta esperándole y decía que sir Richard no daría la herencia de Daniil a su primo, pero le pareció una vulgaridad y decidió no emplearla.

–Efectivamente –Libby suspiró y tiró la toalla–. No se me da muy bien intentar convencer a la gente. En realidad, no suelo intentarlo.

–Bueno, para que lo sepa, su técnica está completamente equivocada. Para empezar, debería haberme arrojado toda la inmundicia encima de la mesa.

–¿Por ejemplo? –preguntó ella.

–Debería haberme dicho que tenía que asistir con mi nombre de adopción, Daniel Thomas, y que se esperaba que pronunciara un discurso…

Ella se quedó con la boca abierta y se dio cuenta de que él iba muy por delante de ella.

–Luego –siguió Daniil–, cuando hubiese recibido mi negativa tajante, debería haber intentado convencerme con la mala salud de mi madre y esas cosas.

–¿Habría dado resultado?

–Conmigo, no –contestó él–. Se lo digo para el futuro. Estaba haciéndolo al revés con su técnica porque, en el improbable caso de que hubiese aceptado, habría tenido que pedirme más cosas. Ha empleado demasiado pronto la historia lacrimógena.

–Entiendo, pero, claro, este no es mi trabajo habitual –replicó ella mirándolo fijamente.

La intrigaba total y absolutamente. Era una mezcla desconcertante, era arrogante y hostil, pero accesible en cierto sentido.

–Dígale a su padre que no voy a asistir a la celebración del

aniversario de boda de mis padres.

–¿Por qué?

–No tengo un motivo ni quiero contarle a usted por qué tomo mis decisiones.

–¿En cualquier caso iba a negarse?

–Sí.

–Entonces, ¿por qué aceptó ver a mi padre?

–Bueno, él insistió porque tenía que decirme algo que podría hacer que cambiara de opinión. Observo que usted no ha dicho nada de que mi herencia no vaya a ir al primo George.

–No.

–¿Por qué?

–No tengo un motivo ni quiero contarle a usted por qué tomo mis decisiones –ella repitió sus palabras como un loro, pero él sonrió.

–Sabe que la verdad es que sí quiere decírmelo.

¡Claro que quería!

–Bueno… –Libby se movió en el asiento–. Me parece un chantaje.

–Es la diversión favorita de mi padre. En cualquier caso, no quiero una mansión vieja y siniestra. Detesto ese sitio.

Libby no soportaba que la hubiesen convencido para hacer eso, no lo soportaba en absoluto.

–Mire, siento mucho haberle interrumpido, señor Zverev.

–¿Ya está?

–Sí –contestó ella con una sonrisa–. Le comunicaré su decisión a mi padre.

–Si le molesta no haber conseguido lo que quería, quiero que sepa que él no habría durado ni un minuto conmigo. Puede consolarse porque lo ha hecho mucho mejor que él.

–¿Por qué?

–Me gustaba mirarle la boca.

–No puede decir eso.

–¿Por qué? Exigió verme, se presentó sin una cita, no me diga lo que tengo que hacer aquí.

Él se levantó y ella se sintió diminuta cuando casi dos metros de elegancia cruzaron la habitación y tomaron una chaqueta de un perchero. Mejor dicho, él la retiró del gancho y se la puso con un movimiento parecido al de un prestidigitador.

–Ahí tiene agua y en la nevera hay casi de todo. El cuarto de baño está allí…

–¿Cómo dice? –preguntó Libby sin salir de su asombro.

–Sigue sentada y yo, evidentemente, voy a marcharme. He dado por supuesto que va a quedarse.

–¡Ah!

Le costaba hasta levantarse con él en la habitación. Las piernas se habían olvidado de para qué servían, como la cabeza, porque se agachó para recoger la bolsa que, naturalmente, no estaba allí.

–Es verdad, la dejé en la recepción.

Él hacía que pareciera como si estuviese un poco mal de la cabeza… y se sentía un poco mal de la cabeza. Mientras salía de su despacho, se sentía como si hubiese pasado diez horas en un cine de sesión continua y parpadeaba por la luz. Recogió la bolsa, sonrió a la cursi esa y se dirigió hacia el ascensor, pero dio un respingo cuando se dio cuenta de que él estaba detrás.

–Creía que tendría un ascensor privado –comentó ella–. Uno que solo subiera.

Efectivamente, él la subiría al cielo. Entraron y, cuando se cerraron las puertas, ella esperó que empezara el viaje en ascensor más angustioso de su vida, pero resultó ser el mejor.

Él comprobó su teléfono antes de mirarla. Ella estaba apoyada en la pared y miraba su impresionante rostro porque la cicatriz la intrigaba.

–¿Quiere cenar algo? –le preguntó él como si tal cosa.

–¿Cenar algo?

–Bueno, estoy hambriento y supongo que no habrá tenido tiempo de comer por las prisas para llegar a ver a su padre gravemente herido.

Ella esbozó una sonrisa.

–Luego –siguió él–, habrá sentido un alivio inmenso al comprobar que solo tenía una leve contusión.

–No –ella se rio–, no he comido.

–Entonces, ¿quiere cenar algo? Pero con una condición.

Salieron del ascensor y cruzaron el vestíbulo. Libby estuvo tentada de sacarle la lengua a la recepcionista que no había querido dejarla pasar.

–¿Qué condición? –preguntó ella.

–Que sepa que no voy a cambiar de opinión.

–¿Sobre qué? –preguntó ella antes de caer en la cuenta–. Lo entiendo.

Salieron y un coche con conductor estaba esperándolo en la puerta.

–¿Cómo sabía él que estaba saliendo? –le preguntó Libby.

–Cindy le habrá llamado para avisarle.

¡Cindy! Bueno, era un nombre que le pegaba. Mientras se montaba en el coche, Libby estaba pensando, entre otras cosas, en cuánto dinero llevaba y en cuál sería el saldo de su tarjeta de crédito. Su

madre siempre le había avisado de que tenía que llevar dinero suficiente para pagar un taxi de vuelta a casa y ella quería saber que podía pagar una cena con la tarjeta de crédito. Según había leído, él podía largarse en medio de una cena, unas vacaciones o una sesión de fotos en Brasil. Cuando se aburría, no se andaba con cortesías. Podía marcharse en cualquier momento y ella lo aceptaba, eso era efímero y pasajero, pero no se lo habría perdido por nada del mundo.

Una vez fuera de su inmenso despacho y dentro del coche, que era un poco más pequeño, su tamaño era más apreciable todavía. Era alto y tenía unas espaldas muy anchas. Además, cuando se puso la chaqueta, se fijó en lo liso que tenía el abdomen. Ella era baja, pero él hacía que se sintiera diminuta a su lado.

–¿Adónde vamos?

–A un sitio agradable.

Un sitio agradable era un club con un cordel en la puerta y una multitud esperando aunque fuese lunes. Además, era muy agradable no tener que hacer cola.

–¿Tenía reserva? –le preguntó Libby cuando les dejaron entrar.

–No, nunca reservo en ningún sitio –contestó él mientras se sentaban. Ella puso la bolsa en el suelo y los dos dejaron los teléfonos en la mesa–. ¿Cómo puedes saber por la mañana lo que querrás hacer por la noche?

Ella notó que se le disparaban las alarmas. Miró alrededor y vio que la gente no les quitaba los ojos de encima. Se sintió como cuando había tenido que hacer prácticas en la biblioteca y la bibliotecaria se marchó a almorzar. Alguien le había hecho una pregunta y había esperado que ella supiese la respuesta. Había querido decirle que, en realidad, ella no trabajaba allí. En ese momento, también quería decir a toda esa gente que, en realidad, ella no estaba con él. Salvo que, para su absoluto placer, ¡esa noche sí lo estaba! Sabía que era una excepción, que estaba allí por eliminación, pero era un giro tan maravilloso de los acontecimientos que estaba dispuesta a disfrutarlo.

–¿Qué quiere beber? –le preguntó Daniil mientras ella miraba la carta de cócteles, que era abrumadora, como él.

Era imposible respirar de una forma normal con él tan cerca. Sacudió la cabeza con cierta impotencia, algo que, probablemente, era muy poco sofisticado, pero fue lo único que pudo hacer.

–¿Champán? –propuso él.

Libby asintió con la cabeza, pero, cuando oyó el champán que había pedido, se arrepintió inmediatamente porque no podría pagarlo ni con su tarjeta de crédito. Sirvieron el champán y el hielo se rompió de verdad cuando sonó el teléfono de Libby y Daniil vio en la pantalla

que era su padre.

–Conteste –dijo él.

–Lo siento, papá, he hablado con él, pero la respuesta sigue siendo no.

Daniil la observó mientras hablaba. Se había sorprendido a sí mismo al invitarla a cenar. No se parecía nada a su tipo habitual, que solía ser unos treinta centímetros más alta y que estaba encantada de quedarse sentada en silencio y aburrida, que solo quería que la vieran con él. Libby Tennent no se quedaba sentada, se revolvía en el asiento jugando con el pelo con una mano, con los ojos en blanco y poniéndose roja como un tomate mientras hablaba con su padre.

–No, ya te he dicho que no hay ninguna posibilidad de que cambie de opinión.

Daniil la observó.

–No, si yo fuese tú, papá, no intentaría llamarlo. Es una persona muy fría –añadió ella guiñándole un ojo a Daniil.

Daniil sonrió y dio un sorbo de champán.

–No, creo que vas a tener que aceptar que su respuesta es no. ¿Cómo te sientes…?

Sin embargo, su padre ya había cortado la llamada y Libby dejó el teléfono y levantó las palmas de las manos. Entonces, Daniil empezó a contar.

–Uno, dos… –ella ya iba a preguntarle qué estaba haciendo cuando su teléfono sonó–. Todavía no sé cómo ha conseguido mi número privado.

Contestó la llamada de Lindsey y estaba a punto de decirle algo frío y áspero, pero fue un poco más cortés de lo que solía ser quizá porque sabía que iba a acostarse con su hija al cabo de una hora más o menos.

–Lindsey, siento lo de tu accidente. Voy a bloquear tu número en este momento. No intentes ponerte en contacto conmigo otra vez –dijo Daniil justo antes de cortar la llamada.

–Me siento fatal por él –reconoció Libby–, pero también estoy furiosa con él por haberme mandado a que intentara convencerlo. Le dije que no quería hacerlo.

–Entonces, ¿por qué lo hizo?

Libby se encogió de hombros.

–Me recordó que yo, al contrario que mi hermana, June, no hago nada por la empresa familiar.

–¿Qué hace June?

–Es cocinera –Libby suspiró–. Y se casó con un cocinero.

–Una hija muy útil para un organizador de eventos.

–Al contrario que yo.

–¿Y su madre?

–Trabaja con mi padre.

–¿Se llevan bien?

–Sí, pero… –ella volvió a encogerse de hombros–. Soy demasiado… expresiva para todos ellos. Algunas veces creo que soy adop…

Libby intentó tragarse la metedura de pata, pero Daniil sonrió con ironía.

–Yo, al menos, sabía que lo era.

–Lo siento –Libby hizo un gesto de fastidio–. Ha sido sin querer.

–¿Qué les pasa a los ingleses con el remordimiento? –preguntó él–. No me importa lo más mínimo y no tiene por qué tener remordimiento, usted no tiene la culpa de que la empresa de su padre esté a punto de hundirse.

–¿Cómo…? –empezó a preguntarle ella con los ojos entrecerrados.

–¿Siempre persigue con este empeño a quienes no van a asistir?

–No.

–Está claro que esa fiesta es muy importante para él.

–Lo es.

–El remordimiento y la manipulación son unos compañeros de cama espantosos –comentó Daniil–. Mis padres deben de saber que su padre está desesperado y lo han utilizado para llegar hasta mí. Por otro lado, él sabe que no va a conseguir nada y le crea remordimiento a usted para que venga a verme, espera que no pueda negarles nada a sus preciosos ojos azules –él sacudió un dedo señalándola–. Umm… Libby, ¿estás unida a tus padres? –preguntó él con una sonrisa muy leve.

–En general sí –contestó ella–. Creo que todas las familias tienen cosas que enfurecen a los demás, pero si les quieres… –ella vaciló al acordarse de que Daniil estaba distanciado de sus padres–. ¿Te importan algo?

–No –contestó él sin dar más explicaciones.

–¿Alguna vez estuviste unido a ellos?

–Nunca me permito estar unido a nadie.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada de entrada. No era quién para decirle que estaba equivocado. Se había metido en su mundo sin que la invitaran y no era nadie para dictarle sus reglas o para decirle cómo debería ser. Sin embargo…

–¿Por qué? –preguntó Libby.

A juzgar por lo roja que se puso, los dos sabían que no se refería solo a su relación con sus padres.

–Porque crea expectativas de que podría durar y, en mi opinión,

nada dura. Libby… ¿entiendes que pase lo que pase esta noche no voy a cambiar de opinión en lo relativo a la fiesta de mis padres?

–Sí.

Él no lo creyó ni por un momento.

–¿Estás segura? –insistió él.

Ella asintió con la cabeza.

–Sería muy necio por tu parte –le avisó él.

–Lo sé y yo espero que tú entiendas que tu champán carísimo no va a comprar una noche en la cama conmigo.

–Lo entiendo.

–¿Estás seguro?

–Sí –Daniil asintió con la cabeza–, pero es posible que mi encanto lo consiga.

Libby se rio, él era perverso, pero le gustaba.

–¿Qué me dices de ti? –preguntó él–. Ya sabes que mi récord es de dos semanas, ¿cuál es tu récord con una relación?

Libby lo pensó un momento.

–Dieciocho meses. Aunque los últimos seis no cuentan.

–¿Por qué?

–Para entonces, ya estábamos muy tocados.

Ella rememoró aquella época y el nudo que tenía siempre en el estómago al tener que hacer juegos malabares con demasiadas pelotas. Fue un alivio cuando la pelota de la relación cayó al suelo y ella pudo entregarse plenamente a la danza.

–Al parecer, estaba demasiado concentrada en mi carrera.

–¿En vez de en él? –Libby asintió con la cabeza–. Ese es su problema.

–Es posible –ella suspiró–. No paro de repetírmelo.

–Entonces, ya va siendo hora de que empieces a creértelo.

Llegó el camarero y Libby le pidió sopa de cebolla, mientras que Daniil le pedía dos chuletas y una ensalada.

–¿Dos? –le preguntó ella cuando se quedaron solos.

–Tengo mucho apetito –reconoció él antes de no poder disimular su curiosidad por lo que había pedido ella–. Me sorprende que no les hayas pedido que te quiten el queso y el pan. ¿No es lo que hace la mayoría de las bailarinas de ballet?

–¡Ja! –Libby esbozó una sonrisa irónica–. Desgraciadamente, siempre tengo hambre, menos cuando estoy nerviosa o estresada. Cuando estoy contenta, me muero de hambre. ¿Cómo has sabido que soy bailarina?

–Cuando entraste en mi despacho, intentabas por todos los medios mantener las piernas paralelas y no caminar como un pato.

En ese momento, desde luego que tenía los muslos paralelos, los tenía pegados por el delicioso roce de sus rodillas.

–¿Profesional? –le preguntó Daniil.

–Ex –por primera vez, él vio que su sonrisa decaía–. Bueno, supongo que volveré a serlo pronto, pero de otra manera. Mañana voy a ver dos locales en alquiler para crear mi propia escuela de danza. Ya sabes lo que dicen, el que no vale, enseña.

–Me parece que no dirías eso de otro –comentó Daniil.

–No –reconoció ella.

–Entonces, ¿por qué lo dices de ti misma?

–Supongo que porque no estoy donde había esperado estar.

–¿Que es…?

Ella dio un sorbo de champán y, por primera vez, la conversación se tambaleó.

–Nunca tuve mi gran papel… –él frunció levemente el ceño–. Una vez fui suplente. Ya sabes lo que dicen, «ojalá se rompa una pierna». Yo lo deseaba de verdad, pero, naturalmente, ella no se la rompió.

–No lo deseaste.

–No –reconoció ella–, pero sí me habría encantado que hubiese tenido una migraña al menos.

Daniil sonrió y ella también volvió a sonreír.

–Ya he aceptado que los papeles pequeños que me dan no van a llevar a nada más importante –siguió Libby–. Amo el ballet, lo amo de verdad, pero no lo es todo. Es casi todo, pero, si quieres llegar lejos, eso es lo que tiene que ser. También he tenido un par de lesiones graves y no me he recuperado…

–¿Por ejemplo?

–No querrías ver mis pies.

–Pues sí quiero.

Los dedos de esos pies se encogieron cuando sintió que su rodilla la tocaba otra vez, se encogieron tanto que estuvo tentada de quitarse el zapato y dejarlo en el regazo de él.

–En cualquier caso, la última fractura exigía reposo y no puedes, tienes que hacer lo que sea. Sin embargo, me di cuenta de que ya no podía hacerlo. Sé que no voy a llegar lejos, no más allá de pagar el alquiler, y he estudiado para dar clases. Ahora estoy ilusionada, pero he estado deprimida.

–¿Creíste que se había acabado tu vida?

–Sí –contestó ella inmediatamente.

Durante meses no había podido imaginarse que iba a olvidarse de su sueño, pero, en ese momento, estaba contenta por lo que había logrado y estaba emocionada por lo que se avecinaba. Casi. Siempre

quedaba cierta amargura, nunca volvería a participar en una obra importante ni haría una audición, pero evitaba darle vueltas.

–Entonces, mañana vas a buscar sitios para abrir tu propia escuela de danza.

–Sí.

–Buena suerte.

Él levantó su copa y ella chocó la suya. La sopa era maravillosa. Tenía una costra perfecta y ella hizo un agujero para llegar al caldo oscuro que había debajo.

–Háblame de los sitios que vas a ir a ver mañana.

–Hay uno que no está lejos de tu oficina y se nota en la renta. Otro está en el East End. Ese puedo pagarlo y ya tiene espejos…

–Entonces, ¿ya fue un estudio de danza?

–Sí.

–¿Por qué cerró?

Ella se quedó con la cuchara a medio camino y lo miró.

–No me estropees el apetito.

–No, son las preguntas que tienes que hacer. Confía en mí, sé de estas cosas.

–No creo que los estudios de danza de poca monta sean tu especialidad –replicó ella con una sonrisa tensa.

–El negocio es el negocio.

–Es posible, pero es muy personal para mí.

–No tiene nada de malo que sea personal.

Esa vez, sus rodillas no estaban rozándole, estaban tocándola con cierta fuerza y estaban coqueteando abiertamente. Además, si él podía ser fisgón, ella también.

–¿Cómo te hiciste la cicatriz?

Él sacudió levemente la cabeza. No dio una excusa ni cambió de conversación, se limitó a mover un poco la cabeza para indicarle que no siguiera por ese camino. Sin embargo, le intrigaba. Era una cicatriz rugosa y abultada y se preguntaba por qué no se la había arreglado con todos los millones que tenía. Sus dientes postizos eran preciosos, eso supuso ella porque ningunos naturales podían ser tan perfectos, y todo lo demás que podía ver, desde el pelo inmaculado hasta el traje con un corte impecable, indicaba que Daniil cuidaba mucho su apariencia. Aparte de la cicatriz.

Charlaron, mejor dicho, ella habló. A él se le daba muy bien sacarle información y le contó dónde vivía, a qué colegio había ido y dónde había bailado. Cuando él fue a rellenar la copa y solo cayeron cuatro gotas, Libby se dio cuenta de que casi toda la conversación había sido sobre ella.

–Pediré más.

Daniil fue a llamar al camarero, pero Libby lo detuvo.

–Yo no quiero más, me desmayaría.

–¿Postre?

Él captó que Libby se debatía por dentro. Sabía que se les había acabado el tiempo, pero, sencillamente, no podía separarse.

–Sí, por favor.

Volvieron a llevarles las cartas y estuvo tentada de pedir un *soufflé* de chocolate solo para posponer el inevitable final.

–*Créme brulée* –pidió ella en cambio–. ¿Tú?

–Café.

Eran las ocho y veinte cuando se terminó el postre.

–¿Te ha gustado? –le preguntó Daniil.

–Mucho.

Sin embargo, podía darse cuenta de que él estaba pensando en otra cosa. Miró a la calle y ella vio que comprobaba la hora otra vez. Tenía que darle las gracias por la cena y marcharse a casa, pero fue al cuarto de baño para alargar las cosas un poco más. Luego, tomó café con unas chocolatinas de menta, pero las acabaron enseguida y ya solo le quedaba guardarse una servilleta en la bolsa como recuerdo de esa velada.

Salieron a la calle un rato después y allí estaba el conductor esperándolo.

–Voy a tomar un taxi –dijo Libby.

–¿Por qué ibas a hacer eso si tengo un coche esperándome?

Un coche que, a juzgar por lo que sentía ella, le llevaría a su casa. Lo miró a los ojos.

–Creo que los dos sabemos por qué.

–Bueno, ha sido muy estimulante conocerla, señorita Tennent.

–Ha sido… intimidante conocerte –ella sonrió–. Bueno, al principio.

Él le puso las manos en las caderas con un gesto insinuante que abarcaba ese lugar en el que estaban pensando los dos. Ella sintió una necesidad apremiante de que la levantara y de rodearlo con las piernas.

–Me siento muy intimidada –reconoció ella–, aunque la parte de en medio ha sido divertida.

Se sentía intimidada solo porque el demonio estaba a punto de besarla. ¿Por qué habría pedido sopa de cebolla? ¿No podía detenerlo un instante y buscar un caramelo de menta en el bolso? Aunque había tomado esas chocolatinas con el café..

–¿Qué estás pensando? –le preguntó Daniil al darse cuenta de que

estaba manteniendo una conversación consigo misma.

–No voy a decírtelo.

Él no tanteó el terreno, no se anduvo por las ramas, bajó la cabeza desde las alturas y Libby recibió el beso más experto de su vida. Le separó los labios con sus labios, no con la lengua, y la sujetó con tanta firmeza que, aunque intentó ponerse de puntillas, él la mantuvo en el suelo. Cuando tuvo los labios separados, su lengua buscó la de ella y no con una delicadeza especial. Tenía la mandíbula áspera y deliciosa, pero, cuando intentó devolverle el beso, él se resistió. Su boca le indicó que era un beso de él a ella. Se limitó a adueñarse de ella, a paladearla, a inflamarle el cuerpo con su boca. Era tan granítico que se sentía como si estuviese contra una pared. Era tan inmutable que, cuando alguien chocó contra ellos, casi ni los interrumpió.

Su beso la enardeció, allí, en la calle, pero lo único que pudo hacer fue llevar las manos a su pecho. Pasó los dedos por la tela de su camisa y encontró los pezones prominentes. Él también estaba ardiendo y ella, que anhelaba más, cimbreó las caderas entre sus manos para sentirlo más cerca. Entonces, cuando él la estrechaba con fuerza, dejó de besarla. Había dejado que ella vislumbrara lo que se sentía al estar abrazada por él y luego le había privado despiadadamente de ese placer. Tomó una bocanada de aire mientras anhelaba su boca otra vez.

–A la cama –dijo Daniil.

–Yo no…

¿Había estado a punto de decir que ella no quería? ¡Sí quería! La danza había sido su prioridad desde los ocho años y eso había significado disciplina con todo. Era delicioso estar a punto de tomar una decisión que se basaba solo en ese momento, en lo que quería en ese momento… y, efectivamente, lo quería. Decidió aceptar cuando lo más sensato habría sido declinar.

–A la cama –Libby asintió con la cabeza y parpadeó por su reacción. No se arrepentía, pero siguió hablando en tono abatido–. Me arrepentiré mañana por la mañana.

–Solo si entonces esperas que te ame.

Las alarmas se dispararon otra vez. Podía darse media vuelta y largarse en ese momento.

–¡No! –replicó ella siendo sensata esa vez.

–Entonces, no hay motivo para que te arrepientas.

Capítulo 3

LA seguridad para entrar en su ático solo era comparable a la de su oficina. El conductor dijo algo por un interfono y se abrieron unas puertas que llevaban a un aparcamiento subterráneo. Una vez allí, fueron a un ascensor que no se abrió hasta que Daniil tecleó un código y dijo su nombre con su voz grave y sexy. Salieron a un vestíbulo donde los saludaron y tomaron otro ascensor hasta su casa. Entraron y él tiró la chaqueta en una butaca, sirvió dos bebidas y se sentó en un sofá mientras ella, de pie todavía, lo asimilaba todo.

Daniil estaba acostumbrado a que las mujeres fuesen a su casa, donde controlaba la situación. Sin embargo, no estaba acostumbrado a una mujer como Libby. Sus zapatos planos no hacían ruido en el suelo de mármol mientras iba a mirar las vistas y estaba seguro de que estaba manteniendo otra conversación en su cabeza.

Libby pensó que Daniil vivía por encima de las nubes, o, al menos, eso era lo que parecía. Estaban a tanta altura que se sentía como si estuviese volando en globo.

–No haces el ruido de un caballo que trota de un lado a otro –comentó él.

–Ya… el ruido te irrita.

Libby sonrió con un brandy en la mano y mirando el anochecer en Londres. El cielo tenía un tono anaranjado que presagiaba que el día siguiente también sería caluroso. Se acordó de cómo había empezado todo.

–Iba a llamar una y otra vez a la puerta de tu despacho solo para fastidiarte.

–¿Por eso estabas sonriendo cuando entraste? –le preguntó Daniil al acordarse de que había pensado que se había reído por algún chiste privado… que acababa de contarse.

–Sí.

Libby se dio la vuelta y dejó de mirar una vista maravillosa para mirar otra, él.

–¿Sabías que Cindy me mandó que me arreglara antes de dejarme que te viera?

–Claro.

–Me sentí como si estuviese en el colegio y fuesen a hacerme una

revisión del uniforme.

Libby volvió a mirar el Big Ben y se preguntó si se podrían oír las campanadas desde allí, pero no pudo hacer la pregunta porque él habló primero.

–¿Llevas puestas las bragas azul marino?

Ella quiso levantarse la falda y enseñarle el trasero, pero soltó una carcajada al imaginárselo.

–Esta noche no me parezco nada a mí misma –reconoció ella.

–¿En qué sentido?

Ella lo pensó un rato, se preguntó cómo podría describirle la inmensa satisfacción que le producía darse un placer, que, hasta ese momento, se había negado, menos cuando bailaba. Sin embargo, en vez de decirlo, sacudió la cabeza como hacía él cuando prefería no hablar de algo. Él aceptó su silencio.

–Yo tampoco me parezco nada a mí mismo.

Normalmente, ya estaría a punto de acabar. La cena con Libby había sido muy apacible y era pronto para estar en casa. Además, no se habían besado en el ascensor ni estaban ya en la cama. Ella iba de un lado a otro y él, cosa extraña, se sentía cómodo y la dejaba.

Era un espacio muy amplio. Las paredes eran de ladrillo, menos una de cristal, y el efecto era impresionante con el cielo de la noche. Estaba acercándose una tormenta y había que ver el cielo que se iluminaba a lo lejos con cada relámpago, pero no se oían los truenos, más bien, los sentía. Era casi como estar suspendida en un balcón muy alto. En realidad, le daba un poco de vértigo, como si pudiera sentir el viento. Al cabo de un momento, retrocedió y tuvo la sensación de que debería protegerse.

–Tu casa es impresionante.

Los sofás de cuero oscuro eran tan grandes que podría dormir tranquilamente en la cuarta parte de uno de ellos y, naturalmente, tenía todos los avances más modernos. Solo faltaban algunas cosas; no había obras de arte en las paredes ni fotos en las repisas…

–¡No hay libros! –exclamó Libby.

–Leo en el ordenador.

–¿Y tus libros antiguos?

–Me deshago de ellos cuando los termino –contestó Daniil encogiéndose de hombros.

Libby casi se desmayó al imaginárselo tirándolos sin contemplaciones. Era una lección. Al día siguiente, ella estaría en el contenedor de reciclado y la mujer de la limpieza borraría todo rastro que hubiese dejado. Efectivamente, era aséptico a pesar de su belleza. La cocina haría llorar de envidia a cualquier cocinero, pero ella, al

contrario que su hermana, no era cocinera ni nada que se le pareciese y pasó de largo sin prestarle mucha atención.

–¿No te gusta la cocina? –le preguntó él por encima del hombro.

–Es una cocina –contestó ella.

Vaciló al acercarse al dormitorio principal, donde estaría actuando al cabo de un rato, pero le sorprendió que no sintiese miedo escénico. Además, era posible que ni siquiera llegaran al dormitorio. Suspiró porque, en ese momento, estaba resistiendo la tentación de darse la vuelta y abalanzarse sobre él en el sofá. Podía notar la mirada de él clavada en ella y tenía la inquietante sensación de que podía saltar en cualquier momento sobre ella.

Menudo dormitorio… pensó cuando miró dentro. Solo había una cama, nada más. Una cama perfecta, amplia y con sábanas blancas contra una pared de ladrillos enorme. Sin obras de arte en las paredes ni espejos… Tenía una sencillez que lo hacía extrañamente hermoso porque no había nada ni dónde esconderse.

–¿Dónde dejas la ropa? –le preguntó ella desde la puerta.

–Hay un vestidor detrás de la pared que tienes a la derecha.

Tampoco había mesillas.

–¿Dónde dejas el vaso de agua?

–Me levanto si quiero beber.

–¿Los preservativos?

–¡Ja! –él se rio por lo concisa que había sido–. Tengo una mujer que me da uno cuando lo necesito…

Ella se dio la vuelta con los ojos en blanco.

–Debajo de la almohada –dijo él.

–Ah… –curiosamente, Libby se sintió decepcionada–. Creía que, como mínimo, tendrías que apretar un botón o algo parecido.

Una vez más, era muy aséptico, pero también era terriblemente sexy. Estaba increíblemente excitada y casi anhelaba que él acudiese a su lado, pero se quedó sentado observándola. Resopló, decidió no entrar en el dormitorio y siguió el recorrido. Había un despacho grande y muy ordenado, pero tampoco había ni libros ni fotos ni desorganización. Todo era precioso y… vacío. Llegó a otra puerta y fue a abrirla.

–Libby.

Ella se dio la vuelta y él sacudió levemente la cabeza, como había hecho cuando le preguntó por la cicatriz. Ni excusas ni explicaciones, solo una advertencia sobre lo que estaba vedado.

Entonces, se levantó, se movió con la misma flexibilidad que en su despacho y ella se sintió nerviosa de repente cuando se quitó la corbata. Era un nerviosismo delicioso que empezó entre las piernas, le

subió por el abdomen e hizo que se sonrojara.

–Ven –dijo él dirigiéndose al dormitorio.

Nada de besos ni de palabras insinuantes siquiera. Eso era sexo puro y duro. Sabía que, en realidad, debería poner pies en polvorosa, pero su falta de tapujos, sus instrucciones frías, la excitaban en vez de disuadirla. Nunca se había sentido tan atraída por nadie. La tranquilidad e inquietud que sentía con Daniil era una combinación embriagadora. Probablemente, lo habría seguido a la luna en ese momento y decidió no rechazar esa invitación tan excepcional.

–¿Puede vernos alguien? –preguntó ella mirando los ventanales sin cortinas.

–No.

–¿Estás seguro?

–Segurísimo –él le hizo un gesto para que se acercara al ventanal donde había estado antes–. Mira allí…

Él le señaló un ventanal traslúcido y tenuemente iluminado. Le contó que era la casa de un joven miembro de la familia real bastante promiscuo y que encima vivía una estrella de cine.

–Es como una ambulancia –siguió él–. Puedes ver hacia fuera, pero no hacia dentro.

–¿Has estado alguna vez en una ambulancia? –preguntó ella.

–Unas cuantas.

Libby le miró la mejilla y se preguntó si por fin podría descubrir cómo se había hecho la cicatriz.

–¿Por…?

–Por…

Daniil acercó la boca a su mejilla como si fuese a contarle un secreto. Libby se quedó tensa a la espera, pero no oyó nada, solo sintió sus labios en el lóbulo y en el cuello, su piel se despertó por su contacto, pero la cabeza le bulló por la frustración. Se apartó bruscamente, él levantó la cabeza y vio el brillo de frustración de sus ojos.

–No necesitas saber la historia de mi vida, Libby.

Ella, sin embargo, quería saberla. Fue hasta la cama y se sentó con las piernas colgando mientras intentaba quitarse el malhumor. Se recordó que solo era una noche, pero ya estaba desbordada; ¿cómo iba a conformarse con pasar solo una noche con ese hombre?

Lo miró mientras se quitaba la camisa y apretó las mandíbulas. Conocía cuerpos, al fin y al cabo, ese era su trabajo. El suyo era bello de verdad. El abdomen, que ya había calificado de plano, era terso y bien definido; el pecho era tan poderoso que le recordó a una mariposa con las alas extendidas; los brazos eran musculosos, aunque

largos y delgados, pero frunció el ceño por el moratón que tenía en un costado. Fue a preguntarle qué le había pasado, pero prefirió ahorrarse otro desaire.

–Date la vuelta –le ordenó ella en vez de eso.

Parpadeó al parecerle un poco raro que se atreviera a ordenárselo, pero se emocionó cuando él obedeció. Su espalda era como una obra de arte. Podía ver los músculos bajo la piel blanquísima y sus colegas se habrían desmayado de placer solo de verlo. Lo observó mientras se quitaba el resto de la ropa y, cuando se dio la vuelta y lo vio desnudo, no fingió y miró fijamente la erección, tan imponente y hermosa como todo él, que surgía de entre el vello púbico negro como el carbón… y que, por esa noche, sería suya.

–Desvístete –dijo él.

Le tomó una mano y la ayudó a levantarse, pero en vez de soltarla, la abrazó. Ella apoyó la mejilla en su pecho e inhaló, le acarició las caderas y el trasero y quiso recorrerle la espalda con los dedos, pero esperaría. Le brillaban los ojos, pero esa vez era por el placer que se avecinaba y, cuando la soltó, empezó a desabrocharse la chaqueta de color marfil.

–Espera.

Él se tumbó en la cama, estiró todo el cuerpo y asintió con la cabeza para que siguiera. Le costó un poco soltarse los botones, pero fue porque estaba observándola y notaba que sus ojos no perdían detalle de cada trozo de piel que dejaba a la vista. Era demasiado menuda como para que tuviera que llevar sujetador, pero notaba los pechos turgentes y los pezones endurecidos bajo la malla blanca. Fue a bajarse la falda.

–Despacio –le pidió él antes de ordenarle lo mismo que le había ordenado ella–. Date la vuelta.

Libby obedeció y le dio la espalda. Primero se quitó los zapatos con los pies y luego empezó a bajarse la falda por las caderas, se agachó para quitársela, oyó un gemido de satisfacción de él y supo que estaba acariciándose. Se incorporó, se bajó un tirante de la malla de ballet y tuvo que hacer un esfuerzo para no darse la vuelta. Se bajó el otro tirante, empezó a bajarse la malla por los muslos temblorosos y se inclinó para quitársela por los pies. Sin que él le dijera nada, se quedó en esa posición un poco más tiempo del necesario antes de incorporarse otra vez.

–Date la vuelta.

Estaba desnuda y le encantaba que le mirara su busto diminuto, su abdomen y el matojo rubio. Efectivamente, no se había depilado desde hacía tiempo, pero, gracias a Dios, sí se había afeitado las piernas esa

mañana. Se quedó con las piernas un poco cruzadas y montó uno de los horribles pies encima del otro cuando se los miró.

–Me encantan tus pies –comentó él–. Conoces el dolor.

–¿Vas de eso? –preguntó Libby tragando saliva.

–No –contestó él–. Solo digo que me gusta que hayas perseverado. No te avergüences de ellos.

–¡Bah!

–¿Temías que fuese a darte unos azotes?

–No.

En realidad, Libby Tennent mintió. La verdad era que él podía ponérsela encima de las rodillas y estaría encantada, algo que sí temía porque nunca había pensado algo así en su vida. Efectivamente, esa noche no se parecía nada a sí misma. Aun así, cuando la llamó, sí era ella misma, como nunca se había permitido ser, porque hizo lo que quería hacer y acudió encantada a él. Se tumbó en la cama, pero no esperó instrucciones y lo besó. Él fue a apartar la cabeza, pero ella insistió porque era su turno de besarlo. Relajó los labios y aceptó las caricias de los de ella, quien introdujo la lengua para deleitarse con su sabor mientras él le tomaba los pechos entre las manos. Normalmente, Daniil no se preocupaba por los prolegómenos, pero esa noche hizo una excepción. Era una noche de estrenos para los dos; Libby iba a darse un placer esa noche y él iba a dejar de resistirse un rato. Esa noche se permitía sentir la suavidad de sus labios, la dulzura de su aliento, los gemidos de placer de ella y la calidez de sus pechos en las manos. Sí, era una noche para complacerse. Ella, sin apartar los labios de los de él, se sentó en su abdomen y profundizó el beso. Él dejó de acariciarle los pechos, bajó las manos a su cintura, la levantó un poco y volvió a bajarla para tomarle un pecho con la boca. Ella se puso de rodillas y se inclinó hacia delante para ofrecerle la plenitud de sus pechos y para darle la libertad de que le acariciara el trasero. Para Daniil era increíble, nada de silicona ni de colgajos, era puro músculo bajo sus manos, y para succionarlo con la boca. Libby quería que se los acariciara y succionara más, pero, entonces, se abrió paso dentro de ella con sus dedos largos y fríos.

–Manos frías… –susurró ella.

–Corazón helado –farfulló él con su pecho en la boca.

–Me da igual…

Tenía la cara como un horno y se reprochaba a sí misma ser tan fácil, tan entregada, y no tenía nada que ver con ese momento efímero que estaban pasando juntos, sino con el esfuerzo que estaba haciendo para no llegar al clímax.

A Daniil le encantaba que hiciera ese esfuerzo y le acarició tan

profundamente la abertura lubricada y ardiente que ella le agarró la mano, pero, aun así, no cedió y siguió acariciándola hasta que cayó sobre él sin aliento.

–Sería un hombre espantoso –comentó ella–. Ya se habría acabado todo…

–Estarías roncando y yo estaría frustrado y desquiciado.

Él se rio de su propio chiste sin sacar los dedos de dentro de ella, se rio cuando el sexo solía ser algo muy serio para él. Entonces, como esa noche estaba siendo más placentera de lo que había esperado, descansó un poco en su rincón y planeó el asalto siguiente, porque pensaba llevarla al límite, pensaba disfrutar de ese cuerpecito que gozaba tan fácilmente con su mano. La levantó y la sentó a horcajadas sobre su pecho, pero la movió un poco hasta que tuvo las piernas sobre sus hombros y se sentó.

–¿Qué…?

Ella abrió los ojos como platos cuando vio que se elevaba. Caray, sí que era fuerte. La agarró de las caderas para sujetarla con la cara en su sexo. Tenía las piernas por encima de sus hombros y le caían por su espalda y tardó un segundo en equilibrarse, pero cuando lo consiguió… No podía agarrarse a nada, solo sentía sus manos en las caderas y el placer que le daba su boca. La movía como quería, la paladeaba completamente, cada lengüetada le arrancaba palabras que no había dicho jamás.

–No pares –le pidió ella mientras llegaba al clímax, y le encantaba que la llevara al límite.

Tenía que parar o derramaría su simiente en el aire. A él le encantaba el sexo, para disfrute propio, pero notar que ella se estremecía con su lengua y oler su aroma más íntimo le daba vértigo y estaba a punto de explotar.

La soltó y a ella le encantó que lo hiciera. Le encantó sentir el colchón en la espalda y la ligera desorientación mientras buscaba las almohadas para… enfundarlo, pero estaba a los pies de la cama.

–Tengo que advertirte…

No tenía que advertírselo. Podía ver que estaba más que preparado mientras se ponía el preservativo. Ya podría alcanzar el clímax y seguiría siendo su mejor amante.

Cuando fue a besarla, tenía los labios resplandecientes por todo lo que le había hecho, y si ella hubiese tenido modales, habría separado las piernas, pero le encantaba que su muslo levemente áspero por el vello se ocupara de eso.

Se quedó tumbada, indolente como una amante embriagada por la lujuria, deslumbrada y mareada por los dos orgasmos, buscando una

breve pausa, pero no la encontró. Sintió cierto nerviosismo cuando miró esa gelidez, pero, entonces, los labios ariscos esbozaron una sonrisa levísima y ella supo que estaba a punto de comprobar lo que era que la tomaran.

–Oh… –susurró Libby mientras la tomaba.

Estaban esposados por sus pensamientos y era una felicidad casi depravada.

Una noche no era suficiente. Fue lo único que pudo pensar Libby mientras él palpitaba dentro de ella. Él, sin embargo, no cedió.

–Llega… –le suplicó ella, que iba a llegar en cualquier momento.

Aceleró las acometidas, pero no iba a liberarse. Desaceleró otra vez y ella contrajo los músculos alrededor de su turgente miembro, lo agarraba y lo soltaba y vio que él separaba los labios mientras ella jugaba su propia partida con él, una partida que iban a ganar los dos porque él entró plenamente, como si quisiera castigarla por haberse atrevido a provocarlo. Fue una maravillosa batalla interna para tomar las riendas.

Aunque estaba debajo, Libby quiso salirse con la suya, se arqueó, lo agarró de los glúteos y lo apremió, pero entonces, cuando fue a rodearlo con las piernas, cuando fue a aferrarse a él para llegar juntos al éxtasis, él volvió a tomar la iniciativa. Pasó las piernas alrededor de las de ella para que no le rodearan la cadera, pero no dejó de acometer. Ella fue a protestar, pero él se lo impidió con un beso. Se quedó inmóvil y dejó escapar un sollozo cuando él, con la pelvis encima de la de ella, entró tan profundamente, tan implacablemente, que se quedó clavada intentando acordarse de que tenía que respirar, pero decidió que no hacía falta, que estaba flotando y hundiéndose a la vez mientras él decía algo, seguramente, en ruso, seguramente, obsceno, y explotaba dentro de ella.

–Oh… –fue lo único que le salió.

Era un orgasmo tan intenso que lloró con lágrimas de verdad.

Ella, que durante un año muy complicado se había negado a llorar, lloró. Lo mejor de todo fue que, después, él no la consoló. Se limitó a dejarla como estaba. Era una felicidad excepcional.

Capítulo 4

NYET!

Estaba medio dormido cuando las manos de Libby empezaron a acariciarle la espalda.

–Cállate –ella se había prometido que se deleitaría un poco con esa espalda–. También es mi aventura de una noche.

Él frunció el ceño porque, normalmente, las mujeres estaban deseosas de complacerlo, pero ella hacía que pareciera que estaba complaciéndose a sí misma… y era verdad. Él se tumbó boca abajo, ella se sentó en la parte baja de su espalda y se sintió en el paraíso. Su espalda era hermosa de verdad y tenía unos hombros tan anchos que podría masajearlos durante horas y no deshacerle todos los nudos, pero notó que se deshacían algunos bajo sus dedos y siguió.

–¿Qué haces? –preguntó él cuando le metió los dedos en los deltoides y se dio cuenta de que no estaba dándole un masaje sensual.

–Pasado mañana te dolerá –le anunció ella–. Y al día siguiente también, pero es posible que el viernes te acuerdes de mí con cariño.

A Daniil no le gustaban los masajes, pero sus manos eran tan precisas y expertas que se dejó llevar. Los dos estaban en la gloria. A ella le encantaba sentir que se le relajaba el cuello y que gemía con el placer del dolor cuando encontraba una zona tensa. Fue bajando hasta los glúteos y presionó con el pulgar para separarle los músculos. Él soltó un improperio, pero no le dijo que parara. En realidad, confió tanto en ella que volvió a hacerle la pregunta que ella no había contestado.

–¿Por qué esta noche no te pareces nada a ti misma?

Ella se detuvo un instante y frunció el ceño mientras pensaba en la respuesta.

–Quizá esté esclareciendo quién soy sin…

Libby no terminó la frase porque los dos sabían que el mundo de la danza la había consumido durante mucho tiempo. Presionó las manos en su zona lumbar, se levantó un poco para apoyarse mejor en él y cambió de conversación.

–¿Por qué tú no te pareces nada a ti mismo esta noche?

Él se rio y ella lo notó en las manos antes de que contestara.

–Porque sigo despierto.

Libby le dio un azote en el trasero por su respuesta, pero también se rio y los dos se quedaron un instante en silencio. Notó que él se movía un poco para ponerse cómodo, notó que el deseo se le despertaba otra vez, pero lo que hizo que se acercara a él en ese momento no era el sexo, era que se hubiesen reído juntos y que era ella misma, la expresión más sincera de sí misma. Giró la cabeza y miró por la ventana. Nunca volvería a ver una foto del Big Ben sin acordarse de ese momento.

Ese día debería haber sido el día más complicado de su vida. Estaba estirando los músculos, sola en casa, cuando su padre la llamó por teléfono. Había sido el primer día sin clase de baile y en ese momento, cuando había cesado todo el ruido ambiental, se acalló todo lo que había dicho a su familia, a su compañera de piso, a sus colegas, a sus amigos e, incluso, a sí misma. Cuando faltaban veinte minutos para que acabara el día, miró la tormenta que caía sobre Londres y los goterones del ventanal y le contó a él el verdadero motivo de que hubiese dejado la compañía de ballet que había amado.

–Me marché antes de que me echaran –reconoció Libby–. Ya no me daban ni papeles pequeños.

Él no se dio la vuelta para darle un beso ni le aplacó el dolor con sexo, se limitó a dejar que le masajeara la espalda.

–Al menos, te marchaste –comentó Daniil–. A la mayoría de las personas hay que obligarlas entre gritos y pataletas.

–Eso fue casi lo que me pasó a mí. Tardé mucho en verle las orejas al lobo –reconoció ella–. Debería haberme marchado hace seis meses, o un año quizá, pero me aferré como a un clavo ardiendo. No sé salir con dignidad, ni siquiera sé terminar con elegancia una conversación electrónica, así que imagínate mi carrera profesional.

–Ha tenido que ser complicado.

Por fin lo había conseguido, pero le había dolido mucho.

Él oyó que sollozaba y notó unas lágrimas en la piel. Dejó que llorara antes de volver a hablar.

–Entonces, ahora vuelas sola.

–Pero no quiero.

–Algunas veces, no queda otro remedio.

A ella le gustó que no la engañara, que no le dijera lo que le habían dicho los demás una y otra vez, que cuando se cerraba una puerta… A ella le había encantado estar en ese lado de la puerta. Tampoco le dijo que las mejores oportunidades surgían muchas veces en los momentos más sombríos… Toda su vida había soñado con formar parte de una compañía de ballet y era una oportunidad que ya había perdido.

Ella siguió masajeándole la espalda y se hizo el silencio, un silencio que él solo conseguía cuando estaba solo. Además, era mejor que estar solo porque no estaba pensando en dónde estaba, estaba pensando en el sitio de donde había llegado, un sitio que rara vez visitaba con la perspectiva que daba la serenidad. No había querido dejar el orfanato. Que lo separaran de sus amigos y su gemelo y lo arrojaran a un mundo en el que no quería vivir estuvo a punto de matarlo. Entonces, ella volvió a hablar.

–Yo quería trabajar con lo que tenía –comentó ella.

En ese momento, él la entendió y ella lo entendió a él. En ese momento, los dos se habían visto obligados a pasar por el mismo aro y él se acordó de lo mucho que se resistió. Se acordó con claridad de que había querido volver con su hermano y sus amigos a un mundo que, según los demás, debería alegrarse de abandonar. Pensó en Sergio y en cómo iban corriendo desde el colegio hasta el gimnasio improvisado. Pensó en Katya, en el té dulce y fuerte y en esa cocina grande donde siempre hacía calor. Pensó en las noches que pasaron hablando en la oscuridad y en cómo pensaban cambiar el mundo ellos cuatro. Sin embargo, había tenido que aprender a coexistir con una familia de la que no podía formar parte, con un director de colegio que había hecho todo lo que había podido para sofocar su rebeldía y con un primo que lo había maltratado. Él también había tenido que abrirse paso en un sitio donde habría preferido no estar.

Libby sabía que él no podía decir nada que aliviara eso y estaba segura de que él no podía entenderlo, pero se dio cuenta de que sí la entendía cuando él habló.

–Salir adelante es extenuante.

Él lo dijo medio adormilado, pero había dado en el clavo y ella sonrió sin que la viera.

–Lo es.

Terminó de masajearle el cuello, le pasó las manos por la espalda, que ya estaba relajada, y, cansada, le dio un beso en el hombro y se tumbó a su lado. Le encantó sentir su brazo sobre el pecho cuando la acercó un poco. Ninguno se movió en toda la noche.

Libby se despertó como se había quedado dormida, de espaldas y con el brazo de él sobre el pecho, y giró la cabeza para mirarlo. Él también estaba despertándose y tenía que afeitarse, pero jamás se había despertado al lado de semejante belleza masculina. ¿Se arrepentía? ¡No! Sentía todo el cuerpo… Lo sentía como si lo hubiesen puesto a punto.

Él se despertó cuando ella estaba estirándose.

–Eres muy mala.

–Lo sé –ella puso los ojos en blanco–. ¿Qué pensarás de mí?

–Solo cosas buenas.

Le entusiasmaba que ella no se avergonzase de su cuerpo y del placer que habían sentido esa noche. A Libby le entusiasmaba que él no dijese nada sobre lo que le había contado de su carrera ni de sus ojos, que seguramente estarían irritados. Él tomó su teléfono y arqueó una ceja con sorpresa cuando vio que eran las ocho de la mañana. Normalmente, ya estaría trabajando.

–Llego tarde.

–Entonces, es una suerte que seas el jefe.

–Es verdad –él se dio la vuelta–. ¿Tú llegas tarde?

–No. Tengo una cita a las diez con un agente inmobiliario para que me enseñe un local.

–¿El que está cerca de aquí?

–No, ese es a la una.

–Deberías haberlo hecho al revés.

–Claro, pero no sabía que iba a dormir en tu cama –ella le sonrió–. Ricitos de Oro.

–Ese cuento no me lo sé bien.

–Supongo que te contarían unos rusos.

Daniil asintió con la cabeza y se acordó de Sev leyéndolos y de Katya, la cocinera, que algunas veces les contaba historias cuando eran pequeños. Eran unos recuerdos muy agradables.

–Efectivamente, pero allí el lobo es bueno.

–¿De verdad?

–¿Has visto *El pájaro de fuego*?

–He oído hablar de ese ballet, claro, pero nunca he visto una representación.

–Están representándolo ahora.

Él esperó que ella diera un salto de alegría, como habrían hecho casi todas las mujeres ante esa insinuación, pero no lo dio.

Ella se quedó tumbada en un estado de ansiedad autoimpuesta. Rachel, su compañera de piso, había ido a verlo dos veces y le había propuesto muchas veces que la acompañara, hasta que tuvo que reconocer que todavía no podía asistir a una obra como esa. Su cabeza había descartado el sueño, pero su corazón no estaba preparado todavía y le dolería, le destrozaría ver algo en lo que ya sabía que no participaría nunca.

Daniil sintió alivio cuando ella no saltó. Por un momento, había pensado en llevarla al ballet, pero se había arrepentido enseguida. No quería dar la falsa impresión de que eso era algo más que sexo. Aun así, le sorprendía que se lo hubiese planteado siquiera y cambió de

conversación inmediatamente.

–Háblame más de esos locales.

–No hay mucho más que decir.

–¿Has hablado con el banco?

–Voy a hacerlo esta tarde –contestó ella con una mueca de disgusto.

–¿Estás preparada?

–Creo que sí –ella se sonrojó un poco–. En realidad, anoche pensaba hacer cuentas –Libby dejó escapar un suspiro–. Prefiero hablar de lobos…

–Lo sé, pero tienes que resolver esto.

–¿Siempre tienes una reunión de negocios con tus amantes a la mañana siguiente?

–Con las irreflexivas, sí –no le dijo que nunca tenía una conversación a la mañana siguiente–. Creo que te inclinas por el del East End y sería un error.

–Eh… lo he pensado bastante. El que está cerca de aquí tiene un alquiler cuatro veces más alto. No podría cobrar cuatro veces más.

–No, pero, si tuvieses el doble de alumnos, solo tendrías que cobrarles el doble.

–Es posible, pero estoy yo sola.

–Uno de los antiguos podría ocuparse de los nuevos.

–Vaya, ¿eres experto en ballet?

–No –contestó Daniil sin inmutarse por su sarcasmo–, pero sí soy experto en negocios.

Ella frunció el ceño. Había creído que él solo sabía de empresas multinacionales, pero, a medida que hablaba, más le parecía que entendía lo que se encontraría si abría su propia escuela de danza. En realidad, tocó algunos puntos que ella había esperado adornar cuando hablara con el banco.

–Dudo mucho que en esa zona más pobre de la que hablas sobre el dinero para clases de danza y mallas.

–La danza debería estar al alcance de todo el mundo.

–Por favor… –Daniil puso los ojos en blanco–. Si ese es tu objetivo, alquila una sala y ofrece las clases gratis. ¿Qué pasaría si te encontraras con un alumno que tiene talento de verdad y sus padres no pueden pagarle las clases extra?

No tenía que contestar. Naturalmente, le daría clases gratis, ¿cómo no iba a hacerlo?

–Por aquí cerca –siguió Daniil–, podrían pagarlas. Pagarían un ojo de la cara hasta por esa niña gorda y sin talento…

Era ácido y despiadado, pero tenía razón.

–Aquí podrías dar clases para adultos durante el día, a la hora del almuerzo. La gente intenta hacer ejercicio como sea. ¿Qué uso les daban antes a esos locales?

–El que está cerca de aquí lo usaban para yoga y el otro era una escuela de ballet y de jazz.

–Pregúntales a los agentes inmobiliarios por qué cerraron. Ya sé que ayer lo desdeñaste, pero es una pregunta muy importante y atiende bien a la respuesta.

–Lo haré.

–¿Vas a meter tus ahorros?

El bufido de Libby le indicó que no tenía ahorros.

–No, solo cuento con mi talento y entusiasmo… –ella suspiró–. No tengo ninguna posibilidad con el banco.

–Date una ducha. Yo prepararé algo de beber.

No la acompañó intencionadamente. El sexo por la mañana tenía algo demasiado íntimo para él, pero, cuando se bajó de la cama y volvió a estirarse, estuvo a punto de romper su propia regla.

Hasta el cuarto de baño era sexy, pensó Libby cuando entró. No era cálido y acogedor, pero sí era insinuante. Tenía azulejos blancos y una pared de espejo en la que podía verse desde todos los ángulos. Se miró y no pensó en ejercicios de ballet, pensó en Daniil y ella… Detrás de un panel de cristal había toallas tan gruesas como almohadas. Tenía todo tipo de sustancias para el baño y dedicó un momento a levantar tapas y olerlas. Al principio, no vio la ducha por ningún lado, pero apretó un botón y el agua empezó a caer en todas direcciones de un tubo largo que había en el techo. Era un placer y se quedó un rato más de lo que habría hecho normalmente. Luego, se envolvió en una de las esponjosas toallas. Le habría encantado salir y volver a su cama, pero se aplicó todas sus cremas, no solo por el lujo de sentirlas en la piel y en el pelo, sino, más que nada, para poder oler un poco a él durante todo el día.

–Ha sido la ducha más maravillosa que me he dado en mi vida –comentó Libby mientras entraba en la cocina con la misma ropa que la noche anterior.

–Perfecto –replicó él entregándole una bebida.

Le había hecho un café con espuma y ella le añadió azúcar mientras lo miraba beber un té negro con la bolsita en la taza. Se sentó en un taburete y él se apoyó en la encimera. Por primera vez, estaban incómodos.

–Deberías tener tazas para llevar y así evitarías la charla por compromiso –comentó ella.

Él consiguió sonreír incluso.

–No suelo hacer café.

–Entonces, lo consideraré un halago.

Vació media taza antes de que la tirantez le pareciera excesiva y decidió que había llegado el momento de bajarse del taburete.

–Será mejor que me marche si quiero llegar antes de las diez.

Daniil esperó una de dos preguntas posibles. Que Libby le preguntara si había vuelto a pensar en la posibilidad de asistir a la celebración del aniversario de sus padres o que le preguntara si volverían a verse.

–Puedo pedirte un taxi o pueden llevarte –le ofreció él.

–No, gracias.

Eso habría significado que tuviera que esperar un rato y ya estaban bastante tensos. ¿Por qué tenía que pasar eso? Había hecho caso de las advertencias y se había metido en eso con los ojos muy abiertos, aunque un poco dilatados por la lujuria. No quería que le pidiera de rodillas que no se marchase, pero ese final era más doloroso de lo que había podido imaginarse cuando aceptó su invitación a la cama.

–Gracias por una noche preciosa.

Quisiera él o no, le dio un beso en la mejilla. Hasta su mandíbula apretada era sexy y quería pasar los labios por su áspera barbilla, pero se contuvo… un poco. Bueno, mejor dicho, eso fue exactamente lo que hizo. Quería enroscarse alrededor de él y vivir en sus caderas, pensó mientras aspiraba su olor embriagador. No sería un estorbo, él podría seguir con su día y darle un vaso de agua y una barrita de chocolate.

–¿Qué te parece tan gracioso? –le preguntó él mientras ella apartaba la cabeza.

–Las cosas que pienso.

Se alejó sin hacer ruido y agitó una mano mientras salía por la puerta. Él se quedó esperando que se diese la vuelta para preguntarle si había pensado más en la celebración del aniversario de sus padres o para comentarle que ya que había hablado de *El pájaro de fuego*, podían ir a verlo juntos, pero no lo hizo. Oyó que se cerraba la puerta y a las nueve menos cuarto, catorce horas y cuarenta y cinco minutos después de haberse conocido, Libby Tennent se había marchado.

Libby se sentó en el metro de camino a su cita con el agente inmobiliario. Había vuelto a la realidad, pero sabía que había cambiado para siempre después de la noche anterior. También sabía que su madre se desmayaría si le contara lo que había hecho, como, probablemente, su sensata hermana mayor, pero siempre habían pensado que no tenía dos dedos de frente. ¿Y su padre? Naturalmente,

lo censuraría sin matices y luego, después de diez minutos con cara larga, se preguntaría cómo podría beneficiar a la empresa familiar. Estaba harta de eso y del remordimiento que lo acompañaba. Era verdad que la empresa le había financiado clases extra y profesores particulares, pero ¿significaba eso que tenía que trabajar para él y hacer algo que no le gustaba? ¿La inversión en ella solo contaba con la condición de que hubiese llegado a ser la número uno? ¿No podía limitarse a hacer lo que amaba?

Sonó su teléfono mientras salía del metro y vio que era su padre. Habría preferido no contestar, pero se sintió obligada después del accidente del día anterior.

–¿Qué tal estás esta mañana? –le preguntó Libby.

–Bastante magullado –contestó Lindsey–. ¿Llegaste a algo con Zverev?

–A nada –en realidad, mintió, pero tampoco iba a contarle a su padre a lo que había llegado–. Papá, creo que tienes que aceptar que no va a…

–Pero…

–Nosotros no podemos convencerlo, papá –le interrumpió ella con más firmeza de la que solía emplear con su padre–. Además, si toda la empresa depende de que él asista, entonces creo que tienes que afrontar algunas cosas más importantes.

–¡Elizabeth!

–Bueno, es verdad.

–Si las cosas salen bien con esto, volveré a estar en el candelero. Además, si tú participaras…

Ella cerró los ojos cuando sacó el mismo argumento de siempre. Ellos nunca se habían tomado en serio que fuese bailarina, lo habían considerado una fase, una afición cara que ellos le habían consentido, y había llegado el momento de que correspondiera.

–Libby, ¿qué haces buscando escuelas de danza cuando deberías estar aquí? Hemos hecho todo lo que hemos podido para apoyar que fueses bailarina, pero, evidentemente, no ha dado resultado…

Le dolían los pequeños reproches que le hacía su familia una y otra vez. Quizá no hubiese llegado a lo más alto, quizá nunca hubiese tenido madera de solista, pero ¿para ellos no contaba nada de su carrera profesional?

–La danza sigue siendo mi carrera.

–¿Aunque tu familia te necesite? Mira, si no puedes ayudarnos de otra manera, al menos vuelve a hablar con Zverev y… emplea tu encanto, esboza esa sonrisa.

Al menos, estaba siendo un poco más sincero. Aunque había tenido

que ser Daniil quien le hiciera ver claramente que su padre había esperado que una mujer llegara más lejos con él.

–No voy a hacerlo, papá, no voy a ver a Daniil otra vez. Quizá deberías llamar a los Thomas y comunicarles que su hijo no va a asistir a la celebración de su aniversario.

Libby cortó la llamada y volvió a soñar despierta con Daniil, y a intentar asimilar que era posible que a los veinticinco años ya hubiese pasado la mejor noche de toda su vida.

Su charla sobre negocios, aunque no le hizo gracia en su momento, la ayudó a lo largo del día. El primer local que vio era perfecto. Tenía unas paredes de espejo inmensas y el espacio para dar la clase era increíble. Había una pequeña cocina, un vestuario de buen tamaño…

–¿Qué pasó con el negocio anterior? –preguntó Libby.

–No estoy seguro. Creo que la mujer que lo llevaba se jubiló –contestó el agente con evasivas.

Umm….

Volvió al territorio de Daniil y se encontró con el segundo agente. El local era más pequeño, pero el espacio era suficiente y, además, tenía una pequeña sala de espera donde, con un poco de suerte, podría encerrar a los padres para que no se entrometieran.

–¿Qué pasó con el negocio anterior? –preguntó Libby.

–Un centro de yoga. Se mudaron a un almacén reformado porque necesitaban más espacio.

Tenía sentido ir allí, pero estaba segura de que el banco no iba a escucharla.

–Mañana tengo una cita con una mujer que va a verlo por segunda vez. Está muy interesada –comentó el agente.

Libby se encogió de hombros, pero el corazón se le subió a la garganta. Quería ese sitio. Le dio las gracias al agente, que cerró la puerta y se montó en un coche. Ella se quedó un rato mirando adentro por el ventanal y deseando que su sueño estuviese allí.

–¿Y bien?

Dio un respingo al oír esa voz grave y aterciopelada.

–¡Daniil! –ella se dio la vuelta con una sonrisa–. ¿No deberías estar trabajando?

–Ya he estado –contestó él dándole un sobre grande con el nombre *Zverev* grabado en dorado en una esquina–. Esto es para ti.

–Vaya, ¿has puntuado mi actuación de anoche? ¿Me crujieron las rodillas…? –ella se rio, pero él no la acompañó–. Era una broma…

Se quedó sin habla cuando abrió el sobre y leyó lo que había dentro.

–¡Caray!

Tenía un plan de negocio, uno de verdad. Tenía en cuenta la población, la edad promedio, la renta media y cosas que nunca se había planteado. Incluso, había tenido en cuenta cosas como los ingresos previstos de la máquina expendedora y el coste de alquilar espejos.

–¡No voy a pedir todo esto! –exclamó ella cuando vio la cifra que proponía que le pidiera al banco.

–No hace falta que te lo gastes, pero hay que tener en cuenta que puedes enfermar o tener que contratar a otro profesor.

Había páginas y páginas. Hacía referencia a todas las nimiedades que le había contado sobre su carrera y su estudio y había añadido que, en su opinión, el modelo de negocio propuesto era muy viable. Además, estaba firmado con su preciosa y carísima firma y decía que, si necesitaban más información, podían ponerse en contacto con él. Le habría costado miles de libras si se lo hubiese encargado. En realidad, no podría haberlo conseguido porque era imposible que Daniil Zverev se lo hubiese hecho si hubiese aparecido como una desconocida… que era lo que había hecho, más o menos.

–Te darán el préstamo.

Pareció tan convencido que ella empezó a creer que se lo darían. Que se hubiese pasado la mañana haciéndole eso la dejaba atónita, pero le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a esa ancla maravillosa que era él.

–¡Tengo que besarte!

Él la levantó para que pudiera hacerlo. Era enorme y fuerte y sexy hasta decir basta y, además, tenía la mandíbula menos rígida que esa mañana. Su boca fue receptiva y le devolvió el beso con avidez, pero solo un instante porque, aunque no dejó de abrazarla, apartó la cara de su efusiva demostración de afecto.

–Gracias –dijo Libby.

–De nada.

Ella no quería volver al planeta Tierra, pero él volvió a dejarla con los pies en el suelo.

–Ahora, tengo que marcharme.

Efectivamente, se marchó y ella se quedó emocionada, eufórica y volviendo a sentir la angustia de su alejamiento, que era peor la segunda vez. Él había incumplido su tácita regla. Ella había decidido seguir con su vida, no ponerse en contacto con él y no esperar nada más de esa noche. Pensó que él le había dado algo más que un plan de negocio. Daniil Zverev le había dado esperanzas… que quizá volviera a verlo, que la noche anterior también había significado algo más para él… y eso la asustaba.

Capítulo 5

DANIIL miró el teléfono. Había tomado una decisión por fin… casi. Estaba decantándose por acudir a la fiesta de sus padres, que se celebraba el fin de semana siguiente, pero la insistente presión de Lindsey Tennent no había tenido nada que ver con el cambio de opinión. Ese día había llamado dos veces a recepción con nombres distintos y una de las llamadas había llegado hasta Cindy, pero lo había descubierto enseguida.

Volvió a leer la invitación: *Para Daniel Thomas*. Recuperar su propio nombre había sido la gota que había colmado el vaso para que sus padres lo desheredaran. Se lo habían tomado como una afrenta personal y le habían dicho que no solo los había abochornado, sino que además había sido como una bofetada en la cara a todo lo que habían hecho por él. Se habían negado a escuchar sus razonamientos, pero había sido un alivio que le dijeran que no querían saber nada más de él.

En realidad, le había parecido bien.

Las visitas que les hacía en Navidad y los cumpleaños eran fastidiosas para todos, en el mejor de los casos. Podía notar la tensión desde que llegaba y todo el mundo dejaba escapar un suspiro de alivio cuando la visita de compromiso terminaba, hasta la siguiente vez.

No, no había cambiado de opinión por una deuda moral. Tenía que hacer una pregunta a sus padres y quería una respuesta sincera. Quizá no se la diesen, pero, si se la hacía a la cara, podría saber si estaban mintiendo. Quería saber si habían mandado las cartas que le había escrito a Roman. Estaba seguro de que no las habían mandado, pero no se dio cuenta hasta mucho después de haberlas escrito. Al principio, había creído a sus padres cuando le decían que el correo era muy lento. También, cuando seguía sin recibir cartas, habían dado a entender que su hermano podía seguir enfadado, y señalaban la cicatriz de la mejilla. Eso no tenía sentido porque él ya estaba seguro de que Roman había peleado para intentar obligarle a que dejara el orfanato. Entonces, cuando se marchó de casa para ir a la universidad, pensó que sus padres podrían haberle mentido y no haber mandado las cartas. Naturalmente, Roman ya había dejado el orfanato hacía mucho tiempo, aunque nadie había sabido decirle a dónde había ido.

Él sintió como si le faltara una parte de sí mismo, una parte vital; su identidad.

Había vuelto varias veces a Rusia, pero siempre en balde. Iba a ir otra vez, después del aniversario, para intentar descubrir lo que había pasado con su gemelo. Le echaba mucho de menos y a Roman tenía que pasarle lo mismo. Sabía que lo buscaría durante el resto de su vida.

Efectivamente, había decidido que iría a la fiesta y que pronunciaría un discurso, solo para tener la ocasión de saber la verdad, pero el interfono sonó cuando iba a tomar el teléfono y oyó la voz resignada de la recepcionista.

–Una tal señorita Tennent está en recepción y pide verlo. Se le ha explicado que no tiene cita, pero insiste en que le pidamos diez minutos de su tiempo.

Daniil soltó un ligero improperio. Libby estaba allí. Lindsey estaba mandando la artillería pesada otra vez. Aunque no podía decirse que Libby fuese artillería pesada.

–Le concedo cinco minutos.

–Ah…

Evidentemente, Cindy había esperado que se negara, como siempre, pero llevaba una semana esperando a que Libby se pusiera en contacto con él para preguntarle si había reconsiderado su asistencia a la fiesta. Él creía que siempre había algún motivo oculto y, hasta el momento, nunca se había equivocado.

–Cindy, puedes irte a almorzar cuando esté aquí. Dile a Libby que puede entrar directamente.

Se dejó caer sobre el respaldo y esperó. Era casi un alivio que se desenmascarara porque no había podido quitársela de la cabeza. El plan de negocio había sido algo impulsivo y esa misma tarde ya se había arrepentido. Había llegado a casa del trabajo y sentía la espalda como si le hubiese pasado un autobús por encima, como ella le había anunciado. La sintió igual durante dos días más, pero al tercero… Efectivamente, la recordó con cariño. Con mucho cariño, en realidad, porque había disfrutado de su primer fin de semana desde hacía mucho tiempo.

–¡Caray! –exclamó Libby mientras entraba como un torbellino de color–. Casi llamo a la puerta.

Daniil la observó. Llevaba un vestido muy rojo anudado a la espalda que parecía más bien una camiseta ajustada, pintalabios rojo y una sonrisa de oreja a oreja. También llevaba un enorme bolso de cuero colgado del hombro.

–¿Sabes dónde he estado? –le preguntó Libby.

–Ni idea.

Ella rebuscó en el bolso, abrió la cartera, sacó una tarjeta de visita rosa, rodeó la mesa y se la entregó.

Escuela de danza Libby Tennent

Debajo había una foto de la parte inferior de dos piernas en el mismo rosa y la bailarina estaba en puntas.

–¿Te gusta? –preguntó ella–. Tardé horas, no, días, en decidirme.

Él no había visto a nadie tan entusiasmado con una tarjeta de visita y podía llenar esa habitación con todas las tarjetas que le habían dado a lo largo de los años.

–Puedes quedártela si quieres –añadió ella cuando él fue a devolvérsela–. Tengo cientos.

Él, como siempre, la tiraría a la papelera en cuanto ella se hubiese marchado, pero la aceptó con cortesía. Sin embargo, el examen de la tarjeta no había terminado porque ella estaba mirándola por encima de él.

–Es fantástica, ¿verdad? –preguntó ella con un suspiro.

Entonces, él la miró con un poco más de detenimiento y, efectivamente, era fantástica porque…

–Eres tú.

Le inquietó un poco que pudiera reconocerla de rodillas para abajo.

–¡Sí! Bueno, soy yo hace dos años. ¿Vas a adivinar dónde he estado?

–No –contestó él, porque no le gustaban las adivinanzas.

–Entonces, te lo diré. Acabo de recoger las llaves del local –ella volvió a sonreír de oreja a oreja–. Los espejos llegan esta tarde y he impreso un cartel para la velada informativa… Estoy tan contenta y emocionada que quería darte las gracias por tu ayuda.

Daniil volvió a mirarla mientras rebuscaba otra vez en el bolso.

–Toma.

Sacó un regalo muy bien envuelto con una cinta de seda rosa y una tarjeta con su nombre.

–¿Qué es?

–Lo sabrás si lo abres.

A Daniil no le gustaban los regalos. En el orfanato, los cumpleaños se celebraban con una pieza de fruta más y capones de sus compañeros. Jamás había recibido un regalo envuelto, elegido expresamente para él, hasta que llegó a vivir a Inglaterra y enseguida descubrió que siempre, siempre, iban acompañados de remordimiento y condiciones. Recordaba haber recibido una raqueta de tenis, cuando no le gustaba ese deporte, y más tarde descubrió que su hijo fallecido,

Daniel, había sido un jugador de tenis muy bueno. A los dieciocho años, le dieron un llavero y lo acompañaron al camino de entrada a la casa, donde había un coche de lujo azul marino envuelto con un lazo. Les hizo llorar cuando se negó a conducirlo para que lo grabaran en vídeo. No había sido un regalo de verdad. Él había sabido que tendría un precio. Le habían dicho mil veces lo agradecido que debería estar. ¿Acaso no entendía lo afortunado que era? Últimamente, los regalos habían sido más serios y de empresas, pero también habían tenido un motivo más o menos discreto. Miró a Libby, quien estaba esperando con emoción a que lo abriera.

–¡Vamos! –lo apremió mientras deshacía el lazo.

–Demasiado rosa –comentó él.

–El rosa nunca es demasiado –replicó ella mientras él quitaba el papel–. No es gran cosa –le avisó mientras abría la caja–. Bueno, lo es para mí, pero yo solo…

Ella se quedó en silencio cuando apareció el regalo. Era una porcelana. Era como un oso de un color gris plateado con trozos de lana resplandeciente y una cara y unos ojos sonrientes. Él lo sacó y vio que tenía unas piernas muy largas con zapatillas de ballet rosas. Intentó ponerlo de pie en la mesa, pero Libby se rio.

–Es para sentarlo en la repisa –le explicó ella poniéndolo en el borde de la mesa para que le colgaran las piernas y mirando alrededor–. Daniil, te faltan fruslerías.

A él no le gustaban las fruslerías, nunca había tenido algo por el simple hecho de tenerlo y esa era la cosa más disparatada que había tenido en su mesa.

–He encargado un montón –siguió ella–. Podría darlos como premio.

–Entiendo –comentó él, aunque no lo entendía.

–Bueno, tengo que marcharme. Tengo que volver para esperar a los espejos…

–¿Qué más querías?

–Nada –Libby sonrió–. Solo quería darte las gracias. Ahora sé que no habría podido conseguirlo sin ti. Lo intenté por mi cuenta en el banco y él ya estaba a punto de echarme entre carcajadas cuando saqué tu plan de negocio. En ese instante, me ofreció un café y me comí dos galletas de chocolate.

Daniil la miró y sonrió. En ese momento, ella, como esa cosa, estaba sentada en su mesa y estaba charlando encantada de la vida.

–¿Qué tal está tu espalda? –le preguntó Libby.

–Bueno, casi no pude ponerme la camisa durante dos días y si te pitaban los oídos era por todo lo que decía de ti cada vez que me

movía…

–¿Pero después?

–Fue increíble –contestó Daniil–. Si tu escuela de danza fracasa…

–¡Ni se te ocurra decirlo! –le interrumpió ella–. Estoy aterrada.

–No tienes por qué. No firmaría un plan de negocio si no creyera que podía salir bien.

–¿De verdad? –ella frunció el ceño–. ¿No estabas siendo amable?

–No miento sobre negocios –contestó él–. Solo estaba siendo amable contigo…

–No creía que te hicieses el amable.

Él la levantó y la sentó en sus piernas de cara a él.

–Lo hago de vez en cuando.

La colocó de tal forma que estaba medio arrodillada en el asiento con las manos en sus hombros.

–Me encantaría besarte… –ella suspiró– pero tengo demasiado pintalabios.

–Es una excusa muy mala.

–Es una excusa muy válida. He venido solo para darte el regalo. Si no me hubiesen dejado entrar, se lo habría dejado a los carceleros de la recepción. No has abierto la tarjeta.

–La abriré –en ese momento, tenía las manos sobre sus caderas–. Estaba a punto de llamar a tu padre justo cuando llegaste.

–¿A mi padre? –Libby parpadeó–. ¿Para decirle lo mala que es su hija?

–No –Daniil sonrió–. Para decirle que acudiré a la fiesta el fin de semana que viene.

Él esperó que ella sonriera, que sus ojos dejaran escapar un destello triunfal por haberse salido con la suya, pero se quedó un poco desconcertado cuando ella frunció el ceño.

–Dijiste que no querías ir.

–Ya lo sé, pero lo he pensado un poco y…

No pensaba hablarle de las cartas, era algo muy personal, y se encogió de hombros con ambigüedad.

–Es posible que sea lo que tengo que hacer –añadió él.

–No si… –ella estaba claramente incómoda con su decisión–. Daniil, desde el momento en que acepté prestarme a ello, supe que no estaba bien intentar persuadirte…

–No me persuadiste. He decidido ir por mí mismo.

–¿Estás seguro?

Él asintió con la cabeza. No había conocido a nadie como ella. Sabía que estaba incómoda con su participación en todo eso. Hasta ese momento, había creído que podría estar representando una farsa y que

lo había visitado para intentar que cambiara de opinión. La movió sobre su regazo para estrecharla más contra él.

–Alguien podría entrar.

–Nadie entra jamás sin el visto bueno de Cindy.

–Aun así…

Él se acordó de que le había dicho a Cindy que se fuese a almorzar y sacó un diminuto mando a distancia del cajón. Se oyó un chasquido que indicó que había cerrado la puerta con un pestillo.

Ella lo deseaba, pero no había esperado eso. No había pasado nada durante una semana, ni una llamada ni flores ni nada, y, de repente, estaba sentada en su regazo de cara a él. Nunca diría que aquella noche había sido un error, pero, a pesar de su bravuconería, la había alterado… mucho. Le había costado, mejor dicho, le había resultado imposible creer que se había acabado y aunque hubiese dejado el regalo en la recepción, había esperado que pudiese servir para recordarle lo que ella no podía olvidar… la noche juntos.

–No puedo besarte –insistió Libby a pesar de lo que sentía al tener sus poderosas piernas entre los muslos–. No voy a salir de aquí con la cara como la de un payaso.

Él estuvo a punto de decirle que, entonces, la próxima vez no fuera con los labios pintados de rojo, pero cambió de opinión.

–No me beses entonces, pero yo sí puedo besarte a ti.

Ella cerró los ojos de felicidad cuando sintió sus labios en el cuello. Sus labios le rozaron la sensible piel hasta que notó la calidez de su lengua. Le deshizo el nudo del vestido y le bajó la camisola para liberar un pecho. Le pasó la lengua por el pezón y se lo mordisqueó ligeramente.

–Oh…

Libby se arqueó de placer y se agarró a sus hombros. Iba a desmayarse y estaba increíblemente excitada, sobre todo, cuando él se bajó un poco en el asiento y la colocó sobre su erección.

–Esto podría llegar demasiado lejos… –murmuró ella mientras él metía los dedos por debajo de las bragas.

–Perfecto.

Llegó demasiado lejos porque él tomó un abrecartas y rasgó el encaje de su prenda interior hasta que estuvo completamente a merced de la mano que la acariciaba.

–Daniil… –le susurró ella al oído–. No tomo la píldora…

–Entonces, tómala.

Ella parpadeó y quiso ir a buscar el extintor para sofocar la repentina esperanza que le había brotado en el corazón. La esperanza de que hubiese más, de que él y ella…

–¿Qué? –preguntó él al notar que se había quedado inmóvil.

–Esta mañana fui al médico. No esperaba que me llamases ni nada por el estilo… –ella vaciló y decidió ser sincera–. Bueno, claro que lo esperaba, pero estaba un poco preocupada por mi falta de principios de la otra noche. No suelo meterme en la cama…

–No te metiste –la interrumpió él–. No te habría dejado.

Le lamía el pezón mientras hablaba y ella recordó cuando le hizo lo mismo en el clítoris con las piernas en sus hombros.

–La otra noche fue…

Libby quería explicarle que había sido una excepción, pero le costaba construir una frase cuando sus dedos se movían dentro de ella y su boca le succionaba el pecho.

–Preciosa y singular –Daniil terminó la frase de la manera más bonita.

–Lo fue. Tomaré la píldora en cuanto pueda…

–Llega… –susurró Daniil acariciándola con destreza–. Luego ya veremos lo que puedes hacer con esa boca roja.

Le soltó el cinturón para sentirlo y, entonces, él dejó de darle ese delicioso placer, pero su gruñido de frustración se convirtió en un gemido de gozo cuando lo liberó. Era duro y grande y tenía una gota en la punta que hizo que anhelara bajar la cabeza, pero en vez de eso se levantó un poco, no por su mano, que ya estaba otra vez donde tenía que estar y llevándola al límite, se levantó para tenerlo más cerca de ese punto ardiente. Él retiró otra vez la mano y la colocó de tal forma que la acariciaba con la punta del miembro.

–Un preservativo… –murmuró ella, que tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no bajar.

–No tengo ninguno aquí.

–Por favor… –replicó Libby con una risita de incredulidad.

–¿Por qué iba a tener preservativos en el trabajo?

La sorprendió, siempre la sorprendía.

Él la bajó hasta introducirle la punta.

–Quiero sentir que tienes el clímax conmigo dentro.

–Pero podrías…

–Tengo mucho dominio de mí mismo…

Era arriesgado, pero ya no podían leer la letra pequeña del manual de seguridad. Habían llegado a un punto que era absurdo en el mejor de los casos, pero la idea de tenerlo dentro sin nada por medio hacía que se relamiera. Nunca lo había hecho sin un preservativo y se lo dijo.

–Yo no tengo dominio de mí misma.

–Entonces, solo será un momento.

La bajó, aunque no del todo, y ella dejó escapar un gemido de felicidad y deseo. Volvió a levantarla y bajarla mirando toda la extensión de su miembro y sintiendo la calidez húmeda y gozosa de ella. Entonces, la bajó con fuerza y vio el gesto de disgusto de ella.

–Vamos, cariño –dijo él acometiendo dentro de ella–. No voy a aguantar mucho.

–Habla sobre la presión de…

Sin embargo, la presión de verdad estaba aumentando dentro de ella. La movía a su voluntad. Estaba inerte y entregada, hasta que, de repente, sintió la espalda rígida, empezó a agitarse y tuvo un orgasmo tan intenso que gritó.

Para Daniil era fascinante sentir el placer de ella, su contracción alrededor de él. Efectivamente, tenía dominio de sí mismo, pero hasta ella sintió su tensión antes de que la levantara. Se apoyó en sus hombros y los dos miraron mientras explotaba por encima de ella. El deseo se reavivó mientras él se acariciaba para vaciarse y le tomó la mano con los dedos entrelazados. Nunca había visto algo tan erótico ni nunca se había sentido tan adorada.

Él no hizo caso de la regla que los había llevado a ese punto y la besó. A ella le pareció que tenía la lengua fría y se quedaron con las frentes apoyadas una en la otra.

–Quiero hacerme un ovillo y quedarme dormida… –reconoció Libby.

Sin embargo, lo que no reconoció fue que quería hacerlo allí, en su regazo. Quería que la puerta se quedara cerrada, que el resto del mundo desapareciera y que los dejaran tranquilos. Nunca había sentido algo tan intenso por nadie, ningún hombre la había conmovido como él, pero ya estaba quitándosela de encima. Se puso de pie con las piernas temblorosas y miró las bragas destrozadas que estaban en el suelo.

–Vamos –dijo él.

Al principio, ella creyó que iba a acompañarla a la puerta, pero la llevó al cuarto de baño contiguo. Mojó un paño y le limpió los restos de pintalabios de la cara. Luego, la desvistió y se ducharon besándose una y otra vez, lavándose el uno al otro. Entonces, él cerró los grifos y llegó el momento de vestirse otra vez.

Había llegado el momento de que él fingiera que solo había sido sexo. ¡Ojalá! No soportaba que alguien se metiera en su cabeza, le daba miedo que otra persona se apegara tanto a él.

Ella podía notar que la tensión aumentaba y esa vez no había un café con espuma, tenía que marcharse.

–Estoy esperando a un cliente…

–Por favor, no te inventes excusas –ella intentó ponerse el vestido, algo que no era tan fácil con el cuerpo mojado–. Ya me marcho.

Esa vez sí había arrepentimiento.

Ella se sentía abochornada por, prácticamente, haberse entregado a él y, además, sabía que lo que habían hecho tenía riesgos. Él se sentía inquieto por que pudiera quererla. Querer a alguien era doloroso y lo evitaba por todos los medios.

Ella rebuscó en el bolso, donde, gracias a Dios, llevaba ropa interior limpia, y se la puso mientras Daniil se cambiaba de camisa y traje.

Se recogió el pelo en un moño y, aunque notaba la impaciencia de él, se pintó los labios sin prisa para que, al menos, pareciera como si no hubiese pasado nada. Fue hasta la puerta, volvió a despedirse con la mano y recibió una sonrisa sombría de él a cambio. Salió de su despacho con la misma sensación de estar saliendo de la sala de un cine. La mesa de Cindy se hallaba vacía, seguramente estaría almorzando, y no había ni rastro del cliente que él estaba esperando.

Lo peor de verlo era separarse, nunca sabía si era para siempre.

Capítulo 6

DANIIL no la llamó. Se despertó una mañana, más de una semana después de que ella se presentara en su despacho, y se quedó pensando en la cama. No le gustaba que pensara en ella en cualquier momento, que le preocupara si estaba bien o no, que estuviera allí tumbado preguntándose qué estaría sintiendo y que tuviera que hacer ese esfuerzo para no llamarla.

Por eso, después de un rato intentando no pensar en Libby, se levantó, se sirvió un vaso de agua, comprobó el teléfono y repasó la lista de contactos. Decidió que esa noche saldría. Libby Tennent ya había ocupado demasiado espacio en su cabeza últimamente.

Se puso unos pantalones cortos y fue al cuarto al que no había dejado entrar a Libby. Nadie entraba allí, ni siquiera la mujer de la limpieza. Era un espacio estrictamente suyo y lo ordenaba él mismo. Era más que un gimnasio, era su refugio. Había colchonetas, sacos de boxeo y pesas. Esa mañana había pensado en ir al club al que iba de vez en cuando. Nadie lo conocía, allí era Dan, el ruso temperamental. Allí entrenaba a muchachos y podía pelear, pero ese día no tenía ganas de ver a nadie.

Entró en calor, tomó una cuerda y saltó hasta que empezó a jadear. Luego, repitió algunos ejercicios de ataque y defensa, pero no podía concentrarse. Estaba pensando en otra cosa. Miró a la estantería y vio esa cosa que le había regalado ella. Al lado… Bebió agua, se acercó y tomó una foto muy vieja, de hacía veinte años, de cuando él tenía diez años. Roman estaba a su lado, muy serio, y podía recordar cada palabra de la conversación.

–Vamos, Roman –había dicho Sergio–. Sonríe, vas a ser famoso. Esta foto será muy valiosa algún día. Los gemelos Zverev.

–¿Cuándo vamos a pelear? –había preguntado Roman.

Eso era lo único que había querido saber porque no habían parado de entrenar.

Dejó la foto y tomó la tarjeta que le había dado Libby. No la había leído mientras ella estaba allí y se había quedado cerrada, pero la curiosidad acabó imponiéndose y abrió el sobre.

Gracias por hacer que mis sueños se hagan realidad.

La leyó varias veces para intentar leer entre líneas, para captar cierto remordimiento, que le pedía algo más… ¿Hablaba de la escuela de danza o de la noche que habían pasado juntos? Fue a guardar la tarjeta en el sobre y vio lo que había escrito por detrás.

Ambos…

Ella le había contestado la pregunta. Podía imaginársela mordiendo el bolígrafo antes de añadirlo. Efectivamente, quería llamarla, pero se puso los guantes, se acercó al saco de boxeo y se recordó por qué no la llamaría. Pensó en la fiesta del aniversario de sus padres. Naturalmente, allí estaría su primo dándoles coba. A él le importaba un rábano la herencia, lo que le sacaba de quicio era ese hombre codicioso y despiadado.

–Acéptalo, Daniel –le había dicho George muchas veces–. No encajas.

Podía oír la voz de su primo mientras descargaba la rabia en el saco.

–La tía Katherine se dio cuenta de su error desde el primer día que llegaste aquí.

Esa mañana, el saco recibió una buena tunda mientras oía las palabras de George.

–¿Te has dado cuenta de lo pálida que se queda cuando te presenta como su hijo?

Sin embargo, lo que más le dolía incluso en ese momento, sobre todo en ese momento, era lo que lo disuadía de buscar una relación.

–Esta familia era muy feliz hasta que apareciste.

Recordaba muy bien el ambiente enrarecido de la familia, las lágrimas de su madre y las regañinas de su padre por no estar a la altura del espectro de su hijo. Había creído hasta ese momento lo que había dicho George, que había sido una familia feliz hasta que él había llegado, que él había sido el causante de todo el dolor.

Descargó la rabia hasta que estuvo agotado físicamente, pero seguía dándole vueltas a la cabeza. No podía soportar la idea de apagar la luz de la estrella que era Libby.

Tomó el coche para ir a trabajar, pero dio un pequeño rodeo. Frenó un poco, vio un cartel rosa y leyó que iba a haber una velada informativa esa tarde entre las cuatro y las siete. Afortunadamente, tenía una cena de trabajo muy importante, porque a pesar del ejercicio, a pesar del nudo de miedo que le atenazaba las entrañas por asistir ese fin de semana a la fiesta de sus padres, sentía la tentación de ponerse en contacto con ella.

Evitaba por todos los medios apegarse demasiado a nadie, pero, aun así, Libby había pasado por encima de todos los muros que había levantado. Era franca y nunca se sentía invadido y, además, ella hacía que sonriera. Siguió su camino y se dio cuenta de que él también hacía que ella sonriera. Había entrado en su despacho y cuanto más se había acercado a su mesa, más amplia había sido la sonrisa. Parecía contenta cuando lo veía. Por primera vez en su vida, se planteaba la posibilidad de que pudiese conseguir que alguien fuese feliz.

Libby sabía muy bien que debería estar encantada de la vida. La velada informativa había superado con creces todas sus expectativas. Los padres habían llevado a sus hijos y muchas mujeres habían ido a informarse sobre las clases a lo largo del día. Algunas le habían sugerido que diera alguna clase a última hora, para que pudieran acudir cuando hubiesen acostado a sus hijos. Estaba especialmente impresionada con una chica que se llamaba Sonia. Tenía quince años y mucho talento y estaba buscando un trabajo a tiempo parcial. Ella había pensado que tendría que pasar mucho tiempo hasta que pudiera plantearse siquiera contratar a alguien, pero, en vista de la impresionante acogida, le había dicho a Sonia que se pasase la semana siguiente para que pudieran hablar las dos solas.

Por el momento, sacó toda la basura y sonrió cuando volvió a entrar y vio que solo quedaba un pastel rosa. Había comprado un montón, pero al principio, por no parecer presuntuosa, solo había sacado un plato pequeño y había escondido el resto en la diminuta cocina. «Presuntuosa». Efectivamente, esa palabra explicaba que no pudiera ser completamente feliz ni durante la semana más estimulante y ocupada de su vida. Naturalmente, había intentado no hacerse ilusiones ni dar por supuesto que llamaría, pero sintonizaban tan bien que no podía creerse que pudiera desprenderse de ella tan fácilmente. Ella le había dado una tarjeta de visita, no podía decir que no tuviera su número de teléfono. Peor aún, sabía que le había facilitado demasiado las cosas. Debería haber dejado el regalo en la recepción. Prácticamente, se había entregado a sí misma con un lazo rosa. ¿Pensaría que ella era demasiado fácil? ¡Él también lo era!

Bajó las persianas con rabia y enfadada consigo misma. La advertencia había sido muy clara desde el principio y ella había preferido pasarla por alto. ¿Qué había esperado? ¿Que un hombre como Daniil le mandara flores con una nota de amor? ¡Sí!

Se dio la vuelta, vio una sombra enorme en la puerta y se dio cuenta de que era él. La había asustado tanto que bajó la persiana de

la puerta en vez de abrirla.
–Estamos cerrados. La velada informativa terminaba a las siete.
–Libby… –él la llamó por el buzón–. Soy yo.
Ella no dijo nada.
–Creo que los dos sabemos que no estoy aquí por las clases de baile.
Ella sabía que no debería abrir la puerta, que era tan sencillo como eso. Debería decirle que se marchara. Si bien le emocionaba que se hubiese presentado, una semana entre los encuentros era demasiado tiempo.
–¡Libby! –su voz era como si estuviese dentro–. ¿Vas a dejarme entrar?
Abrió el cierre y se preguntó por qué tenía que ser tan guapo. Se derretía solo con verlo, pero se mantuvo firme.
–Supongo que no habrás venido a comerte un pastel. Solo me quedan tres –farfulló ella mientras él entraba–. Sinceramente, creí que tendría que congelarlos y que Rachel y yo tendríamos que alimentarnos con ellos durante semanas.
–¿Rachel? –preguntó Daniil.
–Es mi compañera de piso.
–¿Otra bailarina?
–Sí. Si no has venido por el pastel, ¿por qué has venido? –le preguntó Libby antes de contestarse–. ¡Ah, ya lo sé! ¡Sexo!
–¿Puede saberse qué quieres decir?
–Bueno, como está muy cerca de tu oficina, supongo que todo será mucho más fácil para ti. Si te aburres durante la hora del almuerzo…
–No sigas –la interrumpió él mirándola fijamente.
Llevaba ropa de baile morada y aunque se parecía a la mujer que había conocido hacía un par de semanas, tenía ojeras y estaba más pálida que antes. Él sabía que había estado muy atareada y que tenía motivos para parecer cansada, pero también sabía que podía ser el causante de parte de su insomnio… y no estaba siendo arrogante. Él también se había pasado horas en vela convenciéndose para no ponerse en contacto con ella, para no contaminar el mundo de ella, pero allí estaba a punto de pedirle un favor, que lo acompañara a la fiesta de sus padres. Sin embargo, no podía hacerlo.
–Solo estaba preguntándome qué tal te habría ido la velada informativa –dijo él en cambio.
–Bueno, si quieres hablar de mi negocio, puedes pedir una cita –contestó ella guardando las cosas en la bolsa para marcharse.
–Libby…
Él se acercó y ella, que estaba de rodillas, lo miró desde abajo.

–No me creo en absoluto que ese sea el motivo para que hayas venido –ella le miró la entrepierna–. ¿Estás defraudado porque el otro día no conseguiste todo lo que querías?

Él tuvo el descaro de reírse.

–En realidad, voy a una cena de trabajo. Ya llego tarde.

–Bueno, estoy segura de que esperarán a que aparezcas de repente.

Él captó la indirecta, pero una de las cosas que adoraba de ella era que, por si acaso, se cercioraba de que quedara claro.

–Quiero decir, se supone que todos estamos encantados de esperar tranquilamente a que aparezcas. ¿Ni siquiera me merezco un ramo de flores normal y corriente? –preguntó ella mientras se levantaba con rabia.

–Libby, no he mandado unas flores jamás en mi vida.

–Si no me hubiese presentado en tu despacho, estoy segura de que no habría vuelto a verte.

–Exactamente. ¡Tú te presentaste en mi despacho! ¡Tú diste un paso!

Libby sacudió la cabeza con furia.

–Daniil, tú infringiste las reglas. Tú te presentaste al día siguiente como caído del cielo y con un plan de negocio. Si lo hubieses dejado en una noche, yo habría sabido a qué atenerme. Ahora, no tengo ni idea. No me llamas, no me escribes mensajes…

–¿Qué les pasa a las mujeres con los mensajes? –preguntó él.

–Te gusta saber que piensan en ti.

–Nunca te consideré carente de…

–Yo nunca me consideré… una ramera, pero me convertí en eso cuando me sacaste de tu despacho después de haber tenido relaciones sexuales.

–Por favor… –él intentó quitarle importancia a su exageración, pero cedió un poco–. Estaba incómodo –reconoció él–. Nunca llevo mi vida personal al trabajo.

Libby lo dudaba. Según lo que había leído, le dedicaba todo el tiempo, pero se acordó de que no había preservativos a mano.

–¿Y Cindy? –preguntó ella.

–Su marido es el doble de grande que yo y tres veces más desalmado.

–¿Y los clientes?

Ella tenía que saber más cosas de él, de su mundo, de lo que tenía entre manos.

–La mayoría son hombres de negocios maduros y gruesos –Daniil se encogió de hombros–. Si quiero tener relaciones sexuales, salgo, no llevo mi vida personal al trabajo.

Entendió que lo que había pasado había sido una excepción, pero, aun así, esos silencios interminables la sacaban de sus casillas y se lo dijo.

–Dije desde el principio…

–Lo dijiste –le interrumpió ella– y, cuando me advertiste que no esperara que te enamoraras de mí, yo debería haberte advertido que, si tienes algo conmigo, lo tienes, que no voy a pasarme semanas preguntándome si me llamarás.

–Muy bien. No voy a llamarte. Ya lo sabes.

–Ni vas a aparecer de repente.

–Muy bien. No volveré a hacerlo.

Ella quiso dar patadas en el suelo de desesperación cuando él le concedía cosas que ella no quería. Por eso, le puso una mano en el pecho y lo empujó, aunque con el mismo resultado que si hubiese sido una mosca.

–Me sacas de quicio.

–Lo sé –él se encogió de hombros–. Tengo una idea, ¿por qué no me acompañas esta noche?

–¿A la cena?

–No. Va a ser una cena muy larga y aburrida y no se aceptan parejas porque solo vamos a hablar de trabajo. Sin embargo, he reservado una suite.

–Vaya, qué raro –se burló ella.

–No te pondré un dedo encima. Podrías echar una cabezada o pedir algo al servicio de habitaciones, podrías recibir un masaje o pasarte la noche en la bañera –él sonrió cuando ella parpadeó indicando que eso era lo que más la tentaba–. Tienen un menú para la bañera…

–¿De verdad?

–De verdad.

–¿Por eso has venido? –le preguntó Libby–. ¿Para pedirme que pase la noche contigo?

–No.

–Entonces, ¿por qué me lo pides ahora?

–Sacas lo bueno que hay en mí –contestó él–. Pareces cansada. Podría ser agradable que te des ese placer. Mi chófer podría llevarte a casa o traerte aquí mañana por la mañana.

Libby lo miró fijamente mientras pensaba en la comida congelada que la esperaba en casa después de un viaje interminable en metro. Además, también pensó en el mismo viaje en metro que la llevaría allí al día siguiente. Luego, pensó en un baño en la lujosa suite de un hotel, en el servicio de habitaciones y en la felicidad de tener un

chófer por la mañana. También pensó en pasar una noche entre sus brazos, no se creía ni por un instante que no fuese a tocarla.

Él la miró a los ojos mientras pensaba todo eso y adivinó el momento exacto en el que decidió aceptar porque ella frunció el ceño. Le encantaría ser más desdeñosa y distante y negarse, pero bajó los hombros derrotada.

–De acuerdo –aceptó ella empujándolo otra vez–. Pero sigo enfadada.

–Lo sé. Termina de cerrar y te esperaré en el coche.

Efectivamente, estaba enfadada, pero también volvía a soñar y a tener esperanza porque, al fin y al cabo, él había aparecido.

El trayecto fue corto y llegaron enseguida al hotel. Naturalmente, Daniil no tuvo que inscribirse como el resto de los mortales. Lo saludaron con un apretón de manos y lo acompañaron directamente a su suite. Cuando ella entró, no se encontró con la cama inmensa y el lujo que hacían que sintiera un escalofrío en la espalda. Las cosas se movían muy deprisa en el mundo de Daniil porque él tomó un enorme ramo de rosas, calas y peonías rosas de una mesa de nogal y se lo entregó a ella. Incluso, ¡había una tarjeta!

He tardado una semana en encontrar las flores perfectas.

Daniil

–No me creo que se necesite una semana –comentó ella.

Sin embargo, tuvo que contener el aliento porque las flores eran perfectas y de sus colores preferidos. Podría fingir que se creía que había tardado una semana en encontrarlas y que no las había encargado mientras estaba en el coche y ella cerraba la escuela.

–Puedo ser considerado cuando me presionan.

Ella metió la cara entre las flores cuando quería ponerle la mano en el pecho otra vez, pero por un motivo distinto. Puso las flores en un florero enorme que había en la mesa, pero lo llevó al dormitorio y lo dejó en la mesilla.

–No deberías dormir con flores en el dormitorio –comentó Daniil.

–Entonces, duerme ahí fuera –replicó ella.

No pensaba dejar las flores fuera de su vista. Se sentó en la cama y fue como hundirse en una nube de algodón. Observó a Daniil mientras repasaba unas notas en el ordenador.

–Debería haberlo hecho de camino aquí –reconoció él antes de mirarla–. ¿Te aburrirás?

–Eso espero –Libby suspiró–. Es lo que ambiciono.

–Muy bien. Voy a bajar. Deséame suerte.

–¿Por la cena de trabajo?
–Es más que eso –contestó él–. Quiero comprar este sitio.
–¿No me das un beso? –preguntó ella cuando él fue a marcharse.
–Prometí no ponerte un dedo encima.
–Entonces, solo los labios.
–No –dijo él antes de desaparecer.

Libby se tumbó en la cama, aspiró el olor de las flores y tuvo la sensación de que el mundo parecía más ordenado. Miró por la ventana. Allí estaba su amigo el Big Ben, se acordó del masaje que le dio a Daniil y deseó poder parar las manecillas del tiempo. Allí estaba ella otra vez. Con una bañera, rosas, calas y peonías rosas. Maldito fuese Daniil. Hasta ese momento, las anémonas habían sido sus flores favoritas y le había parecido bien porque eran baratas. En ese momento, metida en la maravillosa bañera con el servicio de habitaciones en camino, se imaginó una vida en la que se gastaba la mitad de su sueldo en flores para recordar esa felicidad.

Daniil había pasado mucho tiempo intentando convencerse de que acudía a ella porque tenían relaciones sexuales muy buenas. Sin embargo, esa teoría fallaba cada vez más a medida que avanzaba la cena. No podía dejar de pensar en ella, en lo que estaría haciendo en la suite, en lo que habían hablado y en que ella le había pedido un mensaje. Estaba pensando en mandarle uno, tenía su tarjeta en la cartera y podía dejar de atender un momento a la conversación para mandárselo.

No. También estaba pensando en comprar ese sitio y debería atender más a la conversación, como hacía siempre. Nunca mezclaba los negocios con el placer y siempre pensaba en una sola cosa. Esa noche, sin embargo, sus pensamientos no dejaban de dirigirse hacia varios pisos más arriba. Se alegraba de haber llevado a Libby y le gustaba saber que después de esa cena de trabajo tan larga solo tendría que subir para estar con ella.

No quiso un brandy, se bebió el café de un sorbo y deseó buenas noches a los que todavía eran los dueños del hotel. Llegó a la suite del ático cuando acababan de dar las doce. La camarera estaba llevándose el carro y la paró un momento, levantó la tapa de las fuentes y vio los restos de un *soufflé* de chocolate y de lo que parecía que había sido un helado. Se alegró de que estuviese aprovechando la noche.

Entró silenciosamente en la suite y olió a flores, pero olía más todavía en el dormitorio. Por un instante, creyó que ella se había marchado a casa porque aunque la cama estaba deshecha, parecía

vacía. Sin embargo, enseguida vio, entre las sombras, que estaba hecha un ovillo y profundamente dormida. Supo con certeza que no acudía a ella por el sexo. Libby necesitaba dormir, había visto lo cansada que parecía y, por primera vez en su vida, se desvistió con la intención de no despertar a alguien. Se metió en la cama y ella se dio la vuelta y se acurrucó junto a él con un suspiro de placer. Él la tomó entre los brazos.

–He pasado una noche maravillosa… –murmuró ella.

Había sido una noche en la que se había permitido todo lo que había querido y era mejor todavía porque sabía que él se uniría a ella enseguida. Se sentía relajada y en una nube por primera vez desde… Él la abrazó y se quedó en una neblina acaramelada intentando pensar desde cuándo no se sentía tan tranquila y contenta. ¿Desde que él había aparecido en su vida y la había vuelto del revés? No, porque antes había tenido que sobrellevar el final de su carrera y hacerse a la idea de que ya no volvería a actuar. ¿Desde antes de eso entonces? Tampoco, porque había tenido que sobrellevar su carrera para permanecer en ella. ¿Desde antes? La respuesta era que nunca había conocido la tranquilidad.

–Duérmete.

Daniil le dio un beso en la coronilla y ella se durmió. Durmieron profundamente hasta justo antes del amanecer, cuando Libby se despertó con cierto pánico porque él la abrazó con más fuerza. No la tranquilizaba. Él desaparecería enseguida. Creía que estaba advertida, pero no había pensado que podía enamorarse. Entonces, fue sincera consigo misma y reconoció que era lo que le había pasado. Estaba enamorada de Daniil Zverev, un rompecorazones incorregible.

–No pasa nada –comentó él como si entendiera un ataque de pánico repentino.

Y lo entendía. Se había despertado muchas veces pensando en Roman y preguntándose dónde estaba y cómo podía soportar él estar en el mismo planeta sin su hermano. Más recientemente, se había quedado presa del terror ante la idea de volver a pasar una noche en casa de sus padres. Le costaba soportar la idea de ir allí, sabía que sería un infierno. Notó que ella empezaba a relajarse entre sus brazos y que su respiración se apaciguaba. Ella apoyó la cabeza en su pecho y él pensó en lo placentera que había sido la noche solo por saber que ella estaba cerca y que seguiría allí cuando terminara la cena de trabajo. Efectivamente, era mucho más que sexo.

Él jamás en su vida había pedido ayuda para nada. Más aún, le parecía egoísta plantearse siquiera que ella tuviera que pasar por esa fiesta atroz solo para facilitarle las cosas a él. Sin embargo, se lo

planteaba. La necesitaba allí.

–¿Tu padre tiene que estar allí este fin de semana? –preguntó él en la oscuridad.

Libby frunció el ceño y pensó en la pregunta.

–Supongo.

–¿No podría quedarse al margen?

–¿Por qué?

–Quiero que me acompañes.

Él notó en el pecho que abría los ojos y le agradeció que no levantara la cabeza para mirarlo.

–Quiero que me acompañes porque sabes lo de mi cambio de nombre y esas cosas…

–Claro –ella asintió con la cabeza–. Hablaré con mi padre.

La esperanza, esa necia esperanza, no solo despertaba en su pecho, se extendía por todo su cuerpo como si fuese una planta trepadora y ella intentaba contenerla, se decía que no la llevaba para presentarle a sus padres, pero también estaba segura de que había algo más que saber que había cambiado de nombre.

–¿Irás? –le preguntó él.

–Iré.

Entonces, ella sí levantó la cabeza, él bajó la suya y las bocas se encontraron. Fue un beso distinto a todos los que habían dado los dos, empezó despacio y fue apasionándose poco a poco… Efectivamente, no era solo sexo porque, esa mañana, hicieron el amor.

Capítulo 7

CREÍA que no ibas a hacerte ilusiones –comentó Rachel mientras Libby preparaba su bolsa de viaje recién estrenada.

Tenía el pelo rizado, una sonrisa de oreja a oreja y sazonaba todas las frases con la palabra «Daniil».

–Bueno, estoy intentándolo como puedo –reconoció Libby antes de decirle a Rachel lo que se repetía a sí misma–. No creo que sea la noche que me presentará a sus padres. Sé que solo voy porque…

Libby sacudió la cabeza y dejó de hablar. Normalmente, le contaba todo, eran amigas íntimas, pero no le parecía bien contarle la vida de Daniil. Él era tan celoso de su vida privada que ella no sabía gran cosa, pero lo poco que le había contado era como un tesoro.

–Entonces, ¿es una noche fuera? –le preguntó Rachel.

–La verdad es que no lo sé –contestó Libby encogiéndose de hombros.

–¿No puedes llamarlo y comprobarlo?

–No tengo su número de teléfono –Libby suspiró–. Y creo que es prudente por su parte. Habría encontrado diez millones de motivos para llamarlo o mandarle un mensaje.

Aun así, vivía en una incertidumbre permanente, aunque sabía que se había excedido un poco para esa noche. Había ido a la peluquería y se había comprado todo nuevo, hasta el cepillo de dientes que estaba guardando en su neceser nuevo.

–Ya sabes la reputación que tiene –comentó Rachel.

–La conozco –dijo ella por encima del hombro mientras entraba en el cuarto de baño para recoger las píldoras–. He decidido pasarla por alto y vivir el presente.

Y, en ese momento, estaba feliz. Terriblemente feliz. Con un poco de suerte, pensó ella mientras tomaba las píldoras de la balda, el período esperaría hasta después del fin de semana y luego podría empezar a tomarlas. Su comentario sobre la píldora había sido lo primero que le había dado esperanza y pronto conocería a su familia. La aventura de una noche se había alargado unos días y ya empezaba a durar semanas.

–Ha durado mucho más de lo que me esperaba –siguió Libby mientras se ponía unas medias completamente neutras y el vestido

recién comprado.

–¿Y no tienes su número de teléfono?

–No.

Libby fue a la sala, donde las flores que le había regalado él ocupaban un sitio de honor. Ya no estaban en su mejor momento, las rosas estaban muy abiertas y las calas dejaban caer polen, pero seguían siendo dignas de mirarse.

–Deberías hacerte la distante –le aconsejó Rachel mientras ella se sentaba en el antepecho de la ventana, como un gato, y miraba hacia la calle para ver si llegaba su coche.

–Ya lo sé, pero, entonces, estaría mintiéndonos a los dos. Además, he intentado hacerme la fría con él, pero no puedo. Pierdo el dominio de mí misma en cuanto lo veo. He decidido que voy a ser yo misma. No puedo ser otra cosa.

–Bueno, luego no digas que no te avisé…

Entonces, un deportivo plateado aparcó y un modelo masculino se bajó. ¡Era Daniil! Era imposible que se hiciera la distante con él. Abrió la puerta antes de que llamara y Daniil, a quien no le apetecía nada esa noche, sonrió por el efusivo recibimiento.

–¡Estás increíble! –exclamó Libby pasando las manos por su chaqueta solo para tocarlo.

Siempre iba impecablemente vestido, pero esa noche el traje negro se adaptaba de maravilla a sus hombros y la camisa blanca y la corbata gris metálico realzaban su belleza. Tenía un pequeño moratón encima del ojo derecho y ella le pasó un dedo.

–Has peleado otra vez –comentó ella recordando los moratones que tenía en el pecho la noche que se conocieron.

–A lo mejor me he golpeado con una puerta.

–Pobre puerta –replicó ella.

Él sonrió y ella se derritió porque podía notar que también se alegraba de verla. Naturalmente, el recibimiento de él no fue tan efusivo.

–Tú también estás muy guapa.

¡Eso esperaba!

–¡Todo es nuevo!

Dio un giro para enseñarle el vestido de color musgo. Entonces, la observó mientras tomaba unos zapatos de tacón negros y les quitaba las etiquetas antes de ponérselos.

–¡Zapatos nuevos! –exclamó él.

–Ya te he dicho que todo es nuevo –ella sonrió y le rodeó el cuello con los brazos–. Ahora puedo llegar a ti –él le tomó la cintura con las manos y le daba besos mientras ella hablaba–. Cepillo de dientes

nuevo, bolsa de viaje nueva…

–Entonces, el préstamo te ha venido bien.

–¡Desde luego! –Libby volvió a sonreír–. No obstante, eran unos gastos necesarios.

–Muy necesarios –concedió él.

Si la compañera de piso no estuviese mirándolos con el ceño fruncido, ya estaría preguntándole dónde estaba el dormitorio. Ella estaba muy arreglada y emocionada de verlo y él nunca se había sentido tan bien recibido al entrar en una casa. Ni una sola vez. Su casa era siempre el… el lugar de encuentro y las habitaciones de los hoteles, por muy lujosas que fuesen, eran sosas en el mejor de los casos. Para él, su casa nunca había estado donde estaba su corazón y, aun así, podía saber que allí se respiraba felicidad y que estaban recibiéndolo con los brazos abiertos.

–Ven. Te presento a Rachel.

–Hola, Daniil –le saludó Rachel antes de mirar fijamente a su amiga–. Te odio.

–Lo sé –Libby sonrió y lo llevó por una puerta–. Este es el cuarto de estar.

Él miró alrededor. Desde luego, estaban mucho allí. Jamás había visto tantos libros, revistas y cosas en unas estanterías, pero el recorrido no había terminado todavía.

–La cocina –Libby hizo un gesto, pero pasó de largo–. Ahí está el cuarto de baño por si te pierdes por la noche.

Tenía que parar de decir tonterías, pero no podía contener la alegría de que él estuviese allí.

–Este es mi dormitorio –comentó Libby mientras se acercaban a una puerta.

Él le paró la mano cuando ella fue a abrirla.

–Adivino que hay un tema dominante. ¿Rosa?

–No –contestó ella, aunque fue él quien abrió la puerta y entró.

No había sitio para el rosa, era el caos. Normalmente, no le gustaba el batiburrillo, no le gustaba que todo estuviera a la vista, pero, allí, en esa habitación, estaba expuesta toda su vida. Había un espejo enorme donde, con toda certeza, ella practicaba y había infinidad de fotos que le habían sacado durante sus años como bailarina. Había certificados en todas las paredes, había tantas cosas que él se preguntó cómo podía encontrar algo.

–Soy una narcisista –comentó Libby mientras miraba una foto enmarcada de sí misma.

–Eres demasiado buena para serlo –replicó él–. Demasiado considerada.

–Bueno, lo he ordenado por ti.

–¿De verdad?

–Y he cambiado las sábanas.

–¿También son nuevas?

–Sí. También había una parte egoísta, aunque…

–Vamos –él sonrió y la soltó–. Será mejor que nos vayamos.

Él no intentó besarla, pensó Libby. En vez de eso, tomó su bolsa de viaje y salieron para dirigirse a su coche.

–¿No hay chófer?

–Los fines de semana, no.

Se sentó en el asiento del acompañante y se hundió en el cuero. Había menos tráfico del que había supuesto él y enseguida estaban aparcando en el aparcamiento de su oficina.

–¿Por qué hemos venido aquí? –preguntó ella.

La verdad era que no sabía nada sobre esa noche.

–Porque hay un helipuerto en el tejado –le explicó él.

–Ah… –ella no había montado nunca en un helicóptero–. ¿Vamos a volver esta noche?

–Creo que esperan que nos quedemos, pero voy a mantener al piloto preparado toda la noche. La verdad es que no sé lo que puede llegar a pasar.

Tomaron el ascensor y los tacones de Libby sobre el mármol retumbaron en el vestíbulo, pero a él no le molestó.

–Tengo que parar un momento en mi despacho. Tengo que recoger el regalo.

–¿Qué les has comprado?

Él no contestó y, cuando entraron en el despacho, Libby se sonrojó al acordarse de lo que habían hecho en la mesa.

–No sé qué les habrá comprado Cindy –Daniil indicó un regalo muy bien envuelto y señaló una tarjeta–. Al parecer, un florero de color rubí.

–¿Un florero de color rubí? –gruñó Libby–. ¿No tienes imaginación?

–No. Al menos en lo que se refiere a mis padres, y Cindy no la tiene, desde luego.

–¿La has mandado a que compre el regalo de tus padres?

–Claro.

Libby, que estaría encantada de dedicarle todo un día a pensar en el regalo perfecto para alguien, se quedó perpleja y preocupada por lo que le habría pasado al regalo que le hizo a él.

–¿Dónde está el regalo que te hice?

–Creo que en el cajón.

Ella lo abrió y rebuscó durante todo un minuto.

–No, no está.

Daniil se quedó mirándola mientras abría el cajón y le sorprendió que no hiciese nada. Si hubiese sido otra persona, no se lo habría consentido.

–Entonces, no sé dónde está. La limpiadora lo habrá cambiado de sitio.

Libby frunció los labios. No lo creía en absoluto.

–¿Subimos? –preguntó ella.

–Vamos a esperar aquí. Me mandará un mensaje cuando esté preparado.

Daniil fue hasta el ventanal y miró la luz del atardecer, pero ella captó la tensión en sus hombros.

–¿Estás nervioso por esta noche?

–No estoy nervioso… –contestó él con cierto desprecio.

Sin embargo, recapacitó. Ella no tenía la culpa de cómo se sentía. Se había levantado temprano y había ido al club del East End, donde había entrenado y peleado, pero no le había servido de gran cosa para aliviar la tensión en aumento. Por eso tenía un moratón encima del ojo y se alegraba de que Libby no le hubiese exigido una respuesta. No, no podía decirse que estuviese nervioso e intentó encontrar la palabra que lo describiera. No se dio la vuelta para mirarla cuando le dijo lo que sentía exactamente.

–Es miedo.

Libby, que estaba sentada en la mesa, sintió que se desinflaba la burbuja en la que estaba flotando.

–Soy una egoísta –se bajó de la mesa y se acercó a él–. Me emocionó tanto verte que no he tenido en cuenta lo complicado que…

–No pasa nada –la interrumpió él–. A pesar de todo, yo también tenía ganas de verte.

Que reconociera eso abiertamente fue muy inesperado para ella. Fue como si hubiese abierto un armario de la cocina y se hubiese encontrado una tableta de chocolate cuando estaba segura de que no tenía ninguna. Entonces, Daniil le explicó por qué tenía miedo y eso también fue inesperado.

–Será mejor que te ponga en antecedentes.

–No hace falta –replicó ella, que había notado su reticencia–. Se me da muy bien dejarlo pasar.

–Esta noche voy a pronunciar un discurso y vas a oír algunas cosas. Quiero que sepas, antes de que lleguemos, por qué esta noche puede ser complicada. Como ya sabes, soy adoptado. Viví en un orfanato hasta los doce años. Al parecer, mis padres intentaron por todos los

medios tener un hijo y acabaron teniéndolo, se llamaba Daniel. Era su único hijo, pero murió a los doce años y lo añoraban muchísimo…

Libby se mordió la lengua.

–Habían esperado que yo fuese como él. El problema era que yo no hablaba su idioma… –él se encogió de hombros con incomodidad– y estaba muy disciplinado cuando llegué a Inglaterra. Me gustaba la rutina. Aunque estaba acostumbrado a compartir una habitación, todos teníamos nuestra intimidad. Nadie tocaba las cosas de los demás. Si alguien estaba callado, los demás lo respetaban. Todo era distinto cuando llegué aquí. Mis padres consideraban que podían entrar cuando quisieran en mi espacio y que ellos, o las doncellas, podían tocar mis cosas. Yo quería comer a horas fijas, era lo que había aprendido. No quería sus comidas opulentas ni agradecer todas las cosas que me regalaban. No quería jugar al tenis…

Quería boxear, eso era lo único que había querido hacer. Si también hubiesen adoptado a Roman, habría tomado una raqueta y habría destacado en el tenis, habría sido el Daniel perfecto, pero era demasiado doloroso contar eso. Sin embargo, había tenido que abandonar a su gemelo durante casi dos tercios de su vida, pero le contó algo más.

–Creo que se dieron cuenta del error que habían cometido a los dos días de que yo llegara. Querían quererme, pero no podían y no se lo reprocho…

Libby había dominado el espanto hasta ese momento, pero, como ella misma había reconocido, no tenía dominio de sí misma cuando se trataba de Daniil.

–No iban a quererte hicieras lo que hicieses. En vez de analizar su dolor y afrontarlo, te hicieron eso a ti.

–Hice que su vida fuese un infierno. Ellos no podían entender que no estuviese agradecido por todas las oportunidades que me habían brindado. A principios de este año tuvimos una pelea tremenda cuando les dije que quería recuperar mi nombre de nacimiento.

–No me extraña –comentó Libby–. Después de lo que te hicieron…

Daniil la interrumpió y la dejó boquiabierta con algo que ella no había tenido en cuenta.

–Creo que ellos creen que me cambié de nombre para ultrajarlos, pero no fue por eso. Me cambié de nombre con la esperanza de que mi pasado me encontrase.

–¿Y te ha encontrado?

–No.

–Ahora me siento peor todavía por haber intentado convencerte para que fueses.

–Libby, no habrías podido convencerme jamás. Te lo aseguro, tengo mis motivos para ir esta noche.

Nunca había contado todo eso y, desde luego, había contado más de lo que él mismo había esperado contar, pero le aliviaba que ella lo aceptara y le ayudaba que estuviese enfadada con sus padres. Por eso, cuando faltaban dos horas para que entrara en la casa que debería haber sido su hogar, le contó algo más de su verdadero ser.

–Éramos cuatro. Éramos los chicos malos. Cuando llegas a tener unos seis años, ya sabes que es muy improbable que vayan a adoptarte. Además, no queríamos que nos adoptaran. Íbamos a abrirnos paso en el mundo por nosotros mismo. Sev… Sevastyan… estaba leyendo todo el rato y se le daban muy bien los números. También estaba Nikolai, que quería trabajar en barcos. Me encantaría saber si lo ha conseguido.

–¿Quién era el cuarto? –preguntó Libby con inocencia.

–Roman.

Le dolía hasta decir su nombre en voz alta.

–¿Y qué iba a hacer él? –preguntó Libby.

Daniil se limitó a sacudir la cabeza como hacía cuando era un asunto vedado y, por fin, sonó el teléfono para indicarle que podían subir al tejado. Sin embargo, Libby lo detuvo.

–Todavía puedes cambiar de opinión y no acudir esta noche.

Eso ya no era una alternativa.

–Tengo que hacerles una pregunta. Espero que, si esta noche hago lo que tengo que hacer por ellos, me darán una respuesta sincera.

–¿No existe el riesgo de que no te la den?

–Siempre existen riesgos. Solo los acepto si estoy preparado para afrontar las consecuencias y esta noche lo estoy.

Lo estaba. Quería saber qué había pasado con las cartas que había escrito y, si esa noche tenía la ocasión de averiguarlo, estaba dispuesto a pagar el precio. Aunque eso lo matara.

Capítulo 8

LIBBY sabía que la vista desde el helicóptero sería impresionante, pero tuvo que contener el aliento mientras se elevaba en el cielo. Era vertiginoso y muy inquietante. Los edificios se hacían más pequeños, pero, por un instante, le pareció que el suelo ascendía hacia ellos. Entonces, el helicóptero giró un poco, su estómago fue detrás y se dio cuenta de que, probablemente, no estaba preparada para montar en un helicóptero. Tragó la saliva que le quedaba, tomó aire y cerró los ojos aterrada de que pudiese vomitar, pero Daniil puso una mano encima de la de ella y, cuando volvió a abrirlos, comprobó que el suelo estaba otra vez donde tenía que estar. Las casas eran diminutas y el paisaje empezaba a ser de un verde precioso mientras se dirigían hacia Oxford. Miró a Daniil y él le dijo con los labios que no le pasaría nada. Ella asintió con la cabeza, pero ¿no le pasaría nada? Intentaba asimilar todo lo que le había contado Daniil. Intentó imaginarse lo que habría sido llegar allí sin saber nada de ese país y sin saber el idioma. Intentó entender lo que habría sentido cuando lo mandaron como una especie de sustituto de un hijo fallecido. Por muchos defectos que hubiese tenido la familia de ella, por muchos problemas que hubiesen tenido, nunca se había puesto en duda el amor que sentían los unos por los otros.

Libby oyó por los auriculares que el piloto anunciaba la inminente llegada y vio que Daniil miraba por la ventanilla la extensión de terreno que rodeaba su casa. Tenía una expresión indescifrable y hacía mucho tiempo que había olvidado su mano. Bajó un poco la mirada y vio que tenía los puños apretados. Estaba tan encerrado en sí mismo que era como si ella no estuviese allí.

Daniil no podía asimilar de verdad que ella estuviese con él. Hasta ese momento, siempre había hecho ese viaje solo. Bueno, sus padres habían estado con él en el coche cuando vio su casa por primera vez, pero entonces eran unos desconocidos… y seguían siéndolo. Nunca se había planteado llevar una acompañante a las celebraciones familiares, ni a las bodas de sus primos. Durante la adolescencia y durante los años de universidad, jamás se le ocurrió llevar a alguien a la casa familiar. La sensación de vértigo que tenía no se debía a que el helicóptero estuviese planeando antes de aterrizar. Miró la mansión de

ladrillo rojo y el césped impecable que podrían ser suyos. No, gracias. Nunca, ni una sola vez, había querido estar allí. Estuvo casi tentado de pedirle al piloto que los devolviera a Londres, lo pensó muy en serio, pero, justo en ese momento, notó que Libby le tomaba la mano, que ella también había percibido su nerviosismo y quería tranquilizarlo. Miró sus sonrientes ojos azules que le indicaban que ella estaba allí y que todo habría terminado al cabo de unas horas, que habría cumplido con su deber. Esa vez, fue él quien asintió con la cabeza para darle las gracias.

Bajaron del helicóptero y la hierba era tan mullida que ella deseó haberlo previsto y haberse puesto unos zapatos planos porque se le clavaban los tacones con cada paso que daban, hasta que tiró la toalla y se quitó los zapatos.

–La próxima vez…

–No habrá una próxima vez –la interrumpió Daniil inmediatamente.

Ella intentó decirse que se refería a que nunca volverían a la casa de sus padres, pero, aun así, el comentario le hacía daño. Daniil podía decir las cosas de una manera tan brusca que ella nunca acababa de saber cómo se aplicaban a ella, o si siquiera lo hacían.

No le tomó la mano mientras subían las escaleras de piedra, y sabía que ella se lo había tomado como una ofensa, pero estaba tan tenso que, si se la hubiese tomado, podría haberle roto los dedos. Todo lo que había allí lo alteraba, desde los leones de piedra de la entrada hasta la fuente.

Vio una cara conocida que le sonreía levemente. Marcus, el anciano mayordomo que había estado con la familia desde antes de que sus padres se casaran, abrió la puerta.

–Me alegro de verlo por aquí, señor.

–Yo…

Él no podía decir que se alegrara de estar allí, pero decidió mantener su parte del trato.

–Yo también me alegro de volver a verte, Marcus.

–Llevaré su equipaje a su habitación –añadió Marcus.

–Preferiría… –empezó a decir Daniil con un nudo en el estómago.

–Naturalmente, dejaré que usted y su acompañante lo deshagan.

Daniil le dio las gracias con la cabeza y agradeció que hubiese una persona que, después de tantos años, hiciese caso a sus insistentes peticiones de que no tocasen sus cosas.

El vestíbulo era tan hostil como lo había sido la primera vez que lo pisó. A los doce años estaba acostumbrado a estar rodeado de muchas personas y muy pocos muebles. Nunca olvidaría la primera vez que

vio ese espacio imponente con las paredes cubiertas de tapices y retratos y con la deprimente escalera jacobina. Lo más desconcertante de todo fue que hubiese tan pocas personas.

–¡Daniel!

Libby se dio la vuelta cuando oyó el nombre equivocado y vio que se acercaba una mujer baja, con el pelo encrespado, unos fríos ojos azules y aspecto de estar muy atareada. Llevaba un vestido rojo que no entonaba con la piel congestionada.

–¡Por fin!

Libby la observó mientras la mujer esbozaba una sonrisa forzada y entonces apareció un hombre alto, con barba y con un vaso en la mano.

–Os presento a Libby –dijo Daniil–. Libby, te presento a mi madre, Katherine, y a mi padre, Richard.

–Encantada de conocerlos.

Libby sonrió de oreja a oreja y nadie, ni siquiera Daniil, podría haber adivinado lo bien que estaba actuando porque, a juzgar por todo lo que él le había contado de ellos, no tenía ningún motivo para sonreír. Katherine la miró de arriba abajo y de abajo arriba y ella se sintió como si estuviese comprobando si tenía piojos.

–¿Libby…? –Katherine frunció el ceño–. ¿El diminutivo de…?

–Elizabeth.

Ella volvió a sonreír e intentó darles conversación cuando se limitaron a mirarla fijamente.

–El viaje en helicóptero ha sido maravilloso. Su casa es preciosa desde el cielo.

Daniil observó que su madre hacía un esfuerzo para no recular por la calidez de Libby mientras seguía con sus comentarios. Ella sonreía cuando él era incapaz y llenaba ese tenso silencio que se producía cuando sus padres y él estaban juntos.

–Aunque, claro, debería haberme puesto unos zapatos planos. Podría encontrar el camino en la oscuridad siguiendo los agujeros del césped…

–Sí, bueno, los invitados están llegando –la interrumpió Katherine–. Daniel, ¿por qué no acompañas a Elizabeth a que se arregle? Pero no tardéis. Ya nos has hecho esperar bastante –se oyó una campanilla y Katherine miró alrededor–. ¿Puede saberse dónde está Marcus?

–Está subiendo nuestro equipaje –contestó Daniil.

–Pues ya lleva una semana –Katherine resopló al darse cuenta de que tendría que recibir a los invitados–. No entiendo por qué le ofrecí que se quedara después de la edad de jubilación. Venga, vosotros

arreglaos un poco.

Antes de llegar a la escalera, Libby pensó que era una mujer atroz, que su padre solo la llamaba Elizabeth cuando estaba riñéndola. Ya estaban subiendo la imponente escalera, mientras Marcus la bajaba cojeando, y ella se quedó rígida cuando giraron y vio una foto enorme. Allí, con la familia, estaba Daniil de joven y se le partió el corazón al mirarla. Llevaba el uniforme de un colegio privado, tenía una mirada hostil y parecía como si el esfuerzo que estaba haciendo para sonreír a la cámara fuese a matarlo. Daniil ni siquiera la miró.

–Daniel… –los dos se dieron la vuelta y allí estaba Katherine, que a Libby le recordó a un fox terrier con ese pelo encrespado y ese cuerpo macizo–. Charlotte acaba de llegar.

–¿Y…?

–Nada, solo te lo comunico.

Él no dijo nada y siguió andando, pero Katherine no se dio por satisfecha.

–Vas a pronunciar un discurso.

–Efectivamente.

–Sería preferible que lo revisara…

–No hace falta –replicó él.

Su madre los siguió por las escaleras y Libby pensó que también tenía la tenacidad de un fox terrier.

–Claro que hace falta –insistió Katherine–. Daniel, los invitados de esta noche… bueno, son muy importantes y…

–Entonces, será mejor que vuelvas con ellos –la interrumpió Daniil antes de agarrar a Libby de un brazo y llevarla por un pasillo.

Katherine se dio por vencida por fin y volvió a bajar las escaleras.

–*Tupa shmara* –murmuró Daniil mientras se cerraba la puerta del dormitorio.

–Doy por supuesto que acabas de decir algo muy malsonante –comentó ella.

–Nada más que la verdad –respondió él mientras miraba alrededor.

El equipaje seguía cerrado y Daniil se lo agradeció a Marcus. Para la mayoría, sería un espacio acogedor. El cuarto era espacioso, las paredes, con revestimientos de madera de color crema, contrastaban con el suelo y la puerta oscuros. Las ventanas tenían unas vistas magníficas de la finca y los muebles, aunque antiguos, tenían detalles modernos. Él recordaba haber estado tumbado en la amplia cama viendo la televisión sin entender casi nada de lo que decían.

–Es preciosa –comentó Libby mirando las molduras del techo.

–Si te gustan los museos –replicó Daniil encogiéndose de hombros.

Ella miró las fotos que había en la repisa de la chimenea. Una era

de Daniil con una raqueta de tenis y la otra de él, con el ceño fruncido, montado en un caballo.

–Yo era una mala imitación de Daniel.

–Él habría sido una mala imitación tuya. Estoy segura de que, si esta noche me metiera en la cocina del restaurante de mi hermana, los comensales se sentirían defraudados. Sería como pedirle que fuese mi suplente, ¡inimaginable! Y eso que tenemos los mismos genes.

Se acercó y le rodeó el cuello con los brazos mientras él seguía mirando el cuarto que tanto odiaba.

–¿Has traído a muchas chicas? –le preguntó ella.

–Nunca traje a nadie aquí.

–Hasta ahora.

Vio que él cerraba los ojos, pero se resistió a que la dejara al margen y se estiró para alcanzar su boca, pero él se apartó.

–Libby…

Ella casi podía ver las señales de «prohibido el paso» que él había sacado, pero pasaría por su cuenta y riesgo porque allí estaba su corazón. Tenía las mandíbulas como el mármol, los labios como el hielo y levantó una mano para quitarle el brazo del cuello, pero ella no le hizo caso y besó esos labios que anhelaba. Estaba tenso y remiso. Aun así, ella no se inmutó y entonces, justo en ese momento, fue como si hubiese forzado una caja fuerte porque notó que él cedía a su boca, que la estrechaba contra sí y que dejaba que profundizara el beso. Efectivamente, no tenía su número de teléfono, pero ya conocía su boca, cómo dirigía él el beso y la sensación de que ni nada ni nadie podía afectarlos. Sus manos eran como el capullo de un gusano de seda que los envolvía.

–Aquí, no –dijo él.

Sin embargo, estaba levantándole el dobladillo del vestido y estrechándola contra él.

–Aquí, sí…

Ella le soltó el cuello, bajó la mano y le acarició la turgente protuberancia. Allí, sí, pensó Daniil.

Estarían en el dormitorio de esa casa, pero esa vez se sentía distinto y, además, ya la besaba apasionadamente y la llevaba a la cama. Entonces, de repente, llamaron a la puerta y se abrió sin que esperaran una respuesta. Ella entendió por qué él no soportaba que llamaran a la puerta. No significaba nada porque su padre había entrado sin que nadie lo hubiese invitado. Abochornada, se apartó de un salto y agradeció que Daniil le tomara una mano mientras se alisaba el vestido con la otra.

–*Se' bis* –dijo Daniil.

–*Se' bis* –repitió su padre.

Ella, aunque ruborizada, frunció el ceño por la leve sonrisa jactanciosa de Daniil ante la reacción de su padre.

–Acabo de hablar con tu madre sobre tu discurso –añadió Richard.

Daniil la soltó y se quedó sin aliento, abochornada y muy, muy enfadada por la intromisión, pero intentó no demostrarlo mientras Richard seguía hablando.

–He pensado que podía echarle una ojeada.

–No hace ninguna falta.

–Solo quiero comprobar que has tocado todos los puntos básicos –insistió su padre.

–Los he tocado.

–Tu madre está preocupada, Daniel. Está sometida a mucha tensión por esta noche y no se siente bien.

Richard se llevó una mano al pecho y ella pensó que solo era un gesto para provocar una reacción.

–Si siente opresión en el pecho, llamad a una ambulancia –la reacción de Daniil fue serena y comedida, al contrario que la de Richard, que cerró los puños–. Además, no puedes ver nada, tengo el discurso aquí –Daniil se llevó un dedo a la cabeza–. Ahora, si no te importa, a Libby y a mí nos gustaría arreglarnos. Bajaremos enseguida.

–Muy bien –Richard se dirigió hacia la puerta, pero se dio la vuelta y Libby pensó que, evidentemente, tenía que decir la última palabra–. Sin embargo, Daniel, cuando bajes, ¿te importaría dejar a un lado el acento?

No volvieron a besarse. Ella se maquilló un poco mientras intentaba darle sentido a lo que acababa de oír. No era solo el acento. La voz de Daniil era una de las muchas cosas hermosas que tenía y la idea de que se la censuraran hacía que le diesen ganas de llorar, algo muy inoportuno cuando estaba intentando pintarse la raya del ojo. Se quedó sin saber qué decir… de momento.

–*Tupa shmara* –murmuró Libby.

–No está mal –comentó él con una sonrisa–, pero con el género equivocado.

–Bueno, si vas a enseñarme ruso, ¿qué significa *se' bis*? –preguntó ella al acordarse de la sonrisa de Daniil cuando saludó a su padre.

Él se rio al darse cuenta de que era mucho más perspicaz que la mayoría.

–Significa «lárgate» –contestó Daniil–. Ellos siempre dieron por supuesto que lo decía como un saludo cuando entraban en mi cuarto y enseguida empezaron a decírmelo a mí. Obtenía las victorias de donde

podía.

–Ya… Puedes llevarte al chico de Rusia…

Aunque sonrieron, lo hicieron con tristeza porque, como se dio cuenta ella, eso era exactamente lo que habían hecho sus padres. No solo se lo habían llevado de su casa, también habían intentado borrarle el pasado.

–Tus viajes en ambulancia… –añadió Libby.

–Sí. Sentía una opresión en el pecho, se desmayaba o le pasaba cualquier cosa siempre que no se salía con la suya. Naturalmente, siempre era culpa mía, pero cuando tenía catorce años recibí clases de primeros auxilios y urgencias y la siguiente vez que se desmayó llamé a una ambulancia…

–¿Y…?

–Lo hice siempre que se daba esa situación, una y otra vez…

Libby miró esos gélidos ojos grises y pudo imaginárselo imperturbable en medio del caos, pero eso no la inquietó. Conocía, o creía conocer, el cariño que se ocultaba detrás de esa mirada.

–No se me puede manipular, Libby. Las lágrimas no me conmueven, y el teatro tampoco.

–¿Qué te conmueve entonces?

–Nada.

Había una advertencia implícita, pero esa vez no iba a hacerle caso porque no lo creía.

–Acabemos con esto –añadió él dirigiéndose hacia las escaleras.

Era un festejo muy difícil de sobrellevar. Aunque no para todo el mundo. Al fin y al cabo, Lindsey se había ocupado de que todo fuese como la seda. El suntuoso salón resplandecía por las lámparas de techo y por las enormes velas rojas que había alrededor de la habitación. El ambiente olía a las rosas rojas que había en cada mesa y que, como le explicaba Katherine a quien quisiera escucharla, había cultivado su jardinero para la ocasión. El servicio de catering era fantástico, la banda de música era impresionante… todo era espléndido.

–Tu padre lo ha hecho muy bien –comentó Daniil mientras rechazaba una bebida.

Efectivamente, todo era perfecto, hasta Daniel Thomas, el hijo díscolo, se comportaba ejemplarmente y charlaba con la familia y los amigos con una voz muy bien modulada. Libby pensó que se perdían mucha conversación cuando tenía que pensar lo que iba a decir solo para apaciguarlos, pero, claro, a ellos solo les importaban las apariencias y no querían conocer a Daniil, él solo era un sustituto del hijo muerto de los Thomas.

–Daniel…

Libby dio un respingo cuando una morena resplandeciente se acercó. Le resplandecía desde el pelo hasta las mejillas ruborizadas.

–Cuánto tiempo sin verte.

–Libby… –Daniil esbozó una sonrisa tensa– te presento a Charlotte Stephenson. Íbamos juntos al colegio. Su padre era el director.

–Sigue siéndolo –le explicó Charlotte señalando al fondo del salón–. Está allí, deberías saludarlo.

–¿Desde cuándo hago lo que debería?

Libby observó a Charlotte, que se dio media vuelta y se alejó, y esperó a que Daniil le explicara qué lugar ocupaba en su pasado, pero él se sentía más cómodo sin decir nada y dejando que su imaginación calenturienta atara cabos. Naturalmente, habían sido amantes.

Entonces, todo el mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo para atender a los maravillosos discursos. Libby sintió un nudo en la garganta cuando Daniil salió a la palestra. No rebuscó el discurso en el bolsillo ni iba a esconderse detrás de unas notas. Aparentemente, iba a improvisar, pero ella estaba segura de que le había dedicado muchas horas a ensayar para poder pronunciar el discurso de una forma que pareciera espontánea. Miró a Katherine, quien estaba de pie con los ojos casi fuera de las órbitas y un brillo de sudor en el labio superior. Richard también estaba tenso y dio un sorbo de su bebida antes de ponerse rígido, como si se preparara para una mala noticia. Miró a Daniil y se preguntó si estaría a punto de vengarse por casi dos décadas de menosprecios. Él lo había pensado…

Por primera vez en su vida, tenía el protagonismo pleno de la familia. Miró a sus padres y captó la tensa advertencia de sus ojos. Miró a su primo George, quien sonreía levemente con curiosidad y cierta ilusión. No en vano, si daba rienda suelta a su rencor, a él le vendría muy bien. Sin embargo, pensó que no había necesidad de decir la verdad, que allí no había nadie a quien quisiera lo bastante como para explicársela. Entonces, se encontró con la mirada de Libby y pensó que pronto tendría que corregir lo que acababa de pensar. Por el momento, aceptó su sonrisa tensa y la mirada que le indicaba que le parecería bien cualquier cosa que dijera. Era un alivio sentir que alguien lo aceptaba hiciera lo que hiciese.

De entrada, y en un inglés impecable, dio las gracias a todos los invitados por haber asistido, sobre todo, a los que habían viajado desde lejos. Luego, se dirigió a sus padres.

–Naturalmente, a quien más agradecido estoy es a las personas que nos han convocado esta noche.

Libby pudo oír que todo el mundo soltaba el aire y vio que

Katherine y Richard se relajaban visiblemente. Una breve ovación interrumpió el discurso de Daniil y ella se sintió avergonzada, furiosa por haber participado en que él pasase por ese infierno.

Él habló del matrimonio de sus padres, de todos sus logros, que habían sido muchos, y de las obras de beneficencia que respaldaban. Entonces, ella vio que los hombros de Katherine se ponían rígidos cuando Daniil sacó a relucir el asunto más espinoso.

–Como todos sabréis, hace veinte años mis padres sufrieron la devastadora pérdida de su único hijo. Quedaron desolados durante dos años, pero entonces, al ser lo generosos que son, se dieron cuenta de que todavía podían ofrecer mucho amor.

Ella quiso levantarse y dar unas palmadas para reclamar la atención de todo el mundo y decirles que no era verdad, que no querían sobrellevar la pérdida de su hijo y que se limitaron a hacer todo lo posible para conseguir otro. Sin embargo, se quedó escuchando lo que decía él.

–Como la mayoría de vosotros sabréis, dos años después de esa pérdida insufrible mis padres me trajeron a su familia. Yo tenía doce años y… –Daniil esbozó una sonrisa sombría– y era muy complicado. Aun así, ellos me abrieron su hogar y me brindaron unas oportunidades con las que jamás habría podido soñar.

Habló del colegio al que lo mandaron, donde Richard estaba en el consejo de administración.

–Veo que el doctor Stephenson está aquí esta noche –Daniil hizo un gesto con la cabeza al que había sido director de su colegio–. Usted tenía razón. Yo no tenía ni idea de lo afortunado que era.

Daniil tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que el resentimiento no se reflejara en sus ojos mientras miraba al hombre que había ejercido su poder sin la más mínima compasión para encauzarlo por el camino que él quería.

Libby notó la tensión que le atenazaba todo el cuerpo. Seguramente, era la única persona que estaba leyendo entre líneas, porque el doctor Stephenson estaba sonriendo como si se lo estuviese agradeciendo de verdad.

–Sé que nunca habría podido llegar a donde estoy ahora sin el apoyo y el estímulo incondicional de mis padres.

Los allí presentes sabían que, económicamente, Daniil estaba muy por encima de todos ellos y, cuando él les concedió el mérito a sus padres, aplaudieron entre exclamaciones de admiración, hasta que Katherine, con una sonrisa angelical, levantó una mano como si quisiera indicar que no se merecía el aplauso. Y no se lo merecía, pensó Libby con rabia. Daniil, sin embargo, lo pasó por alto y tomó

prestado el argumento que había empleado ella el día que se conocieron, y que había cuestionado en su momento. Comentó que cuarenta años de matrimonio era todo un logro, les deseó lo mejor para el futuro y dijo que su matrimonio era un ejemplo que él solo podía aspirar a emular.

Todo el mundo levantó sus copas, pero ella se retrasó unos segundos. El carísimo champán francés le dejó un regusto amargo cuando Richard, por primera vez en su vida, hizo un gesto de aprobación a su hijo.

Daniil, al final, había pasado por el aro y, mientras volvía con Libby, pensó que había vendido su alma, pero lo había hecho por un motivo.

Capítulo 9

CORTARON la tarta, que tenía un aspecto maravilloso, pero que a ella le supo a tierra mientras Daniil bailaba por compromiso con algunas personas. Estaba claro que no fue a la única a la que le pareció insípida, porque la mesa a la que estaba sentada empezó a llenarse de platos con trozos de tarta a medio comer, pero Daniil, por fin, se acercó y la tomó entre sus brazos.

–El discurso te ha salido bien –comentó ella.

–El inconveniente es que ahora me hablan –replicó Daniil–. Prefería el silencio.

Él miró por encima del hombro de Libby y vio que su primo estaba observándolos. Ella también se dio cuenta.

–Tu primo parece muy interesado por ti.

–Está esperando que me desacredite para consolidar su herencia –le explicó él–. Algunas veces me apetece hacer la pelota a mis padres solo por el miedo que le daría a él…

–Pero no lo haces…

–No. Solo me divierte pensarlo a veces.

Miró a Libby. Tenía las manos en su cintura, pero estaba rígida y echó de menos la fluidez de sus movimientos, la naturalidad que solían sentir entre ellos.

–Siento haberte dejado sola tanto tiempo.

–No pasa nada.

–Nos marcharemos enseguida.

Él solo quería que terminase esa noche para hablar con su padre y aclarar esa parte vital de su pasado. Después, no tenía pensado nada. Sus pensamientos siempre habían terminado en el momento en el que su padre le decía la verdad sobre las cartas.

–Entonces, ¿no vamos a quedarnos? –le preguntó Libby antes de sonreír–. ¿O cuando has dicho que íbamos a marcharnos…?

Ella se refería al dormitorio, a una puerta entre ellos y el resto del mundo, y, por primera vez en su vida, él se dio cuenta de que podría ser suficiente. Miró esos ojos azules y le pareció que la idea de quedarse a pasar la noche podía ser apetecible si significaba que podían estar solos.

–Ya has comprobado que a mi padre no le importa llamar a la

puerta y entrar sin esperar a que se lo autoricen…

–Podríamos quitarle fácilmente esa costumbre tan fastidiosa –le susurró Libby al oído.

–Esta tarde no ha dado resultado.

–No estaba desnuda y encima de ti.

Daniil sonrió al imaginarse la precipitada retirada de su padre si los encontrara en esa posición.

–No te esconderías debajo de la sábana, ¿verdad?

–Claro que no –contestó ella–. Le pediría que me sirviera un vaso de agua. No volvería a entrar sin permiso en una habitación jamás.

–¿Qué haces? –le preguntó Daniil cuando vio que ella sonreía a alguien y le saludaba con la mano.

–Fastidiar a George de tu parte –contestó ella–. Acabo de sonreír a tu madre.

Allí, en la casa familiar, donde jamás había pensado que la vería, vislumbró por primera vez la tranquilidad. Sentía la conexión con Libby, nada ni nadie podía tocarlos.

–¿Cómo se reparten las funciones tu familia? –le preguntó Daniil.

–Mi hermana se ocupa del catering, mi padre se ocupa de todos los detalles…

–¿Y tu madre? –le preguntó Daniil, porque casi nunca hablaba de ella.

–Se ocupa de fruncir el ceño –contestó Libby con resignación–. Creo que nunca ha sido feliz de verdad. Sencillamente, no sabe disfrutar del momento.

Eso era exactamente lo que hacían ellos. En ese momento, en medio de tanta historia, encontraban un resquicio de placer; el ritmo de la música, el contacto de sus cuerpos… ¿Era eso lo que se conseguía con una relación? Una visita infernal se había convertido en soportable porque estaba ella. Siempre había otra meta, había que correr la carrera, pero, en ese momento, en ese sitio que no tenía buenos recuerdos para él, donde menos podía habérselo imaginado, empezaba a vislumbrar un porvenir, una constante que podía durar.

El baile se había vuelto placentero, un tesoro que no había esperado encontrar esa noche, pero lo desasosegaba más que tranquilizarlo porque sabía que no podía acostumbrarse a algo así. Nada duraba y eso era algo que había comprobado desde hacía mucho tiempo.

Cuando terminó la canción, él la soltó y ella se excusó para ir al cuarto de baño. Daniil fue a buscar otro vaso de agua con gas, esa noche no estaba bebiendo intencionadamente. Se puso tenso cuando George se acercó a él entre sonrisas y felicitaciones por su discurso.

–Ha sido muy bonito.

George hizo un gesto de aprobación con la cabeza que él no necesitaba, pero como esa noche ya había vendido su alma para aclarar el asunto de las cartas, simuló aceptarlo y estrechó la mano de su primo.

–Es verdad lo que has dicho sobre el logro que es durar cuarenta años casados… –George suspiró–. No creo que vaya a pasarnos a nosotros.

–Sí, ya me he enterado de lo de tu divorcio.

Como esa noche estaba dispuesto a agradar, no mencionó que ese divorcio era el tercero de George.

–Esa vaca está intentando sacarme todo lo que no tengo –murmuró George entre dientes–. Las otras dos ya lo hicieron. Si me lo preguntas, te diré que las relaciones son una pesadez.

Él no se lo había preguntado.

–¿Cuánto tiempo llevas con Libby? –siguió George–. Parece una mujer encantadora.

–Lo es.

–¿Cómo os conocisteis?

–Nos… –Daniil se dio cuenta de que no tenía por qué mentir–. Nos conocimos a través del padre de Libby. Él ha organizado la celebración de esta noche.

–Entonces, lleváis poco tiempo juntos.

Daniil asintió con la cabeza.

–Eso me parecía.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Daniil.

–Todavía parece feliz –contestó George antes de alejarse.

Daniil apretó los dientes, pero prefirió no hacer caso de lo que acababa de oír. Se dio la vuelta para marcharse y se encontró con Charlotte, que estaba hablando con su padre y su madre.

–¿Por los viejos tiempos? –dijo Charlotte.

Daniil supo que o bailaba o montaba una pequeña escena. Tomó a su ex sin estrecharla contra él y, si Libby no hubiese estado allí esa noche, ella se habría conformado, pero Charlotte no se conformó.

–Mi padre está mirándonos con el ceño fruncido –susurró Charlotte.

Unos doce años antes, eso lo habría excitado. Mejor dicho, hacía unas semanas podría haber sido suficiente para que esa noche, más tarde, hubiese ido a su cuarto por el mero placer de acostarse con ella en las narices de su padre.

–La semana que viene voy a ir a Londres –comentó Charlotte en tono meloso.

–Estaré fuera por trabajo.

–Volveré el mes que viene.

Él supo que había cambiado porque un mes era una eternidad en su mundo de las relaciones y, sin embargo, estaba empezando a imaginarse que las semanas venideras, los meses venideros, los años venideros podía pasarlos con Libby. Charlotte era como la tarta, perfecta a la vista, pero carente de algo. Ya no le tentaba.

–¿Por qué no me das tu número de teléfono? –siguió Charlotte–. Intenté llamarte hace un tiempo, pero tu recepcionista no me pasó la llamada. Si tuviese tu…

–No se lo doy a nadie –la interrumpió Daniil.

–Yo no soy nadie.

Él miró a unos ojos que estaban jugando a lo que él había jugado durante mucho tiempo, pero ya lo había dejado.

–Bueno, sí lo eres.

Efectivamente, era el malnacido que ella le había dicho que era y, cuando Libby volvió a entrar en el salón, vio que Charlotte se alejaba apresuradamente de sus brazos, y Libby no se sentía lo bastante segura como para que no le importase.

El festejo estaba decayendo y Daniil solo quería salir de ese sitio asfixiante, pero todavía no había hablado con su padre y decidió hacerlo en ese momento al ver que Richard se acercaba a él.

–Vamos a montar a caballo mañana por la mañana –comentó Richard–. Saldremos temprano y volveremos a desayunar…

–No voy a poder. Tenemos que marcharnos antes de las nueve, pero me gustaría que habláramos un momento.

–No es el mejor momento.

Libby estaba a su lado, presenciando la tensa conservación, y notó que Daniil le agarraba la mano con fuerza.

–Solo será un instante.

Richard asintió rígidamente con la cabeza y Daniil lo siguió cuando se dio la vuelta. Como estaba agarrándole la mano, ella también los siguió, pero, cuando llegaron a la puerta del salón, Daniil pareció caer en la cuenta de que estaba allí y la soltó.

–Tengo que hablar con mi padre.

–Podría acompañarte.

Él la miró fijamente, indicándole que se había pasado de la raya y que no sabía cuál era su sitio allí.

–Vete a dormir. Subiré dentro de un rato.

–¿A dormir? La gente sigue bailando, la fiesta no ha terminado y…

–Para nosotros, sí –la interrumpió él antes de alejarse.

Se quedó parada intentando entender semejante rechazo. Dibujó

una sonrisa amplia, aunque incrédula, cuando Marcus, el mayordomo, se acercó.

–Creo que acaban de mandarme a la cama.

Libby sacudió la cabeza con perplejidad. Hacía un momento habían estado bailando juntos, y, acto seguido, la había mandado a la cama.

Daniil se quedó mirando mientras Libby subía las escaleras haciendo aspavientos y luego siguió a su padre por los oscuros pasadizos de la casa hasta su despacho. Cuando entraron y su padre se sentó detrás de su mesa, él se acordó de cuando iba allí a darle las notas. Sin embargo, ya no era un adolescente y sí era más alto que el hombre que lo había amedrentado de mala manera.

–Puedo imaginarme para qué has venido –dijo Richard–. Tu madre y yo hemos hablado mucho sobre tu herencia…

–No he venido por tu… patrimonio –lo interrumpió Daniil.

Richard apretó los labios cuando su hijo se olvidó del acento de colegio privado y Daniil lo miró con unos ojos desafiantes.

–Lo que hagas con él es asunto tuyo –siguió Daniil–. Tu dinero no me ha interesado jamás.

Richard resopló con impotencia porque una de las cosas que más le irritaba era que Daniil fuese mucho más rico que él.

–Las cartas –Daniil había sabido exactamente lo que pensaba decirle, pero allí, en ese tribunal que era el despacho de su padre, se sentía como si volviese a ser un adolescente y no le salían las palabras–. Quiero saber…

–Ah, es verdad –le interrumpió su padre esa vez–. Un trato es un trato. Pero solo hubo una.

Daniil frunció el ceño mientras su padre sacaba un sobre. Hizo todo lo posible por no demostrar ansiedad, pero le temblaba la mano cuando lo tomó. Estaba escrita en inglés, pero la había escrito un ruso. Lo sabía por la curvatura de las letras y los números. ¡Tenía que ser de Roman!

Quiso abrirla en ese preciso instante, pero se quedó mirando los sellos, la letra medio borrada y el matasellos mientras la esperanza empezaba a brotarle en el pecho. Por fin tenía un contacto con su gemelo.

–¿Cuándo llegó?

–Hará unos cinco o seis años –contestó su padre.

–¿Qué? –bramó Daniil.

Se alegró de haberle preguntado por la carta en ese momento y no

antes. Si hubiesen tenido esa conversación antes, el único discurso que habría podido pronunciar habría sido la declaración ante la policía cuando hubiesen detenido a su padre, que era lo que le apetecía hacer. Sin embargo, se contuvo porque todavía tenía que hacerle algunas preguntas.

–¿Por qué no me la diste en su momento?

–No queríamos remover el pasado.

–Es mi pasado. No puedes arrebatármelo, aunque sabe Dios que lo habéis intentado –se le aplacó un poco de la rabia–. ¿Por qué me la has dado ahora?

–Le dije a Lindsey que podría convencerte para que vinieras.

¿Lo sabía Libby? Eso daba igual. Esa carta llevaba años guardada en un cajón. Unas semanas más o menos daban igual, no estaba pensando racionalmente.

–¿Me contestarás a una pregunta? –Richard asintió con la cabeza–. ¿Mandasteis las cartas que os di para que se las mandaseis a mi hermano? Te agradecería que me dijeses la verdad.

Quizá Richard supiese que podría ser la última vez que se viesen cara a cara o quizá aceptó que ese hombre nunca sería su hijo, pero, fuera como fuese, remachó el último clavo.

–No, no las mandamos.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Todo el mundo nos aconsejó que si querías integrarte…

–No –volvió a interrumpirle Daniil–. Os adecuasteis los consejos que os dieron y buscasteis marionetas que os dijeran lo que queríais oír.

–Daniel, estarías en el arroyo o encerrado. Con el temperamento que tienes…

–Richard –le interrumpió Daniil por enésima vez porque no pensaba volver a llamarlo «padre»–, *otyebis ot menya*.

Le dijo que se fuese al infierno, aunque no de una forma tan delicada, y que se quedase allí. No podía soportar estar un segundo más en la misma habitación que él. Anhelaba esa puerta que lo separaría de su familia de la que había hablado Libby, esa intimidad. Sin embargo, mientras subía las escaleras, no pudo resistirlo y abrió la carta. Lo único que pudo ver fue que no era de Roman, sino de Sev y que le decía que iba a estar un día en Londres y que si podían verse. ¡La había mandado hacía cinco años!

Vio el retrato de esa supuesta familia en el recodo de la escalera y tuvo ganas de arrancarlo y pisotearlo o de llamar al piloto para marcharse en ese instante, pero se acordó de que le había dicho a Libby que durmiese un rato y no quería sacarla de la cama por un

arrebato de rabia.

Fue a un balcón y observó a los invitados que se marchaban, también miró el paisaje en penumbra, como había hecho muchas veces de joven, y acabó sacando la carta para leerla de verdad.

¡Hola, Shishka!

Daniil apretó los dientes al leer ese nombre, pero también sonrió por los recuerdos y siguió leyendo.

Conocí a una mujer que me deseaba porque era ruso; estaba colgada de un hombre con el que se había acostado una vez, con Daniel Thomas. No me pareció muy ruso e indagué. ¡Te ha ido muy bien!

Voy a pasar un mes en Estados Unidos enriqueciendo más a un hombre que ya es rico, pero el doce de noviembre estaré en Londres. No sé dónde proponerte que quedemos, el único sitio que conozco allí es un palacio. ¿Te parece bien a mediodía?

Espero no complicarte las cosas por haberte escrito.

Sev

No decía nada ni de Roman ni de Nikolai ni de nada de sus vidas y él ansiaba saber algo, cualquier cosa sobre el pasado que había tenido que abandonar a la fuerza. Sin embargo, ya había llegado cinco años tarde. Miró el cielo negro y sin estrellas, tan parecido a su estado de ánimo. Aunque el día había sido cálido, era una de esas noches frescas que anunciaban el final del verano.

¿Anunciaba el final de ellos?

Quería volver a su dormitorio tan egoístamente como había querido que Libby estuviese allí esa noche. Quería que estuviesen los dos solos en su mundo sin complicaciones, pero también era consciente de que su estado de ánimo era muy sombrío. El comentario de George era como un gusano que lo corroía por dentro. Intentaba restarle importancia porque sabía lo ponzoñoso que podía llegar a ser, pero, como siempre, había cierta parte de verdad. ¿Hasta cuándo sería feliz Libby? ¿Cuánto tendría que soportar hasta que se le borrara para siempre la sonrisa permanente que tenía en el rostro? Él no tenía experiencia con las relaciones, ningún clavo ardiendo al que agarrarse con esperanza, nada que rememorar. Tenía recuerdos vívidos de otro tiempo, pero era mejor no recordarlos. Roman no había hecho nada para buscarlo, ni Nikolai. Lo único que tenía de ese pasado era una carta que le escribió Sev hacía cinco años. No era gran cosa y no le infundía la confianza en sí mismo que necesitaba para transmitirle a

ella la decepción y el vacío que sentía esa noche. Era preferible dejarla al margen. s

Capítulo 10

LIBBY no estaba dormida.

Cuando entró en el que había sido el dormitorio de Daniil, le pareció como si no solo los helicópteros le dieran vértigo porque tuvo la extraña sensación de que todo el cuarto se movía. Se sentó en la cama un poco mareada y se preguntó si le habría sentado mal algo que había comido o bebido. Sin embargo, era imposible porque el champán que había bebido en el brindis le había sabido amargo y solo había podido dar un sorbo.

Decidió que estaba demasiado cansada, y lo estaba. Había estado muy ajetreada con la nueva escuela, los bancos, la velada informativa y otras cosas. Eso tampoco tenía sentido. Lo que para algunos podrían haber sido unas semanas agotadoras, a ella le parecían unas vacaciones. Estaba acostumbrada a levantarse a las seis de la mañana para hacer ejercicios de calentamiento y empezar la primera clase de danza a las ocho. Los ensayos empezaban a las diez y había actuado por la mañana y la tarde y, aunque sus papeles hubiesen sido pequeños, no se acostaba antes de medianoche. Además, también había tenido que ensayar aunque fuese para papeles de suplente.

No, aunque se sintiera molida, no tenía ningún motivo para estar cansada. ¿Sería por el desasosiego de haberse enamorado de un hombre que le había advertido desde el principio que no se encariñara demasiado con él? Quizá Daniil hubiese debido ser más concreto, quizá hubiese debido decirle también que no siguiese adelante e hiciese algo tan necio como quedarse embarazada. Allí, tumbada en la cama y mirando las escayolas del techo, se lo dijo por primera vez y se regañó a sí misma por exagerar de esa manera. Ni siquiera se le había retrasado el periodo… casi. Sin embargo, la amenorrea era la maldición de las bailarinas.

Se incorporó de un salto cuando llamaron a la puerta. Sabía que Daniil no llamaría y se preguntó si Richard o Katherine estaban a punto de entrar. Volvieron a llamar.

–Adelante.

Se abrió la puerta, vio que era Marcus con una bandeja y suspiró con alivio.

–He pensado que podría apetecerle un poco de té.

–Gracias, es usted muy amable.

No solo había té, también había unas galletas, un trozo de tarta y una jarra de agua helada. ¡Era muy considerado que le llevaran comida mientras estaba encerrada!

–¿Daniil sigue hablando con su padre?

–No estoy seguro –contestó Marcus mientras le servía el té y esbozaba una sonrisa tensa y muy elocuente–. No creo que duren mucho.

–¿Siempre hay esta tensión cuando Daniil está aquí? –preguntó Libby mientras tomaba la taza.

Sabía que estaba preguntando más de la cuenta, pero no podía evitarlo. Esperó que le contestara algo vago, cortés y ligeramente cortante, pero la taza tembló en el plato cuando Marcus contestó mucho más francamente de lo que ella había esperado.

–Siempre hay esta tensión.

Sorprendida por su indiscreción, miró el rostro amable del mayordomo y se preguntó si se retractaría o intentaría disimular lo que acababa de decir, pero él estaba mirándola fijamente, casi como si la invitara a hablar.

–¿Y aun así se ha quedado después de la jubilación?

–No. Algunas veces decimos cosas solo para… apaciguar, aunque, naturalmente, Daniil nunca ha dominado ese arte –él miró alrededor–. Me acuerdo del día que llegó. Yo estaba a punto de firmar la jubilación, no quería volver a tener que soportar a otro preadolescente que me dijera lo que tenía que hacer, pero cuando él llegó… –Marcus sacudió la cabeza–. Bueno, era tan doloroso…

Ella tragó saliva y abrió la boca para decir algo porque le dolía que describieran así a Daniil, pero volvió a cerrarla cuando Marcus siguió hablando.

–Era demasiado doloroso como para dejar a un niño que lo sobrellevara solo, sobre todo, cuando no sabía inglés.

Era lo más perspicaz que había oído en su vida.

–¿Y se quedó?

–Sí, decidí quedarme unas semanas para allanarle el camino y se convirtieron en meses y años. Decidí marcharme cuando Daniil fue a la universidad.

–Pero no lo hizo.

–Entró una cocinera nueva –Marcus sonrió, miró la bandeja que había llevado y vio que la tarta estaba intacta–. Shirley. No tiene ni idea de la cantidad de veces que ha intentado que le saliera bien esa tarta… –no aclaró nada más–. Naturalmente, no les dijimos nada a los Thomas. Nos habrían instalado en una habitación para parejas con la

mitad de salario.

–¿Por qué me cuenta todo esto?

–Porque lo ha preguntado –contestó Marcus–. Eso es muy raro por aquí. Además, basta decir que Shirley y yo nos jubilaremos dentro de unas semanas y no puede llegar en mejor momento.

Él no dijo nada más. Se limitó a sonreír y a desearle buenas noches. Cuando ya se había marchado, Libby se desvistió, se metió en la enorme cama y apagó la luz de la mesilla. El ruido le llegaba y echó de menos las ventanas con cristales dobles de su pisito que impedían que oyera el ruido de los autobuses y los coches. Allí, las ventanas eran viejas y podía oír a los invitados que se marchaban, el crujido de la gravilla bajo las ruedas de los coches, los helicópteros que se elevaban en el cielo e, incluso, la voz de sir Richard que se reía por algo que había dicho alguien y le deseaba buen viaje. También oyó una carcajada de George, pero no oyó que Daniil estuviese hablando con ellos.

Tumbada y sola, cuando ya eran casi las tres de la madrugada, se preguntó si Daniil se habría marchado ya. No sabía si, sencillamente, se habría marchado de repente. Quizá se hubiese olvidado de que ella estaba allí, como si fuese una bolsa olvidada en un tren que echaría de menos al día siguiente y que intentaría recuperar sin muchas ganas.

Recordaba muy bien lo cautelosa que había sido cuando aceptó su invitación a cenar aquella primera noche. Entonces, se cercioró de que tenía bastante dinero en la cartera para poder escapar. Esa noche, no tenía nada. Lo único que podía hacer era preguntarse por qué prefería estar solo que con ella… si estaba solo.

Las dudas eran tan negras y alargadas como las sombras que se proyectaban en las paredes. El miedo de que pudiese estar embarazada no ayudaba a que se quedara dormida. Sentía la necesidad de acelerar las cosas, de saber exactamente qué tenía entre manos, y seguía con los ojos muy abiertos cuando, después de las cuatro, se abrió la puerta y Daniil entró.

–¿Dónde estabas? –le preguntó ella mientras escuchaba cómo se desvestía.

–Jamás he contestado a esa pregunta y no voy a empezar ahora.

–Entonces, tenía que quedarme aquí tumbada y esperándote…

–No te pedí que me esperaras despierta.

En realidad, le desconcertaba que lo hubiese hecho. Había dado por supuesto que Libby llevaría mucho tiempo dormida. Estaba acostumbrado a tener sus horarios y no estaba acostumbrado a dar explicaciones.

–Espero que ella mereciese la pena.

Libby cerró los ojos y se arrepintió en cuanto dijo la frase. Parecía celosa, recelosa y ansiosa, pero se sentía como si hubiese pasado cuatro horas esperando a que volviera el señor de la casa.

–¿Estabas con Charlotte?

–¡Madura! –exclamó Daniil–. ¿De verdad crees que he pasado las últimas cuatro horas seduciendo a un espectro de mi pasado? ¿Crees que he estado magreándome con la hija del doctor Stephenson para…?

Él se calló y ella siguió escuchando mientras se desvestía.

–¿Eso era lo que hacías? –preguntó Libby–. ¿Era parte de tu rebeldía?

–Sí –contestó él con despreocupación.

–¿Ha habido alguna examante más esta noche? –preguntó ella desquiciada.

–Muchas –contestó Daniil–. El bar del pueblo cierra a las once… y era demasiado temprano para volver a este agujero infernal.

Él se metió en la cama y ella sintió el frío debajo de la sábana. Entonces, se dio cuenta de que había pasado todo ese tiempo fuera… en vez de estar con ella.

–Lo único que sé… –empezó a decir Libby, pero no terminó.

–¿Qué es lo único que sabes?

–Nada –reconoció ella–. No sé dónde estamos ni a dónde nos dirigimos…

Ella se dio la vuelta y lo miró. Estaba tumbado de espaldas, con las manos debajo de la cabeza y mirando al techo. Estaban en la misma cama, pero era como si él estuviese en otro cuarto.

–A ningún sitio –dijo Daniil–. La noche que nos conocimos te dije que no íbamos a ninguna parte.

–Malnacido.

–No tienes ni idea de lo malnacido que puedo llegar a ser, Libby.

–Estoy empezando a comprobarlo. No entiendo qué ha pasado. Sé que ha pasado algo, pero tú, en vez de decírmelo, me dejas aquí preguntándome dónde estarás.

–Si tienes que saberlo, he estado en la balconada.

–Quiero saberlo.

Era exigente. Con ella, era todo o nada, así vivía su vida. Con Daniil notaba que debería contenerse, fingir despreocupación, pero ella no era así.

–¿Sabías algo sobre una carta para mí?

–Sí, creo que era sobre tu herencia… –contestó Libby con ambigüedad.

–No, era una carta dirigida a mí.

–¿Cómo iba a saberlo?

–Duérmete –contestó él.

–Como si fuera tan fácil. Lo siento si no soy lo suficientemente imperturbable para ti. Te pido perdón por no poder dormir el sueño de los justos si no tengo ni idea de dónde estás.

Nadie le había esperado despierto jamás. Alguna vez, Marcus le había abierto la puerta si había llegado tarde y sin llaves, pero eso era lo máximo que se habían preocupado por él en esa casa.

Recordaba una Nochebuena, cuando tenía unos diecisiete años, y le apetecía más pasar la noche en el bar del pueblo que con sus padres, George y la familia del doctor Stephenson. No pudo conseguir un taxi en el pueblo y, absurdamente, decidió ir andando hasta su casa bajo la nieve. No había tenido en cuenta que la falta de señales, o las bebidas que tenía en el estómago atenazado por el miedo, podrían complicarle el recorrido. Acabó dándose por vencido y se refugió en un granero, hasta que se despertó al amanecer y recorrió el último kilómetro que quedaba hasta su casa. Marcus le había abierto la puerta y él, siguiendo el sonido de las voces, había entrado en la sala, donde sus padres y George estaban abriendo los regalos. Tenía el pelo cubierto de nieve y la ropa mojada por haber dormido casi a la intemperie, pero lo que de verdad lo dejó helado aquella Navidad fue la reacción de su madre.

–¡Oh! –había exclamado ella encogiéndose un poco de hombros–. Creíamos que seguías en la cama.

Miró a Libby y comprendió que su rabia estaba dirigida hacia la persona equivocada.

–Creía que estarías dormida.

–Pues no lo estaba.

–Me he enterado ahora.

Había entrado en el cuarto decidido a mantenerse alejado, pero se acercó a ella, buscó su boca para besársela y la acarició, pero ella le apartó las manos con un manotazo.

–Prefieres acostarte conmigo que hablar conmigo.

–Esta noche, sí.

–Mala suerte –replicó ella–. No puedes dejarme de lado media noche y esperar que te reciba con las piernas abiertas…

Él se dio media vuelta y ella se arrepintió de su actitud, pero, aun así, se negaba a ceder. Se quedó dándole la espalda y, probablemente, tan sola y asustada como se había sentido Daniil durante todos aquellos años en ese cuarto. Al fin y al cabo, su problema era el mismo que había tenido él; era doloroso aceptar que no era querida.

Capítulo 11

DEBIÓ de quedarse dormida porque se despertó cuando oyó que Daniil estaba duchándose y se acordó de la pelea que habían tenido. Quizá hubiese sido demasiado arisca. Sabía, por lo poco que él le había contado, que volver a esa casa iba a ser doloroso para él, pero también estaba cansada de acallar sus problemas con el sexo.

Lo miró mientras salía del cuarto de baño, seguía malhumorado. Se secó y ella miró ese cuerpo bello y sensual. Debería darse una medalla por haber sido capaz de negarse la noche anterior. Sin embargo, estaba cansada de estar montada en una montaña rusa. Se había pasado casi todo un año montada en una debido a su menguante carrera profesional. Cuando se bajó de esa, se montó inmediatamente en otra que se llamaba Daniil, pero se había olvidado de atarse el cinturón de seguridad. Había llegado el momento de remediarlo. –¿Vamos a bajar a desayunar? –preguntó ella cuando el estómago le indicó que lo agradecería.

–No.

–Vaya, gracias por mantenerme informada.

Fue al cuarto de baño, vio que tenía los labios y la piel pálidos y rezó para que se debiera a que estaba llegándole el periodo. Eso le pareció mientras se duchaba porque sentía los pechos hinchados y sensibles cuando se los tocaba.

Sencillamente, no podía estar embarazada. Aparte de que eso significaría que el padre era el libertino más empedernido de Londres, también había que tener en cuenta otra cosa que se llamaba Escuela de danza Libby Tennent. Era la culminación de toda una vida de trabajo y de todo su porvenir. Durante un tiempo, la escuela de danza le había parecido un último recurso, pero, en ese momento, era donde tenía depositadas todas sus esperanzas.

Era posible que la rabia de la noche anterior y de esa mañana fuese un poco ilógica y mal orientada, pero así era como se sentía. «Ilógica» y «mal orientada» describían muy bien su conducta desde que Daniil había entrado en su vida.

Salió de la ducha, se miró en el espejo y no se dio la vuelta cuando Daniil apareció detrás de ella con unos vaqueros y una sudadera negros. Ella, aparte de desnudo, nunca lo había visto con nada que no

fuese un traje y le irritó que estuviese mejor todavía, si eso era posible. Estaba sin afeitar y tenía el ceño fruncido, pero su expresión era la misma que el humor de ella.

–No has llamado.

–Ya sabes lo que pienso de llamar a las puertas –replicó él–. ¿Qué pasa, Libby? –preguntó antes de dejar escapar una risotada seca por haberlo preguntado–. Aparte de que anoche no volviera, pero estábamos muy bien hasta entonces.

–No, no lo estábamos –le corrigió ella.

Estaba desnuda, pero nunca se lo sentía con él y se dio la vuelta sin recato para mirarlo a la cara.

–¿Ha habido alguien más desde que estás conmigo?

Él parpadeó por esa pregunta tan directa y se encogió de hombros al suponer que seguía refiriéndose a Charlotte. No tenía que pensarlo ni dar evasivas.

–No.

–Entonces, ¿llevamos un mes saliendo?

–No creo que llegue a un mes.

Eso sí era una evasiva.

–Sí –Libby asintió con la cabeza y empezó a contar con los dedos–. Cenamos y a la semana siguiente fui a tu despacho, a la semana siguiente tú fuiste a mi escuela y una semana después estamos aquí.

–Y esta noche me marcho al extranjero por trabajo y pasaré fuera algunas noches –a él no le gustaban los juegos con números y no quería que se lo confirmara, pero habían estado juntos durante un mes–. No sé a dónde quieres llegar.

–Entonces, te lo explicaré.

Ella no tenía nada que perder, ni siquiera el orgullo, lo había perdido hacía mucho en lo relativo a Daniil. Estaba cansada de que las cosas fuesen unilaterales, estaba cansada de malgastar sentimientos con un hombre tan reacio a devolverlos.

–No tengo tu número de teléfono, tu piso es como Fort Knox y tu recepcionista es tan intimidante que…

–Sigo sin saber a dónde quieres llegar.

–Entonces, escucha. Quiero flores, quiero conversación, quiero llamadas de teléfono, mensajes y regalos… –él fue a abrir la boca, pero ella se le adelantó–. Antes de que me acuses de pedir regalos caros, no es lo que quiero. Estoy cansada de vivir en el filo de la navaja. No se trata solo de que quieras volver a verme o no, Daniil. Se trata de que yo también quiera volver a verte o no y, si no puedes tomarte la molestia de descolgar el teléfono para preguntarme cómo me ha ido el día, entonces ya no quiero que formes parte de él.

Estaba harta de alargar los finales. Si él no podía ofrecerle nada más que una visita semanal, entonces habían acabado.

–¿Eso es todo? –preguntó él.

–Eso es todo.

Ella volvió al dormitorio y abrió la bolsa de viaje que había hecho con tantas esperanzas.

–No creas que puedes volver de ese viaje de trabajo y retomar las cosas donde las hemos dejado.

–¿Por qué iba a querer retomarlas donde las hemos dejado? Si no recuerdo mal, anoche no fue…

–No se trata solo de sexo.

–Para mí, sí.

–Entonces, efectivamente, anoche trajiste a la chica equivocada.

–No me gusta que me atosiguen…

–Te digo lo mismo –le interrumpió Libby–. Entonces, estás con la persona equivocada. Soy cariñosa y efusiva. Si quieres una amante despreocupada, estás con la mujer equivocada. No voy a fingir que no me preocupo solo porque eso es lo que tú prefieres.

–¿Has terminado?

–Sí.

Había terminado.

Libby fue tan encantadora con sus padres como lo había sido cuando llegó y, cuando Marcus llegó del helicóptero, donde había dejado su equipaje, le dio un cariñoso abrazo. Esa vez no se tomaron la mano mientras el helicóptero despegaba. Ella, en cambio, cerró los ojos y dormitó durante el viaje de vuelta. Se quedó en silencio incluso durante el trayecto en coche a su casa.

–Cuando vuelva, a lo mejor podríamos… –empezó a decir Daniil, pero ella ya estaba bajándose del coche.

Podía ver que la cortina ondulaba y supo que Rachel estaría esperándola para que le informara y que la reñiría por no haber mantenido la frialdad, pero con Daniil no existía la tibieza, ya no podía quedarse de brazos cruzados y esperar a ver qué era lo siguiente que hacía. Libby dio su ultimátum.

–No llevo bien los «a lo mejor» y, si piensas dejarlo hasta entonces, no te molestes en llamar, será demasiado tarde… y lo digo en serio.

Su coche no se quedó esperando a que ella hubiese entrado y ella tampoco se dio la vuelta para despedirse con la mano. Él estaba dentro o fuera, no iba a nadar entre dos aguas, y ella tampoco.

Solo esperaba que en algún momento del siglo su corazón lo asimilara.

Esa noche, para su vergüenza, Libby se llevó el teléfono a la mesilla y lo enchufó al cargador… por si acaso. Sin embargo, cuando se despertó no había ni llamadas ni mensajes ni flores. Se recordó que estaba en un viaje de trabajo, pero era una excusa muy mala porque, si hubiese querido, habría podido mandarle un koala.

El martes pasó lo mismo y, además, el período no dio señales de vida. Cuando entró en el piso por la tarde y vio a Rachel, fingió que no miraba por toda la casa para ver si encontraba flores.

–¿Ha llamado alguien? –preguntó en un tono muy despreocupado.

–Tus padres son los únicos que llaman al teléfono fijo –contestó Rachel–. Te advertí…

–Podría estar volando todavía…

–Claro, y su piloto personal le ha dicho que apague el teléfono. No deberías haberlo presionado tanto.

Libby le había contado parte, no todo, del fin de semana que habían pasado juntos.

–¿Por qué? –preguntó Libby–. Estaría dejándome de lado en este momento hubiera dicho lo que hubiese dicho. Al menos, así sé que no está interesado.

El miércoles hizo ejercicios de puntas con un grupo de niñas de cuatro años muy nerviosas mientras oía el llanto de unos bebés en la diminuta sala de espera.

Era imposible que estuviese embarazada, decidió señalándose los dedos de los pies.

–Buenas puntas –dijo ella decidiendo que solo sentía añoranza–. Unas puntas muy, muy malas –siguió mientras se preguntaba por qué habría sido tan necia de hacerlo sin protección.

Ocho niñas parpadearon al oír la extraña risotada que había dejado escapar su profesora de ballet.

–Buenas puntas –repitió Libby porque, al fin y al cabo, él no había… explotado dentro de ella.

Sin embargo, enseguida volvieron las puntas malas y los pensamientos sombríos cuando pensó que él era muy potente y que su esperma podría ser igual, que podría haberse abierto paso hasta sus ovarios como él lo había hecho hasta su corazón.

Mientras esperaba a que llegaran las alumnas mayores, fue a su taquilla y miró la prueba de embarazo que se había comprado y no se había atrevido a utilizar. Le daba miedo saberlo.

A última hora de la tarde tenía distracción con una clase de adultos jóvenes, pero, por el momento, tenía un grupo de tres; Sonia, una chica que se llamaba Oonagh y un muchacho que se llamaba Henry

que tenía tanto talento que le emocionaba y asustaba tener la posibilidad de moldearlo.

Sin embargo, los miedos la atenazaron cuando iba hacia su casa. Podría sobrellevar un corazón roto y, probablemente, un embarazo inesperado. Lo que le descomponía el estómago era Daniil Zverev. Era el hombre más distante e inaccesible que había conocido, la antítesis de ella. Un hombre que le había dicho desde el principio que no se apegaba a nadie y que cada día era más probable que fuese a ser el padre de su hijo.

–Pareces un cadáver –comentó Rachel cuando entró por la puerta–. Ha llamado tu padre…

–Lo sé. Acabo de hablar con él.

El doctor Stephenson iba a jubilarse y le había preguntado a Lindsey si podría organizarle una fiesta. También le había preguntado si a Libby le importaría ir a Oxford para hablar del asunto.

–Estaba muy impresionado –había comentado Lindsey.

–No voy a reunirme con él, papá.

–Eres un punto de contacto.

–No, no lo soy –había replicado ella.

Lo que le faltaba era un viaje a Oxford, un viaje por los recuerdos cuando, al parecer, iba a tener que dedicar los próximos meses a olvidarse de Daniil… y a aumentar de tamaño por él. Miró a Rachel y se preguntó si debería contarle a su amiga lo que le rondaba por la cabeza. Sabía que saldría corriendo a la farmacia y que sabría el resultado al cabo de media hora. Quizá ya lo supiera.

–No me has preguntado si ha habido llamadas o han traído algo –comentó Rachel.

–Me lo habrías dicho –Libby suspiró–. Por favor, no me digas que me lo advertiste.

–No te lo diré.

–Es posible que hubiese tenido que hacer lo que dijiste y…

–No –la interrumpió Rachel–. Si lo hubieses hecho, se habría llevado una sorpresa muy desagradable al cabo de unas semanas o unos meses. Tienes razón, es mejor que seas tú misma desde el principio.

–¿Aunque sea agobiante y exigente?

–Sí, me siento orgullosa de que te mantuvieses firme.

–Verás, él me advirtió de que no me enamorara, yo debería…

No terminó la frase porque su móvil recibió un mensaje y ella dio un salto.

–¡Oh! –exclamó Libby con júbilo cuando lo leyó–. Es de Daniil.

–¿Qué dice? –le preguntó Rachel mientras ella ya estaba tecleando.

–«Hola, Daniil».

–¿Eso es todo?

Rachel intentó arrebatarle el teléfono, pero ya era demasiado tarde y Libby ya había mandado la respuesta. Flores, corazones, besos… había empleado todos los emoticones posibles y Rachel estaba anonadada.

–Creía que estabas orgullosa porque soy yo misma –dijo Libby mordiéndose las uñas.

Sabía que su respuesta había sido excesiva y le gustaría poder retirarla. Sin embargo, vio la señal al lado del mensaje que indicaba que lo habían leído.

–Debería haberme limitado a decir «hola».

–Deberías haber esperado dos horas antes de decir «hola» –le regañó Rachel.

–Lo sé, es que…

Entonces, sonó el teléfono.

–¡Daniil! –exclamó Libby.

Él sonrió por el evidente placer que captó en su voz. No podía compararse con nada, era espontáneo, sin tapujos, era ella en estado puro.

–Te echaba de menos –dijo ella mientras Rachel se llevaba las manos a la cabeza.

–Yo también te echo de menos –reconoció él–. Además, te llamo para decirte que te mentí.

–Estoy segura –replicó ella mientras iba a su dormitorio despidiéndose con la mano de Rachel–. ¿Sobre qué? ¿Sobre Charlotte?

Daniil se rio por el tono tajante de su voz.

–No miento sobre cosas sin importancia. No estoy en un viaje de trabajo, estoy en Rusia.

–Ah…

–Estoy intentando descubrir qué pasó con los demás.

–¿Has tenido suerte?

–La verdad es que no –contestó él antes de cambiar de conversación–. ¿Qué tal estás?

Libby vaciló. Quería decirle que estaba flotando en una nube por oírlo, quería contarle que su período estaba en paradero desconocido y que jamás había estado tan asustada, pero consiguió morderse la lengua.

–Ocupada –contestó ella–. Las clases están llenándose.

–Eso está bien.

–¿Por qué has llamado? –preguntó ella.

–No me gustaba cómo dejamos las cosas. La otra noche fui un

malnacido…

–Ya lo sé –le interrumpió ella.

–No quería serlo. Creía sinceramente que estarías dormida.

–Ahora ya lo sé. ¿Qué decía esa carta que te dio tu padre?

–¿Tenemos que hablar de eso? –le preguntó Daniil.

–No –contestó ella. Sin embargo, era como si supiera que sus padres estaban fuera y que sus regalos de Navidad estaban en un armario–. Sí.

–No tienes paciencia.

–Ni la más mínima.

–De acuerdo, era una carta de Sev.

–¿Uno de tus amigos del orfanato?

–Sí. Debió de encontrar la dirección de mis padres y la mandó allí. Me pedía que nos encontrásemos delante de Buckingham Palace. Supongo que era el único sitio que conocía de Londres, pero mis padres no me la dieron hasta esa noche. Mi padre me dijo que no querían remover el pasado.

–¿Cuánto hace que la mandó?

–Cinco años.

–¿Qué decía?

–Eso…

–Dímelo.

Daniil suspiró y tomó la carta que acababa de leer.

–Dice: Hola, *Shishka*…

–¿*Shishka*…?

–Es una forma de decir «pez gordo» en argot. Empezaron a llamármelo cuando se enteraron de que iban a adoptarme.

–¿Qué más dice?

Daniil no sabía si traducirle literalmente lo que seguía, pero acabó contándole lo de la mujer con la que casi se acostó Sev y lo de la cita delante de Buckingham Palace aquel mediodía de noviembre.

–¿Qué más?

–Nada más –contestó Daniil–. Bueno, dice que espera no complicarme las cosas por haberme escrito.

–¿Por qué iba a complicártelas?

–A lo mejor creía que no quería saber nada de él.

–Al menos, es un paso.

–No aporta nada, no hay una dirección de contacto ni un apellido. No hay más información. No nos enseñaron a escribir cartas.

Él había rebuscado por todos los rincones de su memoria para intentar acordarse de los apellidos de Sev y Nikolai, pero no los habían usado ni necesitado donde habían vivido.

–¿Has estado en el orfanato?

–Ahora es un colegio –contestó él–, pero he estado preguntando. Sergio, el encargado de mantenimiento, ya se ha muerto, pero esta tarde hablé con su esposa. Sev consiguió una beca para un buen colegio y Nikolai se marchó cuando tenía catorce años.

–¿Adónde?

–Se escapó –Daniil se quedó un momento en silencio–. Se ahogó.

–No…

Daniil siguió hablando en voz baja, ya había llorado la noche anterior.

–Al parecer, Katya, la cocinera, se marchó a San Petersburgo para estar con su hija, Anya.

–¿Y Roman?

–Nada. Estoy intentando averiguar si hizo el servicio militar, pero, aparte de eso, no hay más pistas.

–Bueno, faltan un par de meses para noviembre. ¿Por qué no intentas encontrarte con Sev entonces?

–Llego cinco años tarde –contestó Daniil.

–Bueno, aun así, merece la pena intentarlo. Si yo hubiese escrito esa carta, estaría allí todos los años con una rosa, como algo triste del pasado…

–¿Podemos empezar otra vez? –preguntó Daniil con una sonrisa.

–¿Podemos? –preguntó ella deseando que fuese tan fácil.

–He pensado que podríamos salir, tener una cita de verdad. He comprado entradas para *El pájaro de fuego*. Podría recogerte para salir a cenar…

Libby se quedó en silencio tumbada en la cama. No había visto una obra de ballet desde que tomó la decisión de terminar su carrera y no sabía si estaba preparada para ver tanta belleza sin participar en ella. Sabía que sentiría anhelo, pero él estaba haciendo un verdadero esfuerzo para darles otra oportunidad.

–No sé… –empezó a decir ella.

Daniil, sin embargo, empezó a recitar *Un viaje de invierno,* de Polonsky, en el que estaba basado el ballet.

–«Y en sueños me veía a lomos de un lobo,
Cabalgaba por el sendero del bosque
Para luchar contra un temible rey
Que tenía encerrada bajo siete llaves a la princesa,
Enclaustrada entre murallas descomunales.
Los jardines rodeaban un palacio de cristal,
Los pájaros de fuego cantaban
Y picoteaban frutas doradas».

Ella se estremeció al oír su voz.

–Sev nos leía por la noche –le explicó Daniil acordándose de aquellos tiempos–. Ven y, por una vez, verás un lobo bueno.

–¿Acaso existe?

–Es posible que haya llegado el momento de averiguarlo.

Cuando terminó la llamada, Libby se preguntó si había hecho bien al aceptar. Decidió que tenía que estar bien mientras se levantaba de la cama. Una cita de verdad. La primera de ellos.

–¿Y bien? –le preguntó Rachel en cuanto salió del dormitorio.

–El sábado va a llevarme a ver *El pájaro de fuego*.

–¡Qué considerado! –Rachel puso los ojos en blanco–. Menudo majadero insensible.

–Él no lo sabe.

–Entonces, cuéntale lo que me contaste hace un par de semanas, que te aterra ver una obra…

–Eso fue hace un par de semanas.

–¿Estás segura?

Libby asintió con la cabeza y fue a mirar el calendario que tenían en la nevera para saber con antelación los planes de cada una. *El pájaro de fuego*, escribió con decisión a pesar de que sentía náuseas solo de pensarlo, aunque la verdad era que sentía náuseas todo el rato… Retrocedió en el calendario y recordó la última semana que había pasado con la compañía, cuando reprochaba a ese momento del mes sus lágrimas y su humor cambiante. Iba a tener la primera cita con Daniil y ya no había vuelta atrás, tenía un retraso de cinco días.

Capítulo 12

LIBBY se puso un sencillo vestido negro y unos zapatos del mismo color, tuvo mucho cuidado con el maquillaje y, esa vez, no se sentó en el antepecho de la ventana mientras esperaba a Daniil. No estaba haciéndose la tranquila, era, sencillamente, que no podía relajarse.

–¿Cuándo volvió del viaje de trabajo?

–No estoy segura –contestó Libby.

En total, había sido un mensaje y una llamada. Había tenido que hacer un esfuerzo titánico para no llamarlo todas las noches, para no mandarle un mensaje preguntándole cuándo volvería o para confirmar la hora. Nada de flores ni de muestras de cariño cibernéticas otra vez. Aun así, vivía en ascuas por la gentileza del hombre con el que iba a salir esa noche.

–Estoy deseándolo –le reconoció a Rachel–, es que…

–Lo sé.

–Seguramente disfrute cuando esté allí –añadió Libby, aunque para convencerse a sí misma.

Quería ver a Daniil y esa noche era importante por muchos motivos. Era su primera cita y una forma de empezar de cero para los dos. Sin embargo, lo que la abrumaba no era solo que fuese a ver *El pájaro de fuego* y fue al cuarto de baño por segunda vez en una hora. Estaba a punto de convencerse a sí misma de que esa sensación de náusea permanente era por los nervios. ¿Cómo podía decírselo a él? No podía, aunque no era de las que podían contener los sentimientos. Al menos, hasta que estuviese segura.

–¡Ha llegado Daniil!

La voz de Rachel le llegó por el estrecho pasillo mientras se lavaba los dientes y esbozaba una sonrisa forzada. Esa noche conllevaba muchas cosas y quería concentrarse en ellos dos, al margen de todo lo demás.

Recorrió el pasillo. Rachel lo había dejado entrar y ya estaba en el recibidor y en su vida otra vez. Lo malo de verlo tan poco era que cada vez que lo veía rememoraba su belleza con todo detalle. La última vez, llevaba vaqueros, estaba sin afeitar y tenía el pelo un poco largo. Esa noche, el susodicho pelo estaba peinado hacia atrás, pero era más largo de lo que recordaba. Todavía tenía esa barba incipiente

meticulosamente cuidada y su piel era tan blanca como la de ella, pero sin el tono británico de nata y melocotón. Hasta la cicatriz parecía descolorida.

–¿Cuándo has llegado? –le preguntó ella.

–Hace un par de horas.

Todo la desasosegaba; su belleza, su acercamiento cauteloso… ni siquiera había sabido en qué país estaba…

Libby fue a recoger su bolso y él se dio cuenta de que no le había dado un beso, que no se había abalanzado entre sus brazos, que no le había enseñado la casa. Solo había recibido el mismo ceño fruncido de Rachel mientras Libby, bastante tensa, se despedía de ella.

–Tu compañera de piso no me acepta –comentó él mientras iban al restaurante en coche.

–Ella solo…

Libby se encogió de hombros. Quizá fuese el momento de decirle lo que iba a contarle esa noche, pero decidió no hacerlo, estaba segura de que él no lo entendería.

Estaba tensa e incómoda y, sin embargo, no tenía nada que ver con él. Mientras se sentaba en el restaurante, no sabía si tenía el estómago revuelto por ir a ver *El pájaro de fuego* o por el olor de ajo que llegaba de la cocina.

–¿Te apetece ir al ballet? –le preguntó él.

–Claro –ella forzó una sonrisa mientras ojeaba la carta–. La coreografía debe de ser fantástica.

El camarero se acercó y Daniil quiso decirle que les diera diez minutos más, pero, si querían llegar a tiempo a la representación, tenían que pedir en ese momento. Ojeó la carta mientras Libby se lo pensaba.

–Me gustarían las vieiras… –empezó a pedir Libby.

Entonces, vio que las servían con una salsa de mantequilla y, evidentemente, su estómago no iba a aceptarlo. Pensó en pedir *risotto*, pero llevaba queso de cabra y eso también le dio ganas de vomitar.

–En realidad, tomaré un consomé.

–¿Y de segundo? –le preguntó el camarero.

–Nada, solo el consomé.

–¿Vas a cenar una sopa? –le preguntó Daniil frunciendo el ceño al acordarse de que le había dicho que perdía el apetito cuando estaba nerviosa o estresada.

–Por favor, no me eches sermones sobre lo que tengo que comer –contestó ella en tono cortante.

Él lo intentaba, pero estaba muy pálida, le brillaban los ojos por las lágrimas y estaba seguro de que era culpa suya. Había visto la

expresión de cautela del rostro de Rachel cuando le abrió la puerta y las palabras de George lo corroían por dentro. Parecía como si Libby Tennent ya no fuese feliz. No, no era la mejor de las cenas.

A pesar de que la compañía era impresionante, de que tenía todas las chocolatinas del mundo y las mejores localidades del teatro, cuando Libby miró el telón que se levantaría enseguida, solo pudo sentir que estaba en el lado equivocado. Ojeó el programa y supo que no debería haber ido. Las biografías le dieron ganas de llorar y el ruido de la orquesta mientras se iba sentando, el ambiente expectante, todo le dio ganas de salir corriendo a su casa. Se dio la vuelta para mirarlo, para decirle que, probablemente, ese era el peor sitio del mundo donde podía estar en ese momento.

–¿No podríamos…?

No terminó la frase porque una voz anunció que el papel de Pájaro de Fuego lo representaría esa noche la bailarina suplente Tatiana Ilyushin. Para Libby fue como si le echaran sal en la herida. Repasó el programa y vio que esa bailarina solía representar a una de las trece princesas. Esa noche, Tatiana tendría la ocasión de destacar, era la ocasión con la que ella había soñado cuando su carrera había empezado a decaer.

Daniil, comportándose como le exigía una primera cita, aunque preguntándose cuánto duraría, reprimió un bostezo y miró su programa. Se quedó helado en cuanto pasó la primera página, vio unos ojos verdes y se acordó de una niña pequeña a la que su madre le mandaba a buscar la caja donde guardaba el esparadrapo. No podía ser Anya… Sí, sí podía serlo. Tatiana podía ser su nombre completo o un nombre artístico. Nunca había sabido el apellido de Anya. La esposa de Sergio le había contado que Anya había salido adelante, que se había ido a vivir a San Petersburgo y que Katya también se había ido allí para estar más cerca de su hija. Miró a Libby, pero ella tenía la mirada clavada en el escenario, en el telón que iba levantándose.

Libby vio el humo que ondulaba alrededor de los árboles que había en el escenario y pensó que era impresionante… y demasiado tarde para marcharse sin organizar una escena. El bosque permanecía oscuro y ella esperó que las luces iluminaran un poco más, pero siguieron igual y se preguntó si habría algún problema. Entonces, un haz de luz naranja barrió el escenario y el público contuvo el aliento cuando Tatiana hizo su entrada. Era grácil y delgada como un junco. Ella supo que aunque no volviera a comer un trozo de queso en su vida y entrenara cada minuto de cada hora, nunca podría conseguir tener el porte de esa bailarina. Era demasiado alta, se dijo a sí misma por ser crítica, pero sus brazos eran como alas sin plumas y parecía

como si Tatiana estuviese volando de verdad. Saltó en brazos del príncipe, frágil y seductora, y ella se quedó sentada abatiéndose por sus propios sueños. No debería haber ido. Era demasiado pronto, era una tortura que se había buscado ella misma. Parecería egoísta y egocéntrico, pero eso era lo que se necesitaba para llegar tan lejos como Tatiana. A ella le había matado tener que dejarlo.

Fue un alivio que llegara el descanso… durante diez segundos.

–Es increíble –comentó Daniil, como las personas que estaban detrás y a su izquierda–. ¿Sabes que…?

Daniil no siguió. ¿Cómo iba a decírselo allí? ¿Cómo iba a decirle que la *prima ballerina* podría saber algo sobre su gemelo? Eso si era Anya. Además, aunque lo fuese, ¿se acordaría de él? Libby notó que él estaba pensando en otra cosa y masticó el limón que le habían puesto con el agua, no se había atrevido a pedir ginebra, no solo porque podía estar embarazada, sino por las lágrimas de impotencia que podría causarle. Además, el limón era amargo, como se sentía ella. Estaba a punto de armarse de valor y proponer que se marcharan cuando Daniil vació su copa y habló.

–Volveré enseguida.

No había estado jamás en un ballet, pero sí estaba acostumbrado a que se cumplieran sus deseos y después de unas preguntas le dijeron que, naturalmente, la transmitirían su mensaje a Tatiana para que lo recibiera después. Vaciló cuando fue a dar su nombre y se preguntó si Anya se acordaría de él. Había dejado el orfanato a los doce años y ella solo había ido durante sus vacaciones escolares. Sin embargo, seguro que se acordaba de los gemelos Zverev.

–Dígale que una mitad de los gemelos Zverev está aquí y que le gustaría felicitarla personalmente.

–¿Quiere que nos ocupemos de las flores?

Daniil aceptó. Desconocía el protocolo del mundo de la danza y agradeció la sugerencia.

Libby se levantó cuando sonó la campanilla para que volviesen a ocupar sus asientos e hizo un esfuerzo para contener las lágrimas. Esa noche debería haber sido una noche para los dos, para aclarar cosas. Sabía muy bien que no había sido la mejor de las compañías, pero ¿se merecía que se marchara y la dejara sola? Miró a las parejas felices que, de la mano, volvían para ver la segunda parte. Efectivamente, había sido una necia al ir, se dijo a sí misma mientras veía que Daniil se acercaba haciéndole gestos para que se diera prisa.

–¿Puede saberse dónde te has metido? –le preguntó ella.

Sin embargo, los apremiaron para que ocuparan sus asientos inmediatamente y no hubo tiempo para que le contestara.

–Te lo contaré más tarde –le dijo Daniil mientras se levantaba el telón.

–¿Le has encontrado la gracia a dejarme esperando? –susurró ella.

–Ya te he dicho…

La mujer que estaba detrás de ellos siseó para que se callaran. Efectivamente, la había dejado plantada, pero se lo explicaría en cuanto tuviera una ocasión, se lo explicaría todo.

Tatiana estuvo soberbia en la segunda parte. Quizá al mes o al año siguiente ella se alegrara de haber presenciado una actuación tan increíble, de que hubiese estado allí la noche que el mundo descubrió a Tatiana Ilyushin. Tenía que contener las lágrimas mientras aplaudía y Tatiana hacía reverencias recogiendo flores. No le gustaba su parte envidiosa, pero estaba allí y le susurraba pensamientos sombríos. Tenía que marcharse inmediatamente. Agarró el bolso, pero, cuando se dio la vuelta para salir, se encontró a Daniil hablando con uno de los acomodadores.

–Ven –dijo él.

–¿Adónde…?

Él no contestó. Los acompañaron abajo y los llevaron por un laberinto de pasillos. Solo se detuvieron para que él pudiera sacar una generosa propina de la cartera y recogiera un ramo de flores enorme. Quiso detenerlo. ¿De verdad creía que conocer a la bailarina era algo especial para ella? Era como mostrarle en primera persona lo que no había logrado.

–Daniil…

Libby se detuvo delante del camerino como una mula que se negara a seguir adelante. Cuando vio el nombre de Tatiana quiso salir corriendo, pero era demasiado tarde. Él abrió la puerta y ella vio a la que supuso que era otra examante de Daniil a punto de desmaquillarse. Lo supo con certeza porque Tatiana miró al espejo y dejó escapar un grito como si hubiese llorado la ausencia de Daniil toda su vida. Fue un sonido que le salió del alma mientras se daba la vuelta y se abalanzaba en sus brazos. Supo que habían sido amantes porque la bailarina lo rodeó con sus brazos y su boca fue directa al objetivo, pero Daniil dijo algo en ruso y Tatiana se apartó precipitadamente.

–Libby, te presento a Tatiana…

Como si ella no lo supiese.

–Lo siento –murmuró Tatiana con una voz ronca–, pero hacía muchísimo tiempo que no veía a Daniil.

¿Qué podía decir ella? Daba igual porque estaban hablando en ruso otra vez y ella no podía soportarlo más. Daniil era despiadado,

innecesariamente despiadado. Los lobos rusos no eran buenos. Los lobos rusos eran bellos y tenían piel de cordero, eran los más peligrosos de todos. Ella había empezado a confiar en él. Aunque estaba advertida, hasta por él mismo, había preferido creer en la bondad. Sabía que ella no había estado especialmente bien esa noche, pero tampoco se merecía eso. ¿Daniil creía que una cita era llevarla al camerino para mostrarle lo que ella no podía ser y presentarle a una de sus examantes?

Salió del camerino hecha un mar de lágrimas y miró el pasillo vacío. No tenía que correr porque Daniil estaba tan enfrascado en una conversación con Tatiana que ni siquiera se había dado cuenta de que se había marchado.

Capítulo 13

LIBBY le pidió al taxista que la llevase a su escuela de danza, y no fue solo porque no se sentía capaz de hacer frente al «ya te lo había dicho» de Rachel. Tenía que saber algo.

Entró en el local, cerró el pestillo de la puerta, fue corriendo hasta su taquilla y sacó la prueba de embarazo. Encendió la luz del diminuto cuarto de baño y leyó las instrucciones. Lo averiguaría al cabo de tres minutos, si la mano temblorosa podía mantener firme la varilla. Se quitó las bragas, siguió las indicaciones y salió.

No podía mirarlo y fue de un lado a otro por la sala oscura, pero lo que la desasosegaba y sacaba de sus casillas no era el resultado, sino haberse enamorado de un malnacido consumado. Eran los próximos cuarenta o cincuenta años, lo que le quedara de vida en ese mundo, que tendría que sobrellevar sin él. Sin embargo, lo haría. Además, haría caso a Rachel y recibiría clases de actuación si hacía falta para tratarlo con despreocupación si tenía que hacerlo.

–Efectivamente, el hijo es tuyo, pero no es asunto tuyo…

Ensayaría esas palabras hasta que pudiera decirlas mirándolo a la cara… Entonces, se imaginó una escena espantosa. Llegaba a la recepción y la mandaban a una guardería llena de niños con el pelo moreno y los ojos grises, con madres desoladas que habían sucumbido a ese atractivo infernal. Aun así, pese a los miedos y esas visiones, también deseaba ver esa pequeña cruz rosa y tener un hijo de él, tener algo de él que pudiera conservar, porque él tenía su corazón. Era como si le hubiese dejado su corazón con un lazo de seda rosa encima de la mesa en el preciso instante en el que entró en su despacho. Un bebé sería el único regalo que él le haría. Prácticamente había tenido que suplicarle que le regalara flores.

Entonces, lo oyó. Mejor dicho, oyó el motor de su coche y que levantaba el freno de mano. Igual que él se quedó desconcertado al reconocer sus piernas en una tarjeta de visita, ella estuvo a punto de caer de rodillas por haber reconocido su coche y cómo cerraba la puerta. Su corazón reconoció sus pasos, como lo hizo el resto de su cuerpo, porque quiso ir corriendo a la puerta, abrirla y abalanzarse sobre él.

Sin embargo, se sentó en el suelo apoyada en la pared y se agarró

las rodillas, no solo para que él no la viera, sino, más bien, para que ella no sucumbiera, para que no desconectara todas las alarmas. Él era la dieta que empezaba al día siguiente, la esperanza que se negaba a morir.

–Libby.

Él lo dijo con una voz grave, aterciopelada e indignantemente serena. ¿Aburrida incluso?

–Sé que estás ahí.

Él abrió el buzón y empezó a hablar, pero ella se tapó los oídos para no oír esa voz que la desarmaba y que hacía que creyera que estaba loca por no concederse otra oportunidad.

–Sé que estás ahí –repitió él por el buzón–. Puedo verte en el espejo.

–¡La escuela está cerrada! –gritó ella–. Lárgate.

–Muy bien, si no quieres hablar, puedes escuchar. Siento lo que ha pasado. Yo no quería dejarte de lado…

–Es algo que te sale espontáneamente, ¿verdad? ¿Te excitaba? –gritó ella olvidándose de que no debería hacerle caso–. ¿Esperabas hacer un trío?

–Por el amor de Dios… –Daniil ya no parecía tranquilo– abre esta puerta.

–¡No! –gritó ella–. Quiero que te vayas. Esta noche ha sido un error descomunal. Ni siquiera quería ir al ballet. Sabía que me dolería mucho ver *El pájaro de fuego*, pero que me llevaras a los camerinos para presentarme a una de tus examantes… ¿Sabes lo que duele? ¿Sabes cuánto quería…? –ella no podía casi ni hablar–. Todo lo que le ha pasado a ella esta noche era lo que había soñado para mí, y me da igual que me llames egoísta e infantil. Esta noche me ha dolido, pero lo que me has hecho pasar no puede compararse…

Daniil cerró los ojos. Jamás, ni por un momento, había pensado que no estuviese preparada para ir al ballet. En ese momento, sin embargo, podía ver lo dolorosa que había sido esa noche para ella.

–No somos amantes –replicó él–. No lo hemos sido nunca.

–¡Mentiroso!

–Conocía a Anya del orfanato. Sabes que salí de allí cuando tenía doce años. Abre la puerta, Libby.

–No –contestó ella, aunque se acercó al buzón–. Sé lo que vi, Daniil. Se abalanzó sobre ti como…

Como lo habría hecho ella, con esperanza en el corazón, como haría ella si reapareciese en su vida al cabo de diez años. Se maldijo a sí misma por ser tan débil, porque estaba al lado de la puerta y haciendo un esfuerzo para no abrirla. Sin embargo, miró por la

abertura del buzón y vio su deliciosa boca.

–Vete –dijo ella–. Me haces mucho daño.

–No.

–Sí.

–Tú eres la que siempre quiere hablar.

–Pues ahora no quiero.

–Deberías haberme dicho que no estabas preparada para ir al ballet. Habría bastado con eso.

Ella lo sabía, pero había tenido un batiburrillo de sentimientos durante toda la semana y no solo por el ballet.

–Si me lo hubieses dicho…

–Quién fue a hablar –le interrumpió ella–. El rey de los terrenos vedados.

Ella solo pudo ver que esa boca maravillosa esbozaba una sonrisa.

–He venido para hablar, Libby.

–Es posible que no quieras oír lo que tengo que decir.

Tenían que hablar de muchas cosas, pero tenía que soltar algo primero.

–¿Te acuerdas de que me dijiste que mi técnica era muy mala, que debería poner las cartas sobre la mesa?

–Me acuerdo –contestó Daniil frunciendo el ceño.

No tenía ni idea de a dónde quería llegar. Había ido corriendo hasta allí para decirle su verdad y, en cambio, ella le pedía que escuchara lo que tenía que decir.

–He estado encontrándome mal –comentó Libby.

–¿De verdad?

–Mi período…

–¿Por eso estás alterada e irracional?

–No –susurró ella. Ya aclararía su conjetura en otro momento–. Se retrasa.

Ella vio que él se pasaba la lengua por los labios, pero cerró los ojos porque le dio miedo seguir mirando.

–¿Cuánto?

Su voz sonó imperturbable, como cuando le había preguntado si emplearía sus ahorros en la escuela de danza, pero, en ese momento, se jugaba mucho más.

–Una semana. Es mucho para mí –añadió ella cuando él no dijo nada.

–¿Y cómo te sientes?

–Con náuseas.

–¿Por los nervios o porque tienes náuseas?

–Por las dos cosas –reconoció Libby–. Tengo miedo.

–Nunca tengas miedo cuando estés cerca de mí.

–¿No estás enfadado?

–¿Por qué iba a estar enfadado? Los dos estábamos allí cuando sucedió, los dos corrimos el riesgo. Te lo dije, nunca corro riesgos si no estoy dispuesto a asumir las consecuencias.

–Lo pensaste.

–La verdad es que no –esa vez, ella se atrevió a mirar su maravillosa boca y vio que sonreía levemente–. Sin embargo, nunca había corrido un riesgo así con ninguna mujer. Libby, estés embarazada o no, no tienes que tener miedo.

–Pero lo tengo. Acabo de empezar mi negocio…

Daniil captó que las lágrimas se adueñaban de ella. Podía decirle que no tenía que preocuparse de nada, que aunque no lo quisiera a él, se ocuparía del dinero, pero también sabía que, en ese momento, se trataba de ella, que Libby necesitaba saber que no le pasaría nada a ella.

–Tendré que emplear a alguien o cerrar y acabo de empezar, es demasiado pronto…

–¡Libby! –él interrumpió su ataque de pánico–. ¿Sabes por qué salen tan bien mis planes de negocio y los bancos nunca me niegan nada?

–No.

–Porque soy pesimista. El banco sabe que no pinto las cosas de color de rosa. Yo tengo en cuenta cosas como la enfermedad, los embarazos y las mujeres que sacan la peor conclusión posible y se encierran porque el que enseguida va a ser su ex se acostó con una bailarina hace una década o así…

Ella empezó a sonreír porque había pensado exactamente eso; cómo podría trabajar ella mientras se le desgarraba el corazón, cómo podría bailar y sonreír si supiera que estaba esperando un hijo y ya no lo tenía a él.

–¿Crees de verdad que puedo conseguirlo?

–Naturalmente. Si no, no lo habría firmado.

Estaba tranquila, no tan tranquila como cuando había estado flotando en una nube en el hotel, pero el pánico estaba esfumándose.

–Se te dan muy bien las crisis.

–Es verdad –reconoció Daniil–. Lo que no se me dan bien son las cosas normales; las flores, las llamadas y contarte las cosas cotidianas de mi vida. ¿Me dejarás entrar?

Ella se quedó de pie.

–Tú estás pidiéndome lo mismo, Libby –siguió él–. Estás pidiéndome que te deje entrar y no puedo hacerlo desde el otro lado

de la puerta.

Abrió el pestillo de la puerta y se apartó. Aunque quiso arrojarse en sus brazos, se acordó de que Tatiana lo había hecho y se quedó con los brazos cruzados, aturdida, dolida y, aun así, deseándolo.

–No me creo en absoluto que ella y tú no fuisteis amantes.

–No lo fuimos.

–Daniil, ¿podemos dejar de decirnos mentiras? Vi cómo se abalanzó sobre ti.

–¿No viste cómo se le hundieron los hombros? ¿No viste cómo reculó y se le cambió la expresión cuando vio mi cicatriz?

–No entiendo.

–Creyó que yo era Roman.

–¿Roman? –Libby parpadeó–. ¿Por qué iba a…?

Ella supo la respuesta a medida que hacía la pregunta.

–Roman es mi gemelo.

Ella se sintió como si la habitación se hubiese quedado sin aire.

–Mi gemelo idéntico –añadió Daniil–. Por un momento, Anya, Tatiana quiero decir, creyó que yo era él. Creo que tienes razón. Creo que hubo algo entre ellos cuando yo dejé el orfanato.

–¿Os separaron? –Libby pudo oír el espanto reflejado en su propia voz mientras intentaba entender lo que había pasado–. ¿No os dejaron estar en contacto?

–Mis padres no le mandaron las cartas que le escribía.

Libby se quedó dándole vueltas a la cabeza y Daniil interpretó mal su silencio.

–He arruinado esta noche –comentó Daniil–. Cuando vi…

–No, no –le interrumpió ella porque ya lo entendía–. Me sorprende que no irrumpieras en el escenario para exigir respuestas.

–También tenía otras cosas en la cabeza.

–¿Por ejemplo?

–Una acompañante muy desdichada. Creía que estaba haciéndote desgraciada.

–No.

–Podrías haberme dicho que era demasiado pronto para ir al ballet.

–Ahora me alegro de haber ido –reconoció Libby–. Además, Tatiana estuvo increíble. Sabes que estoy loca por ti, nunca he intentado disimularlo.

–Hice caso a mi primo. Él me recordó lo desgraciada que hice a la familia.

–¡Majaderías! –exclamó ella–. Ya eran desgraciados mucho antes de que tú llegaras.

–Eso tú no lo sabes.

–Sí lo sé –replicó ella–. Marcus ha estado treinta años con ellos… –ella le contó que Marcus iba a haberse marchado hasta que un huérfano de doce años llegó a una casa muy desdichada–. Le pareció que no podía dejarte solo con ellos. No puedo creerme que no mandaran tus cartas, que te alejaran de él –añadió Libby con lágrimas en los ojos.

–No pasa nada.

Había tenido muchos años para acostumbrarse a cosas que Libby estaba intentando entender en ese momento.

–¡Sí pasa! –exclamó ella con rabia antes de decirle lo que sentía, no lo que quizá debería haberle dicho–. Lo encontraremos.

Fueron las dos mejores palabras que él había oído en su vida porque las había dicho con la misma pasión y premura que sentía él. Fuera posible encontrar a Roman o no, esa prioridad que le había dado ella había ratificado su amor. Por primera vez desde que abandonó el orfanato, eran dos, no él solo, y eso significaba que permanecería en su corazón para siempre.

–Lo encontraremos –repitió Libby.

Entonces, dejó de intentar contener sus sentimientos y se arrojó en brazos de él, que la abrazó y la levantó en el aire.

–Vamos a encontrarlo –añadió ella con la esperanza que él había empezado a perder.

–Ya lo he intentado.

–Seguiremos intentándolo –ella se dio cuenta entonces del plural y su cabeza aceptó con naturalidad que formaban parte de la vida del otro para siempre–. ¿Quién es el mayor?

–No lo sabemos –contestó Daniil.

Entonces, con esa respuesta, Libby vislumbró un mundo sin cimientos.

–Íbamos a ser boxeadores, ese iba a ser nuestro camino para salir de la pobreza, pero los Thomas se interesaron por mí. Yo no quería que me adoptaran, pero Roman insistió y peleamos… Él dijo que le iría mejor en el cuadrilátero sin mí. Ahora sé que solo quería cerciorarse de que aprovechara mi oportunidad…

–¿Así te hiciste la cicatriz?

Esa vez, Daniil no sacudió la cabeza para advertirle de que era terreno vedado, sino que asintió con la cabeza. Ella le pasó los dedos por la carne abultada y entendió por qué se la había dejado así; era la señal del amor de su hermano por él y la llevaba con orgullo.

–Encontraremos a tu familia –afirmó Libby.

–Ahora tengo una familia –replicó Daniil–. Tú.

Entonces, Libby se olvidó de que tenían problemas, se olvidó de

que todo iba mal en el mundo porque todo iba bien en el suyo cuando Daniil la abrazó y se besaron. Era un beso distinto a todos los demás. Era un beso de los dos, sin cortapisas ni nadie al mando, estaban juntos en esa aventura. Correspondió al beso y él lo profundizó con besos voraces que habían esperado demasiado.

–Me pones a cien –susurró Libby abrazándolo con más fuerza.

–Creía que no podría dejarte de lado toda la noche y esperar… –él no terminó la frase cuando le acarició el trasero y lo notó desnudo–. No llevas ropa interior…

Él estaba besándole el cuello, marcándoselo, y ella quiso que se lo marcara.

–Estaba…

Se había olvidado de todo, hasta de lo más importante.

–Estaba haciendo la prueba…

Ella, entre la avidez de los besos, señaló y él la llevó a la zona diminuta y encendió la luz, pero Libby no lo vio. Tenía la cara en su cuello y las manos en su cremallera y lo único que le importaba de verdad eran ellos dos.

–Lo estás.

Él le dijo que estaba embarazada y la besó con tanta pasión que no pensó que fuese demasiado pronto ni abrumador. Era una buena noticia y ellos se la merecían. Pero ¿ser madre no hacía que de repente fuese una persona responsable? No. Estaba otra vez en la sala de baile con los hombros pegados al espejo y agarrando la barra como no la había agarrado jamás. No se oía nada aparte del sonido del sexo ávido y ella ya no podía contenerse. Le rodeó la cabeza con los brazos y sollozó cuando él empezó a entrar. Cada músculo se le contrajo a su ritmo, pero no era una marioneta, bailaba con libertad entre sus brazos.

–Estás embarazada –comentó él sin salir de ella. Deberían haber caído al suelo como una piedra, pero flotaban de una nube a la siguiente–. ¿Estás contenta?

–Muy contenta. ¿Y tú?

–Más –contestó Daniil, porque su familia acababa de aumentar.

Se besaron con delicadeza y él intentó dejarla en el suelo, pero ella se negó.

–No quiero soltarte.

Estaba desbordante, demasiado cariñosa, pero era lo que él necesitaba y no lo había sabido.

–Voy a amarte mucho –siguió Libby.

–Entonces, será mejor que te lleve a casa.

Capítulo 14

CUÁNDO te diste cuenta de que me amabas? –le preguntó Libby mientras entraban en casa de él.

–No he dicho que te ame.

–Por favor… Dímelo, ¿cuándo?

No estaba acostumbrado a las mujeres como ella, pero tampoco estaba acostumbrado a sonreír y estaba sonriendo mientras ella recorría su casa. Sonrió cuando ella miró en su estantería y supo que estaba molesta porque su… cosa no estaba allí. Ella miró en el dormitorio y tampoco estaba allí.

–¿La limpiadora lo ha cambiado de sitio?

–¿El qué? –preguntó él haciéndose el tonto.

–No puedo creerme que te hayas deshecho del primer regalo que te hice. Yo conservo la servilleta de nuestra primera cena.

–¿De verdad?

–Sí. También he secado tres de las flores que me regalaste y…

Ella rebuscó en el bolso y sacó una pequeña pastilla de jabón muy exclusivo.

–Es de mi cuarto de baño.

–Lo sé. Abrí un cajón y me lo llevé. Quería un recuerdo de nuestra… única noche –ella estuvo a punto de dar una patada en el suelo–. Eres el hombre menos sentimental del mundo.

–Tienes algo para ti en la cocina.

Ella sonrió y, por primera vez en su vida, fue corriendo a la habitación de la que solía salir corriendo. Había una caja encima de la mesa.

–Me has traído un regalo.

–Lo compré en Rusia y me lo envolvieron, pero me lo abrieron en la aduana. El lunes iba a pedirle a Cindy que volviera a envolverlo. Como verás, lo intenté yo…

Tenía más cinta adhesiva de la que cabía en una caja y ella comprendió que no había comprado y envuelto muchos regalos en su vida.

–¿Puedo abrirlo?

–Hazlo.

Daniil estaba tan nervioso como lo había estado ella mientras él

abría su regalo y se dio cuenta de que las cosas como esas eran importantes, de que elegir algo para la persona amada significaba que también querías que ella la amara.

–No hay tiendas de regalos en el sitio de donde vengo y no quería comprarte algo en el aeropuerto –le explicó en un tono tenso y muy raro en él mientras ella lo abría–. La esposa de Sergio conocía a un soplador de cristal muy experto. Vi cómo lo hacía.

A ella le temblaban las manos mientras abría la caja y vio la… cosa para ella. Era una bailarina de ballet de cristal con ojos azules y una sonrisa de oreja a oreja.

–¡Además tiene un agujero en la cabeza para ponerle una flor! –exclamó Libby con entusiasmo–. Me encanta, es el mejor regalo que me han hecho y tenías que amarme en ese momento…

–Es posible –concedió él–. También es posible que te amase un poco antes.

Daniil la llevó al cuarto donde no la había dejado entrar. Libby abrió la puerta, como él había abierto la puerta del dormitorio de ella, y entró en su espacio vedado.

–Lo has conservado.

Ella sonrió porque, después de haber mirado todo el gimnasio, miró hacia una estantería y vio la brillante porcelana. Dejó la bailarina de cristal a su lado y comprendió que allí estaba su sitio, junto a las únicas posesiones que le importaban a él. Tomó la foto y Daniil se quedó detrás de ella para mirar esa foto de cuatro muchachos.

–Parecéis hermanos –comentó ella porque todos tenían el pelo moreno, la piel muy blanca y unos ojos serios.

–Lo sé, pero solo Roman y yo somos familia. Ni siquiera sabía que tenía la foto cuando vine. Roman debió de meterla en mi maleta. Hice copias y se las mandé, pero, naturalmente, nunca las enviaron. Mis padres intentaron tirar estas, pero Marcus las rescató y las conservó para mí.

–No son tus padres –Libby lo dijo por fin–. No se merecen ese nombre.

–No te reprimes, ¿verdad?

–Lo intentaré…

–No te reprimas jamás –la interrumpió él mirando la foto–. Ese es Sev –añadió señalando a un chico de aspecto serio.

–¿El que te escribió la carta? –preguntó Libby.

Él asintió con la cabeza.

–Lo encontrarás.

–Es posible.

–Entonces, ese tiene que ser Nikolai.

Se hizo un silencio y él pasó un dedo por la imagen de una joven vida perdida.

–Sí –contestó Daniil con la voz ronca.

–¿Cómo se ahogo?

–Lo encontraron en un río. Se escapó porque estaban abusando de él –Daniil cerró los ojos un rato y volvió a abrirlos–. Y también está Roman –le dio tiempo para que intentara adivinar cuál de los dos gemelos era–. No sabrás distinguirnos, nadie ha podido.

–Yo sí puedo –ella señaló al chico de la izquierda–. Ese eres tú.

–Chiripa –replicó Daniil–. Mira esta.

Él bajó la otra foto y ella miró a los dos chicos serios con el pelo moreno y los ojos grises. La habían tomado antes de que tuviera la cicatriz, pero volvió a acertar.

–¿Por qué lo sabes?

–Sencillamente, lo sé. Supongo que eso es el amor.

Él volvió a dejar las fotos junto a la carta y a ella le pareció que la… cosa sonreía como si dijera que las protegería.

–Vamos –dijo él.

Esa vez, fueron a su dormitorio de la mano y mientras entraban en el amplio espacio ella recibió la respuesta a otra pregunta que tenía. Se quedó quieta mientras oía que el Big Ben daba las doce campanadas. Sintió un estremecimiento. Esa habitación que le había parecido vacía estaba llena de un sonido hermoso y conocido y se preguntó cómo había podido pasarlo por alto la primera noche. Daniil vio que abría la boca y que fruncía ligeramente el ceño y supo la pregunta que iba a hacerle antes de que la hiciera.

–Puedes oírlas en una noche tranquila –comentó él–. Cambié el cristal para que pudiera oírlas de vez en cuando. Me gusta cuando me despierto o voy a dormirme.

–Sí eres un sentimental.

–Lo soy –reconoció Daniil–. Y la respuesta a tu pregunta es las nueve de la noche.

–¿Cómo dices? –preguntó Libby con el ceño fruncido.

–El reloj dio las nueve quince horas después de que entraras en mi despacho y quince minutos después de que salieras de mi casa, y supongo que ya estaba enamorado de ti porque llamé a Cindy para que cancelara todo lo que tenía esa mañana para trabajar en tu plan de negocio. ¿Cuándo te diste cuenta tú de que me amabas? –preguntó Daniil con curiosidad.

–¿Qué hora era, señor Lobo?

Daniil frunció el ceño.

–Las seis –contestó Libby con sinceridad.
Lo supo en cuanto lo vio.

Epílogo

TE odio –dijo Rachel mientras terminaba de rizarle el pelo a Libby.

–Lo sé –replicó Libby con una sonrisa.

Al cabo de media hora, se casaría con el hombre de sus sueños y Rachel sería testigo. Libby, vestida de novia, miró el piso por última vez. Estaba mucho más vacío porque se había llevado sus cosas a casa de Daniil, pero dio un abrazo a su amiga y compañera de piso.

–Has sido la mejor amiga…

–No te pongas sentimental porque acabo de maquillarte –le avisó Rachel.

–Lo sé –Libby esbozó una sonrisa temblorosa–. Estoy muy nerviosa…

–¿Por qué? Estás enamorada y no te importa demostrarlo.

–Lo sé, pero me preocupa qué dirá todo el mundo cuando descubran que estamos casados y… –Libby cerró los ojos–. Me da igual lo que digan.

Bueno, le importaba un poco. Su padre se subiría por las paredes por haber perdido la oportunidad de organizar una boda que podría haber sido tan comentada. Al fin y al cabo, la prensa iba a volverse loca cuando averiguara que Daniil Zverev estaba casado y que su novia estaba embarazada.

–No sería justo que Daniil celebrara una boda familiar por todo lo alto cuando su hermano no puede asistir –Rachel le recordó por qué habían elegido una celebración muy discreta–. ¿Te sientes como si te perdieras algo?

–¿Perderme algo? –preguntó Libby boquiabierta–. Para mí, esta es la boda ideal.

Lo era. Se miró en el espejo con el vestido puesto. Era muy sencillo, de color marfil y más parecido a un camisón de seda que al vestido de un diseñador, pero era perfecto para ella. Se puso unas zapatillas de ballet nuevas y tomó el ramo de peonías rosas, calas y rosas, pero también había añadido anémonas porque eran las que le habían gustado primero.

–¿Se me nota? –preguntó Libby porque estaba deseando tener bombo aunque era demasiado pronto.

–Solo estás de diez semanas –le recordó Rachel.

Habían sido las semanas más felices de su vida y de la de Daniil.

–¿Crees que él se imagina tu sorpresa? –le preguntó Rachel.

–No.

Libby sonrió mientras se montaban en el coche para que Rachel la llevara al registro. No iban a tener unos testigos cualquiera. Libby había llamado a Marcus y él y su flamante esposa, Shirley, iban a acudir a la boda antes de marcharse a un crucero. Libby había decidido que eran de la familia. Entonces, el coche se detuvo y Daniil estaba allí esperándola.

–No pareces nervioso –comentó ella mientras él le tomaba la mano.

–Los lobos no se ponen nerviosos nunca. Además, ¿por qué iba a estar otra cosa que no fuese feliz?

Efectivamente, ¿por qué? Entraron en el antiguo edificio y él se quedó inmóvil. El siempre sereno y dueño de sí mismo Daniil se quedó sin palabras cuando vio que Marcus y Shirley estaban esperándolos.

–Gracias –le dijo Daniil al hombre que había dado la cara por él, que le había guardado sus preciadas fotos y que había respetado su espacio.

–No nos lo habríamos perdido por nada del mundo –replicó Marcus.

Era la más discreta de las bodas, pero estaba llena de amor. El menos sentimental de los hombres le puso un anillo con un diamante rosa porque era su color favorito.

–Te amo –él dijo las palabras que nunca había creído que diría–. Además, me ocuparé de que lo sepas todos los días. Siempre serás mi *prima ballerina*.

Era su papel favorito, el que solo había soñado hasta ese momento. Allí, bajo el foco de su amor, le parecía que podía volar.

–Yo también te amo. Siempre te amaré.

Hubo tarta para todos y también la había hecho Shirley, pero esa vez, sin resentimiento, tenía un sabor maravilloso. También hubo champán para todos, menos para la novia, quien no necesitaba burbujas para estar rebosante de felicidad.

Luego, ellos dos se registraron en un lujoso hotel de Londres con una vista distinta, con vistas al palacio adonde irían el día siguiente a mediodía para esperar y comprobar si Sev aparecía.

–No creo que aparezca –comentó Daniil, porque al día siguiente se cumplían cinco años desde el día de la cita.

–Podría estar –replicó Libby–. Merece la pena intentarlo.

–La merece.

Él ya había comprobado que siempre merecía la pena intentar el amor. El amor era el regalo más preciado y también había

comprobado que con el amor llegaba la esperanza.

Cerró las cortinas para que la vista y la esperanza no le distrajesen en esa noche especial. Tomó a la novia entre los brazos y Libby levantó la cabeza para recibir su beso. Al día siguiente buscarían respuestas, pero esa noche no tenían preguntas, solo la tierna celebración de su amor.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

